SAGRADA BIBLIA

Job

Libro completo

«Yo sé que vive mi Redentor»

EDICIÓN DE ESTUDIO

Texto de Félix Torres Amat, con notas que se abren al tocar el número: palabras, contexto, fe y conexiones bíblicas. Con pausas para meditar y escribir.

Índice

Cómo usar esta edición 7

Antes de empezar 10

Veintidós palabras hebreas 17

El libro de Job en la liturgia 19

1 Job, el justo de Hus, y la primera prueba 21

2 La segunda prueba: la llaga, la mujer y los amigos 31

3 Job maldice el día en que nació 39

4 Elifaz: «¿Pereció jamás algún inocente?» 48

5 Elifaz: «Dichoso el hombre a quien Dios corrige» 52

6 Job responde: el torrente engañoso 57

7 La vida del hombre, una milicia 62

8 Baldad: la sabiduría de los antiguos 71

9 ¿Quién puede pleitear con Dios? 79

10 «Tus manos me formaron» 85

11 Sofar: «Más alto que los cielos» 90

12 Job: «Pregunta a las bestias» 94

13 «Aunque me quite la vida, en él esperaré» 98

14 «El hombre nacido de mujer» 103

15 Elifaz: «¿Naciste tú el primer hombre?» 113
16 Job: «Mi testigo está en el cielo» 118
17 «El sepulcro será mi casa»..... 127
18 Baldad: la lámpara del impío se apaga 130
19 «Yo sé que vive mi Redentor» 134
20 Sofar: la gloria del impío dura poco 143
21 ¿Por qué prosperan los impíos?..... 148
22 Elifaz: las culpas inventadas 157
23 Job busca a Dios 161
24 El clamor de los oprimidos 165
25 El último discurso de Baldad.....171
26 El poder de Dios, que nadie abarca..... 174
27 «No desistiré de defender mi inocencia» 178
28 ¿Dónde se halla la sabiduría? 182
29 Los días de antaño 191
30 «Mas ahora...» 196
31 El juramento de inocencia 201
32 Entra Eliú.....211
33 Dios habla al hombre 216
34 En defensa de la justicia de Dios 226

35 ¿Qué gana Dios con tu justicia? 232

36 El Dios que enseña por el dolor..... 235

37 La voz de Dios en la tormenta..... 240

38 El Señor responde desde el torbellino..... 246

39 Los animales salvajes..... 256

40 Job calla; el segundo discurso; Behemoth..... 262

41 Leviatán 267

42 «Ahora te ven mis ojos»: el final de Job..... 276

PARA PROFUNDIZAR

1 «Había en el país de Hus un varón»: ¿quién fue Job? 27

2 «¿Acaso Job teme a Dios de balde?»: el satán y la fe gratuita. 35

3 «Perezca el día en que nací»: la queja del que sufre..... 44

7 «Una perpetua guerra»: la vida del hombre según Job 67

8 Los amigos de Job y la doctrina de la retribución..... 75

14 «El hombre nacido de mujer»: la muerte, el seol y la esperanza 109

16 «Mi testigo está en el cielo»: el pleito con Dios y el mediador 123

19 «Yo sé que vive mi Redentor»: Job 19,25-27 en el hebreo, en la Vulgata y en la Iglesia 139

21 ¿Por qué prosperan los malvados? 153

28 ¿Dónde se halla la sabiduría? 187

31 El juramento de inocencia: la conciencia de un justo 207

33 Eliú: el dolor que corrige y el ángel intercesor 222

38 La voz desde el torbellino: la respuesta de Dios 252

41 Behemoth y Leviatán 272

42 «Ahora te ven mis ojos»: el final de Job, su lectura cristiana y el misterio del sufrimiento 279

CUADROS

1 Job y sus amigos 25

1 Job en la Biblia y en la tradición 26

2 La corte celestial en la Biblia 34

3 Maldecir el día: Job y Jeremías 43

7 La vida es un soplo: imágenes de la brevedad en Job 66

8 Lo que dicen los amigos y lo que responde Job 74

9 Las estrellas de Job 83

14 Job en el Oficio de difuntos 107

14 La muerte y la esperanza: de Job a Daniel 108

16 El lenguaje del tribunal en Job 122

19 «Yo sé que vive mi Redentor»: Job 19,25-27 en cinco textos 138

21 ¿Por qué prosperan los malvados? La pregunta en la Biblia 152

24 Los pobres en el libro de Job 169

28 Metales y piedras preciosas en Job 28 186

29 Job antes y ahora 194

31 El juramento de inocencia de Job 206

33 Los ángeles en el libro de Job 220

33 Cómo habla Dios al hombre, según Eliú 221

37 La tormenta: Dios en la lluvia, el rayo y la nieve 244

38 Las preguntas de Dios 251

39 Los animales del libro de Job: hebreo, Vulgata y Torres Amat 260

40 La numeración de Job: esta edición, la Vulgata y las Biblias modernas 265

41 Leviatán en la Biblia 271

Repaso 283

Notas personales 291

Sobre esta edición 292

Cómo usar esta edición

Este archivo está pensado para leerse en un lector de tinta electrónica, con el dedo o con el lápiz.

Las notas se abren al tocarlas

Dentro del texto bíblico verás pequeños números en un recuadro gris, como este: 3. Cada uno es una nota guardada como comentario del PDF. Al tocar el número, la nota se abre en una ventana y no tienes que ir al final del libro.

Cada nota lleva arriba un título con su número, la cita y su tipo, por ejemplo «3 · Job 1,2 · Palabra». Hay cuatro tipos:

Palabra	Qué significa una palabra hebrea o latina, o una palabra del español antiguo de esta traducción.
Contexto	Historia, arqueología, geografía y lo que contaban los pueblos vecinos de Israel.
Fe	Lo que enseña la Iglesia: el Catecismo, los Padres, los papas y la liturgia.
Conexión	Cómo resuena el pasaje en el resto de la Biblia, sobre todo en el Nuevo Testamento.

Los números pequeños en negrita, sin recuadro, son los versículos.

Para detenerse

Al final de cada capítulo hay una **Pausa**: dos o tres preguntas, una oración breve y líneas para escribir con el lápiz. Muchos capítulos tienen además un recuadro **¿Sabías que?**, y hay cuadros de apoyo, como Job y sus amigos, la corte celestial, lo que dicen los amigos y lo que responde Job, Job en el Oficio de difuntos, «Yo sé que vive mi Redentor» en el hebreo y en la Vulgata, el juramento de inocencia, las preguntas de Dios, los animales del libro o Leviatán. Algunos terminan con un breve ensayo, **Para profundizar**, sobre una gran cuestión del libro. Al final encontrarás un repaso con preguntas cuyas respuestas también se esconden en notas.

Un modo de leer

Lee primero el capítulo de corrido, sin abrir las notas, para escuchar la historia entera. Después reléelo despacio, tocando las notas que te llamen la atención; si hay un ensayo, léelo entonces. Termina con la Pausa. Es una forma sencilla de la *lectio divina*, la lectura orante que la Iglesia recomienda: leer, meditar, orar, contemplar y llevar la Palabra a la vida (Benedicto XVI, *Verbum Domini*, n. 87).

El índice y los marcadores del PDF son tocables; el índice incluye también la lista de ensayos y de cuadros. Si alguna nota no se abre en tu lector, mira la última página.

Antes de empezar

El libro del justo que sufre

En hebreo el libro lleva el nombre de su protagonista, *Iyyob*, que los griegos y los latinos escribieron *Iob*. Es un nombre antiguo, que ya aparece en textos del segundo milenio antes de Cristo y que quizá significa «¿dónde está el padre?». Los lectores hebreos oían además en él la palabra *oyeb*, «enemigo»: Job es el hombre que Dios parece tratar «como enemigo» (13,24).

Job abre en nuestras Biblias el grupo de los libros poéticos y sapienciales: Job, Salmos, Proverbios, Eclesiastés, Cantar de los Cantares, Sabiduría y Eclesiástico. En la Biblia hebrea está entre los «Escritos», junto a los Salmos y los Proverbios. A diferencia de los libros anteriores, no continúa la historia de Israel: Job no es israelita, vive en la tierra de Hus, al oriente, y el libro no nombra la alianza del Sinaí, ni la Ley de Moisés, ni el templo. Es la pregunta de cualquier hombre: ¿por qué sufre el justo?

El libro empieza como un cuento. Job es rico, piadoso y feliz; en el cielo, «el satán» pregunta al Señor si Job lo teme «de balde» (1,9), y Dios permite que lo pruebe. Job pierde sus bienes, sus hijos y la salud, y bendice a Dios: «el Señor me lo dio todo; el Señor me lo ha quitado» (1,21). Tres ami-

gos vienen a consolarlo y se sientan con él siete días en silencio. Entonces el cuento se convierte en poema. Job maldice el día en que nació, y comienza un largo debate: los amigos defienden que Dios premia al justo y castiga al malvado, y que, por tanto, Job ha pecado; Job protesta su inocencia y llama a Dios a juicio. Interviene un joven, Eliú. Por fin el Señor habla «desde un torbellino» (38,1): no da explicaciones, sino que muestra a Job la creación. Job calla, se rinde y confiesa: «ahora parece que te veo con mis propios ojos» (42,5). Dios declara que los amigos no han hablado rectamente de él, «como mi siervo Job» (42,7), y le devuelve el doble de lo que tenía.

EL CUENTO Y EL DEBATE

1 – 2	Prólogo en prosa: la prueba, en el cielo y en la tierra
3	Job maldice el día en que nació
4 – 14	Primer ciclo: Elifaz (4–5), Baldad (8) y Sofar (11); respuestas de Job
15 – 21	Segundo ciclo: Elifaz (15), Baldad (18) y Sofar (20); respuestas de Job
22 – 27	Tercer ciclo: Elifaz (22) y Baldad (25); Sofar ya no habla
28	Himno: ¿dónde se halla la sabiduría?

29 – 31	Job recuerda su dicha, llora su desgracia y jura su inocencia
32 – 37	Los discursos de Eliú
38,1 – 40,5	El Señor habla desde el torbellino; Job se tapa la boca
40,6 – 41,34	Segundo discurso: Behemoth y Leviatán
42,1-6	«Ahora te ven mis ojos»
42,7-17	Epílogo en prosa: la intercesión de Job y su restauración

Quién lo escribió y cuándo

El Talmud atribuye el libro a Moisés (*Baba Batra* 14b), y así lo creía Torres Amat, que hace de Job un contemporáneo de Moisés, siguiendo una nota que la versión griega añadió al final del libro y que lo identifica con Jobab, rey de Edom (Gn 36,33). San Gregorio Magno decía que importa poco saber quién lo escribió, si creemos que su autor es el Espíritu Santo. Hoy se piensa que el autor fue un sabio israelita, un gran poeta, que tomó un relato antiguo sobre un justo probado y lo convirtió en el marco de un debate; muchos lo fechan después del destierro, entre los siglos VI y IV a. C. Su hebreo es de los más difíciles de la Biblia, y muchos piensan que los discursos de Eliú se añadieron

después. En Qumrán se encontraron fragmentos hebreos del libro y una traducción aramea.

¿Existió Job? Ezequiel lo nombra junto a Noé y Daniel como modelo de justicia (Ez 14,14.20), y Santiago recuerda «la paciencia de Job» (Sant 5,11). Torres Amat defendía que el libro es «una historia verdadera», contra quienes lo miraban «como una novela». El Talmud, en cambio, recoge la opinión de un sabio para quien Job «nunca existió» y el libro es una parábola (*Baba Batra* 15a). La Iglesia no pide decidirlo: pide atender al género literario para entender lo que Dios quiso enseñar (*Dei Verbum*, n. 12), y la Pontificia Comisión Bíblica habla de la verdad propia de «las páginas críticas de Job» (*Inspiración y verdad*, 2014, n. 145).

Cómo leerlo

Casi todo el libro es poesía: versos paralelos, imágenes fuertes, preguntas sin respuesta. San Jerónimo decía que es «oblicuo y resbaladizo», como una anguila que se escapa cuanto más se aprieta. Y es un debate: no todo lo que dicen sus personajes es enseñanza de Dios. Los amigos dicen cosas verdaderas y hermosas (san Pablo cita a Elifaz en 1 Cor 3,19), pero al final Dios los reprende. Job dice cosas temerarias, «te portas conmigo como si fueras cruel» (30,21), y sin embargo Dios lo llama «mi siervo». Hay que leer el libro entero, como se escucha un drama.

El libro desmonta una respuesta demasiado fácil. Los amigos aplican sin matices la doctrina de la retribución, que el Deuteronomio y los Proverbios enseñan como regla general: si sufres, es que has pecado. Juan Pablo II lo resumió así: el libro de Job muestra que, si el sufrimiento puede tener sentido como castigo cuando está unido a una culpa, «no es verdad» que «todo sufrimiento sea consecuencia de la culpa»; el de Job es una prueba, y el libro «en cierto modo es un anuncio de la pasión de Cristo» (*Salvifici doloris*, nn. 10-11). Dios no explica el porqué; se muestra, y Job aprende a confiar sin comprenderlo todo (Comisión Bíblica, 2014, n. 81). El Catecismo reconoce que a la pregunta por el mal «no se puede dar una respuesta simple» y que la fe es puesta a prueba por el mal y el sufrimiento (nn. 309, 164 y 272).

Los cristianos han visto en Job una figura de Cristo, el inocente que sufre, y la Iglesia lo lee en sus horas de dolor. San Gregorio Magno le dedicó un gran comentario, los *Morales sobre Job*. El texto latino de 19,25-27, «Scio quod Redemptor meus vivit... et in carne mea videbo Deum», se leyó como una profecía de la resurrección; se cantaba en el Oficio de difuntos, y Händel abre con esas palabras, en inglés, la tercera parte de *El Mesías*. Juan Pablo II recordó que esas palabras parecen un preludio de la redención, «al

menos según la Vulgata» (*Salvifici doloris*, n. 14): el hebreo es más oscuro, y las notas lo explican.

Hay páginas duras: un Dios que permite la prueba a petición del satán, unos hijos que mueren en el relato como parte de esa prueba, las palabras amargas de Job contra Dios, la dureza de Eliú. Las notas no las suavizan: muestran que la Biblia guarda también la queja del que sufre como palabra de Dios.

Sobre esta traducción

San Jerónimo tradujo Job del hebreo, con ayuda de un maestro judío, porque la traducción latina anterior, hecha del griego, era mucho más breve. Torres Amat sigue la Vulgata y conserva sus lecturas más conocidas: «La vida del hombre sobre la tierra es una perpetua guerra» (7,1, *militia*), «aun dado que el Señor me quitare la vida, en él esperaré» (13,15), «yo he de resucitar del polvo de la tierra en el último día» (19,25), las «arenas del Cocito», un río infernal de los poetas griegos (21,33), o las hijas de Job, Día, Casia y Cornustibia (42,14). En 1824 imprimió en cursiva sus propios añadidos, que a veces hacen explícita una lectura cristiana: «esto es, los ángeles» (1,6), «de la vida eterna» (11,18), «o gloriosa renovación» (14,14), «del polvo» (19,25). Añade también glosas con «o», como «Behemoth, o al elefante» (40,15). Donde la edición de 1824 decía

«leviatán o la ballena», la edición revisada que sigue este texto pone «leviatán o cocodrilo» (41,1).

La transcripción digital había cambiado o perdido algunas palabras, que se han restituido con la edición de 1824: por ejemplo, Job dice que son sus palabras, no sus pecados, las que están «llenas de dolor» (6,3), y que él sí «se estremece» ante Dios (23,15). La numeración coincide con la del hebreo salvo en el capítulo 41, y difiere de la de la Vulgata en los capítulos 16 y 39 a 42; el cuadro del capítulo 40 da las correspondencias.

Algunos capítulos terminan con un breve ensayo, **Para profundizar**, sobre las grandes cuestiones del libro: quién fue Job, el satán y la fe desinteresada, la queja del que sufre, los amigos y la doctrina de la retribución, el mediador que Job reclama, la muerte y la esperanza, «Yo sé que vive mi Redentor», la sabiduría escondida, la voz de Dios desde el torbellino, Behemoth y Leviatán, o el final de Job y su lectura cristiana. Todos aparecen en el índice.

Veintidós palabras hebreas

Las palabras clave del libro de Job en su lengua original, que se lee de derecha a izquierda.

אִיּוֹב	**Iyyob** · Job; nombre antiguo, de sentido discutido 1,1
עוּץ	**Uts** · Hus, la tierra de Job, hacia Edom 1,1
תָּם וְיָשָׁר	**tam we-yashar** · íntegro y recto; Torres Amat, «sencillo y recto» 1,1.8
בְּנֵי הָאֱלֹהִים	**bené ha-Elohim** · «los hijos de Dios», los seres celestiales 1,6; 38,7
הַשָּׂטָן	**ha-satán** · el adversario, el acusador 1,6 – 2,7
חִנָּם	**jinnam** · de balde, gratis 1,9; 2,3
בָּרַךְ	**barak** · bendecir; aquí también, por respeto, «maldecir» 1,5.11; 2,9
שַׁדַּי	**Shaddai** · el Todopoderoso; treinta y una veces en Job 5,17
שְׁאוֹל	**sheol** · la morada de los muertos 7,9; 14,13; 17,13
צָבָא	**tsabá** · servicio duro, milicia 7,1; 14,14
רַהַב	**Rahab** · monstruo del mar primordial 9,13; 26,12
מוֹכִיחַ	**mokiaj** · árbitro entre dos partes 9,33
רִיב	**rib** · pleito, causa ante un tribunal 13,6
עֵד · שָׂהֵד	**ed · sahed** · testigo, en hebreo y en arameo 16,19
גֹּאֵל	**goel** · el pariente que rescata, redentor, vengador 19,25
חָכְמָה	**jokmá** · sabiduría 28,12.20.28

יִרְאַת אֲדֹנָי	**yirat Adonai** · el temor del Señor 28,28
סְעָרָה	**seará** · torbellino, tempestad 38,1; 40,6
בְּהֵמוֹת	**behemot** · «la bestia» por excelencia; quizá el hipopótamo 40,15
לִוְיָתָן	**liwyatán** · Leviatán, el monstruo marino; quizá el cocodrilo 3,8; 41,1
נִחַם	**nijam** · arrepentirse; también «consolarse» 42,6
שָׁב שְׁבוּת	**shab shebut** · cambiar la suerte, restaurar 42,10

El libro de Job en la liturgia

Dónde escucha la Iglesia estos capítulos, según el Leccionario romano y la Liturgia de las Horas. Las referencias de la liturgia coinciden con las de esta edición.

La misa

Celebración	Lectura
5.º domingo del tiempo ordinario, ciclo B	Job 7,1-4.6-7 («la vida del hombre... una perpetua guerra»), con la curación de la suegra de Pedro (Mc 1,29-39)
12.º domingo del tiempo ordinario, ciclo B	Job 38,1.8-11 («hasta aquí llegarás»), con la tempestad calmada (Mc 4,35-41)
Ferias de la 26.ª semana, año par	De lunes a sábado: Job 1,6-22; 3,1-3.11-17.20-23; 9,1-12.14-16; 19,21-27; 38,1.12-21 y 40,3-5; 42,1-3.5-6.12-17
Misas de difuntos (a elegir)	Job 19,1.23-27a («yo sé que vive mi Redentor»)
Unción de los enfermos y viático (a elegir)	Job 3,1-3; 7,1-4.6-11; 7,12-21; 19,23-27a
Misas por el progreso de los pueblos y en tiempo de hambre (a elegir)	Job 31,16-20.24-25.31-32 (el pobre, la viuda y el huérfano)

La oración de la Iglesia

Celebración	Lectura
Oficio de lectura, semanas 8.ª y 9.ª del tiempo ordinario (ciclo anual)	Lectura semicontinua de Job, del capítulo 1 al 42, con seis pasajes de los *Morales* de san Gregorio y un sermón de san Zenón de Verona sobre Job como figura de Cristo
Oficio de difuntos anterior a 1970, maitines	Nueve lecturas de Job: 7,16-21; 10,1-7; 10,8-12; 13,22-28; 14,1-6; 14,13-16; 17,1-3.11-15; 19,20-27; 10,18-22
Oficio de difuntos anterior a 1970, primer responsorio	«Credo quod Redemptor meus vivit…», «Creo que mi Redentor vive, y que en el último día resucitaré de la tierra, y en mi carne veré a Dios, mi Salvador» (19,25-26)
Misal anterior a 1970, domingo 21.º después de Pentecostés	Ofertorio «Vir erat in terra Hus», «Había en la tierra de Hus un varón llamado Job» (1,1 y 2,7)
Martirologio romano tradicional, 10 de mayo	«En la tierra de Hus, san Job, profeta, varón de admirable paciencia»

Lecturas del Leccionario romano vigente, comprobadas en la edición de los Estados Unidos; las de otros países pueden variar ligeramente. La lectura semicontinua de las ferias se hace en los años pares. Entre comillas, las palabras de Torres Amat o una traducción del latín, no el texto de los libros litúrgicos en español.

1

Job, el justo de Hus, y la primera prueba

El libro empieza como un cuento: «Había un hombre…». En pocas líneas se presenta a Job, íntegro, rico y piadoso (vv. 1-5). La escena pasa al cielo, donde el satán pregunta si Job teme a Dios «de balde» y recibe permiso para tocar sus bienes (vv. 6-12). En la tierra, cuatro mensajeros traen, uno tras otro, la ruina total (vv. 13-19), y Job responde con los gestos del duelo y una bendición (vv. 20-22). El narrador alterna cielo y tierra, y el lector sabe lo que Job no sabe. Queda planteada la pregunta de todo el libro: ¿se puede amar a Dios por nada?

Un hombre íntegro en la tierra de Hus

1 Había en el país de Hus [1] un varón célebre llamado Job [2],
hombre sencillo y recto y temeroso de Dios [3], que se apartaba del mal. 2 Tenía siete hijos y tres hijas [4]; 3 y poseía siete mil ovejas, y tres mil camellos, quinientas yuntas de
bueyes y quinientas asnas, y muchísimos criados; por lo
cual era este varón grande entre todos los orientales [5].
4 Sus hijos solían reunirse y celebrar convites en sus casas,
cada cual en su día [6]; y enviaban a llamar a sus tres hermanas, para que comiesen y bebiesen con ellos.
5 Concluido el turno de los días del convite, enviaba Job a
llamarlos, y los santificaba [7], y levantándose de madruga-

da ofrecía holocaustos a Dios por cada uno de ellos. Porque decía: No sea que mis hijos hayan pecado y desechado a Dios en sus corazones [8]. Esto hacía Job en todos aquellos días.

En el cielo: «¿Acaso Job teme a Dios de balde?»

6 Pero cierto día, concurriendo los hijos de Dios, esto es, los ángeles [9], a presentarse delante del Señor, compareció también entre ellos Satanás [10]. 7 Al cual dijo el Señor: ¿De dónde vendrás tú? Él respondió: Vengo de dar la vuelta por la tierra [11], y de recorrerla toda. 8 Le replicó el Señor: ¿Has puesto tu atención en mi siervo Job [12], que no hay otro como él en la tierra, varón sencillo, y recto, y temeroso de Dios, y ajeno de todo mal obrar?

9 Mas Satanás le respondió: ¿Acaso Job teme o sirve a Dios de balde? [13] 10 ¿No lo tienes tú a cubierto de todo mal por todas partes [14], así a él como a su casa y a toda su hacienda? ¿No has echado la bendición sobre todas las obras de sus manos, con lo que se han multiplicado sus bienes en la tierra? 11 Mas extiende un poquito tu mano, y toca sus bienes, y verás cómo te desprecia en tu cara. 12 Dijo, pues, el Señor a Satanás: Ahora bien, todo cuanto posee lo dejo a tu disposición; sólo que no extiendas tu mano contra él [15]. Con esto se salió Satanás de la presencia del Señor a ejecutar sus designios.

En la tierra: cuatro mensajeros

13 En efecto, mientras los hijos e hijas de Job se hallaban
un día todos juntos comiendo y bebiendo vino en casa del
hermano primogénito, 14 llegó a Job un mensajero que le
dijo: Estaban los bueyes arando y las asnas paciendo cerca
de ellos, 15 cuando he aquí que han hecho una excursión
los sabeos [16] y lo han robado todo, y han pasado a cuchillo
a los mozos, y he escapado sólo yo para que pueda darte la
noticia.

16 Estando aún éste hablando, llegó otro hombre, y dijo:
Fuego de Dios ha caído del cielo [17], y ha reducido a cenizas
las ovejas y los pastores, y he escapado sólo yo para que
pueda traerte la noticia.

17 Todavía estaba éste con la palabra en la boca, y entró
otro diciendo: Los caldeos, divididos en tres cuadrillas, se
han arrojado sobre los camellos, y se los han llevado, des-
pués de haber pasado a cuchillo a los mozos, y he escapado
sólo yo para darte aviso.

18 No había éste acabado de hablar, cuando llegó otro que
dijo: Estando comiendo tus hijos e hijas y bebiendo vino
en la casa de su hermano mayor, 19 ha venido de repente
un huracán de la parte del desierto [18], que ha conmovido
las cuatro esquinas de la casa, la cual ha caído, cogiendo
debajo a tus hijos, que han quedado muertos, y me he sal-
vado sólo yo para poder avisártelo.

«El Señor me lo dio todo; el Señor me lo ha quitado»

20 Entonces Job se levantó y rasgó sus vestidos [19], y habiéndose hecho cortar a raíz el pelo de la cabeza se postró
en tierra y adoró al Señor, 21 y dijo: Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré a ella [20]. El Señor me
lo dio todo; el Señor me lo ha quitado; se ha hecho lo que
es de su agrado [21]; bendito sea el nombre del Señor. 22 En
medio de todas esas cosas no pecó Job en cuanto dijo, ni
habló una palabra inconsiderada contra Dios [22].

¿Sabías que?

El Catecismo, al hablar de la oración por los difuntos, cita a san Juan Crisóstomo, que tomó como ejemplo a Job: «Si los hijos de Job fueron purificados por el sacrificio de su padre (cf. Jb 1,5), ¿por qué habríamos de dudar de que nuestras ofrendas por los muertos les lleven un cierto consuelo? [...] No dudemos, pues, en socorrer a los que han partido y en ofrecer nuestras plegarias por ellos» (n. 1032; *Homilías sobre la primera carta a los Corintios* 41,5). Los hijos de Job estaban vivos cuando su padre ofrecía por ellos; Crisóstomo razona de lo menor a lo mayor: si el amor de un padre podía interceder así, cuánto más la ofrenda de la Iglesia, sobre todo la Eucaristía, por quienes ya han muerto.

Job y sus amigos

Persona	De dónde	Qué se sabe
Job	Hus (Gn 10,23; Lam 4,21): ¿Edom o el Haurán?	«Grande entre todos los orientales» (1,3)
Su mujer	—	Pierde a sus diez hijos; «bendice a Dios, y muérete» (2,9)
Los sabeos	Saba, en el sur de Arabia	Roban los bueyes y las asnas (1,15)
Los caldeos	Sur de Mesopotamia	Roban los camellos (1,17)
Elifaz	Temán, en Edom (Gn 36,11)	El mayor; habla primero (4–5; 15; 22)
Baldad	Suhá: Súaj, hijo de Abrahán (Gn 25,2)	La tradición de los padres (8; 18; 25)
Sofar	Naamat, lugar desconocido	El más brusco (11; 20)
Eliú	Buz (Gn 22,21), «linaje de Ram»	El joven airado (32–37)
Parientes	—	Lo abandonan y al final lo consuelan (19,13-19; 42,11)
Jobab	Rey de Edom (Gn 36,33)	El apéndice griego lo identifica con Job: tradición sin base segura

Los amigos vienen de las tierras de los «orientales», famosos por su sabiduría (1 Re 5,10; Jer 49,7). Ninguno es israelita: la pregunta del libro es de todos los hombres.

Job en la Biblia y en la tradición

Quién	Dónde	Qué dice de Job
Ezequiel	Ez 14,14.20	Un justo, con Noé y Daniel
Tobías (Vulgata)	Tob 2,12-15	Tobit, probado como Job
Santiago	Sant 5,11	«La paciencia de Job»
Clemente Romano, hacia el 96	A los *Corintios* 17; 26	Humilde; testigo de la resurrección
Tertuliano, hacia el 200	*De la paciencia* 14	Modelo de paciencia
Jerónimo, s. IV	Prólogo a Job	Un libro escurridizo como una anguila
Zenón de Verona, s. IV	Sermón	Figura de Cristo
Gregorio Magno, s. VI	*Morales sobre Job*	Figura de Cristo y de la Iglesia
El Talmud	*Baba Batra* 15a	¿Historia o parábola?
Martirologio antiguo	10 de mayo	«San Job, profeta»
Händel, 1742	*El Mesías*	«I know that my Redeemer liveth»
Juan Pablo II, 1984	*Salvifici doloris* 10-12	El dolor del inocente, una prueba

La Iglesia antigua leyó a Job como ejemplo de paciencia y figura de Cristo; los lectores modernos escuchan también su protesta, que Dios no condenó (42,7).

PARA PROFUNDIZAR

«Había en el país de Hus un varón»: ¿quién fue Job?

El libro empieza como empiezan los relatos, y desde antiguo los lectores se han preguntado qué clase de relato es: ¿la historia de un hombre que existió, o una parábola, como la que contó Natán a David, «Había dos hombres en una ciudad» (2 Sam 12,1)? El Talmud cuenta que uno de los sabios sostuvo ante Rabí Shmuel bar Najmani que Job nunca existió y que su historia era una parábola. El maestro le respondió con el primer versículo: «Había un hombre en la tierra de Hus». El otro replicó con la parábola de Natán, que empieza igual; y la discusión se cerró con un argumento de sentido común: si fuera una parábola, ¿para qué dar el nombre del hombre y el de su tierra? (*Baba Batra* 15a).

El mismo pasaje muestra lo poco que se sabía: según unos, Job vivió en tiempos de Moisés, que habría escrito el libro; según otros, en los de los exploradores de Canaán, o volvió con los desterrados de Babilonia (*Baba Batra* 14b-15a). La Biblia lo recuerda como un justo proverbial: Ezequiel lo nombra con Noé y Daniel, tres hombres que por su justicia salvarían su propia vida (Ez 14,14.20). El Daniel de Ezequiel parece ser un sabio antiguo (cf. Ez 28,3), quizá el justo Danel de un poema de Ugarit, que juzgaba la causa de la viuda y del huérfano; si es así, también Job sería una figura tradicional, anterior a nuestro libro. La carta de Santiago propone su paciencia como ejemplo (Sant 5,11), y la versión griega lo identifica con Jobab, rey de Edom (ver Gn 36,33), aunque en hebreo los dos nombres son distintos (*Iyyob* y *Yobab*).

Torres Amat defendía la historia: el libro, escribe en su advertencia, se ha tenido siempre «por una historia verdadera», y es necedad mirarlo «como una novela»; hace de Job un descendiente de Esaú, contemporáneo de Moisés. Pero él mismo distingue. De la escena del cielo dice que es una «parábola» (ver nota a 1,6); de las palabras de Dios en 2,3, que «habla el Señor según frase de los hombres»; de los discursos, que usan «expresiones hiperbólicas, que no deben entenderse a la letra» (ver nota a 3,1). La Enciclopedia Católica de 1910 decía algo parecido: hay un núcleo de hechos, al que el poeta añadió mucho de su invención; la forma de los diálogos es obra suya, y la escena del cielo es «claramente una alegoría», como ya había visto santo Tomás.

Hoy muchos estudiosos piensan que un sabio israelita, un gran poeta, tomó un relato antiguo sobre un justo probado y lo convirtió en el marco de un debate (ver «Antes de empezar»). Lo sugiere la forma del libro: un prólogo y un epílogo en prosa sencilla, con números redondos y escenas que se repiten, y en medio un poema largo y difícil, que casi nunca usa el nombre del Señor que emplea el prólogo y prefiere llamar a Dios El, *Eloah* o *Shaddai*. Nada de esto decide si Job existió; muestra que la pregunta importante es otra.

La Iglesia no pide resolver el problema histórico, sino leer bien. Para descubrir la intención de los autores sagrados, enseña el Catecismo, hay que atender a los géneros literarios, porque «la verdad se presenta y se enuncia de modo diverso en obras de diversa índole histórica, en libros proféticos o poéticos, o en otros géneros literarios» (n. 110; *Dei Verbum* 12). La Comisión Bíblica habla de la verdad propia de «las páginas críticas de Job» (*Inspiración y*

verdad, 2014, n. 145). Una parábola de Jesús es palabra de Dios aunque el hijo pródigo no tenga partida de nacimiento.

Lo que el libro afirma desde la primera línea no depende de esa discusión. Job no es israelita ni conoce la Ley de Moisés, y sin embargo es «sencillo y recto y temeroso de Dios»: Dios acepta, «en cualquier nación», al que lo teme y practica la justicia (Hch 10,34-35; cf. Lc 4,25-27). La Iglesia lo honró como santo: el antiguo Martirologio romano lo recordaba el 10 de mayo, «en la tierra de Hus, san Job, profeta, varón de admirable paciencia», y san Clemente Romano, a fines del siglo I, lo ponía entre los modelos de humildad (*Carta a los Corintios* 17). Real o parabólico, Job es el retrato de una fe que no se compra. Ver los cuadros «Job y sus amigos» y «Job en la Biblia y en la tradición».

PAUSA

1. Job ofrecía sacrificios por sus hijos «por si» habían pecado. ¿Por quiénes de tu familia intercedes tú ante Dios?
2. El satán sospecha que Job ama a Dios por interés. ¿Qué buscas tú cuando rezas: a Dios, o sus regalos?
3. «El Señor me lo dio todo; el Señor me lo ha quitado.» ¿Qué don de tu vida te cuesta reconocer como recibido y no como propio?

Para orar. *Señor, que todo lo que tengo lo reciba de tu mano, y que en la abundancia y en la pérdida sepa bendecir tu nombre.*

2

La segunda prueba: la llaga, la mujer y los amigos

El capítulo repite la estructura del primero y la lleva más lejos. De nuevo en el cielo, Dios alaba a Job, que «aún conserva la inocencia», y el satán pide tocar su carne (vv. 1-6). En la tierra, Job, cubierto de llagas, se sienta en el estercolero; su mujer le dice lo que el satán esperaba oír, y Job vuelve a aceptar de Dios el bien y el mal (vv. 7-10). Llegan tres amigos y se sientan con él siete días sin hablar (vv. 11-13). Después de este capítulo el satán no vuelve a aparecer: el resto del libro se juega entre Job, sus amigos y Dios.

De nuevo en el cielo: «aún conserva la inocencia»

[1] Y sucedió que otro día comparecieron los hijos de Dios [1]
a la presencia del Señor, y asimismo Satanás se halló entre
ellos, y se puso en su presencia. [2] Y le dijo el Señor a Sata-
nás: ¿De dónde vendrás tú? El cual le respondió: He dado
la vuelta por la tierra, y la he recorrido toda. [3] Le replicó el
Señor: ¿Pues no has observado a mi siervo Job cómo no
tiene semejante en la tierra, varón sencillo, y recto, y te-
meroso de Dios, y muy ajeno de todo mal obrar, y que aún
conserva la inocencia [2]? Y eso que tú me has incitado con-
tra él, para que yo le atribulase sin merecerlo [3].

4 A esto respondió Satanás, diciendo: El hombre dará
siempre la piel de otro por conservar la suya propia [4], y
abandonará de buena gana cuanto posee por salvar su
vida; 5 y si no, extiende tu mano y toca sus huesos y carne,
y verás cómo entonces te menosprecia cara a cara. 6 Dijo,
pues, el Señor a Satanás: Ahora bien, anda, en tu mano
está; pero consérvale la vida [5].

En el estercolero

7 Con eso partiendo Satanás de la presencia del Señor, hi-
rió a Job con una úlcera horrible desde la planta del pie
hasta la coronilla de la cabeza [6]; 8 y de suerte que sentado
en un estercolero [7], se raía la podredumbre con un casco
de teja [8].

9 Y le dijo su mujer: ¿Todavía permaneces tú en tu estúpi-
da simplicidad? [9] Sí, bendice a Dios, y muérete [10]. 10 Le
respondió Job: Has hablado como una de las mujeres sin
seso [11]. Si recibimos los bienes de la mano de Dios, ¿por
qué no recibiremos también los males? [12] En medio de to-
das estas cosas no pecó Job en cuanto dijo [13].

Tres amigos y siete días de silencio

11 Entretanto tres príncipes amigos de Job [14], habiendo
oído todas las desgracias que le habían sobrevenido, par-
tieron cada cual de su casa y estados: Elifaz de Temán, Bal-
dad de Suhá, Sofar de Naamat; porque habían concertado

entre sí venir juntos a visitarle y consolarle [15]. [12] Y cuando desde lejos alzaron los ojos para mirarle, le desconocieron [16]; y así exclamando, prorrumpieron en lágrimas, y rasgando sus vestidos, esparcieron polvo por el aire sobre sus cabezas [17], [13] y estuvieron con él sentados en el suelo siete días y siete noches, sin hablarle palabra [18], al ver que su dolor era tan vehemente.

¿Sabías que?

La versión griega da voz a la mujer de Job. Donde el hebreo tiene una sola frase, el griego dice (2,9 y sus añadidos, 2,9a-d): «Pasado mucho tiempo, le dijo su mujer: ¿Hasta cuándo aguantarás, diciendo: "Esperaré todavía un poco, aguardando la esperanza de mi salvación"? Mira que ha desaparecido de la tierra tu memoria, tus hijos y tus hijas, dolores y fatigas de mi vientre, por los que en vano me afané con penas. Y tú estás sentado en la podredumbre de los gusanos, pasando la noche a la intemperie; y yo voy errante y sirvienta de lugar en lugar y de casa en casa, esperando a que se ponga el sol para descansar de las fatigas y los dolores que ahora me oprimen. Di alguna palabra contra el Señor, y muere». Es la voz de una madre que ha enterrado a diez hijos. El *Testamento de Job*, un escrito judío posterior, desarrolló aún más su figura.

La corte celestial en la Biblia

Texto	Qué se ve	Qué sucede
1 Re 22,19-23	El Señor en su solio y «toda la milicia celestial»	El consejo delibera; Miqueas lo ve
Is 6,1-8	Los serafines: «¡Santo, Santo, Santo!»	«¿A quién enviaré?»
Sal 82,1	Dios «en la reunión de los dioses»	Juzga a los jueces injustos
Sal 89,6-8	«La corte de los santos»	Nadie se iguala al Señor
Job 1,6; 2,1	Los hijos de Dios, y el satán entre ellos	El Señor alaba a Job; permite la prueba con un límite
Job 15,8	«El consejo de Dios» (סוֹד sod)	Elifaz: ¿has entrado tú en él?
Job 38,7	Los astros y los hijos de Dios aclaman	La creación, una fiesta
Jer 23,18.22	«¿Quién asistió al consejo del Señor?»	Los falsos profetas, no
Zac 3,1-5	Josué ante el ángel del Señor	Le cambian las vestiduras
Dn 7,9-10	El Anciano; «millares de millares»	Se abren los libros
Ap 4–5	El trono, los ancianos, el Cordero	La liturgia del cielo

Una imagen tomada de las cortes reales: Dios gobierna rodeado de servidores que lo alaban (Catecismo, nn. 332 y 336). Torres Amat remite a 1 Re 22 al anotar Job 1,6. Sobre la palabra satán, ver el cuadro de 1 Cr 21.

PARA PROFUNDIZAR

«¿Acaso Job teme a Dios de balde?»: el satán y la fe gratuita

Dos veces se abre el cielo en el prólogo (1,6-12; 2,1-7), y las dos veces vemos lo mismo: el Señor como un rey rodeado de su corte, los «hijos de Dios» que se presentan a rendir cuentas, y una conversación sobre un hombre de la tierra. Es una imagen conocida: Miqueas ve al Señor en su trono deliberando con el ejército del cielo (1 Re 22,19-23), Isaías ve a los serafines (Is 6), Daniel ve millares de millares ante el Anciano (Dn 7,9-10; ver el cuadro al final del capítulo). Torres Amat la llama «parábola» y advierte que el Señor habla «según frase de los hombres». Es una ventana que el narrador abre para el lector: nosotros sabremos lo que Job nunca sabrá.

En esa corte aparece «el satán». En hebreo lleva artículo: no es todavía un nombre propio, sino un cargo, «el adversario» o «el acusador», una especie de fiscal que pone en duda la virtud de los hombres (ver el ensayo de 1 Cr 21). La tradición cristiana lo identificó con el diablo, «el acusador de nuestros hermanos» (Ap 12,10), y el Evangelio conoce una escena semejante: «Satanás os ha pedido para cribaros como trigo», dice Jesús a Pedro, «pero yo he rogado por ti» (Lc 22,31-32). Hay una petición, un permiso y un límite: el poder de Satán «no es infinito», y su acción «es permitida por la divina providencia» (Catecismo, n. 395).

Pero el verdadero tema del prólogo no es el satán, sino una palabra: *jinnam*, «de balde». «¿Acaso Job teme a Dios de balde?» (1,9). El satán no niega que Job sea bueno; sospecha de por qué lo es. Si

a Job le va tan bien, su piedad puede ser un negocio: él da culto y Dios paga con hijos, rebaños y salud. Dios sería un proveedor; el hombre, un cliente; y la religión, un contrato que se rompe cuando deja de convenir. El griego tradujo *dōreán*, «gratuitamente», la palabra con que el Nuevo Testamento habla de la gracia (Rom 3,24): ¿puede el hombre amar a Dios gratis, como Dios lo ama a él?

El prólogo responde con dos frases de Job: «El Señor me lo dio todo; el Señor me lo ha quitado; bendito sea el nombre del Señor» (1,21), y «Si recibimos los bienes de la mano de Dios, ¿por qué no recibiremos también los males?» (2,10). Job no bendice a Dios por lo que le da: lo bendice cuando ya no le queda nada. La respuesta del libro entero será más compleja: Job se quejará y llamará a Dios a juicio, pero no lo abandonará, y Dios dirá que habló de él «con rectitud» (42,7). También la queja puede ser amor gratuito: el que no ama, no reclama.

Queda la página más dura. Dios mismo dice: «tú me has incitado contra él, para que yo le atribulase sin merecerlo» (2,3), y *jinnam* aparece de nuevo: Job sufre «de balde», sin culpa. Mueren sus siervos y sus hijos (1,15-19). El libro no lo suaviza ni lo explica, y pide al lector que no convierta la parábola en una apuesta de Dios con el diablo sobre cada uno de nosotros. La Iglesia enseña que Dios no es en modo alguno causa del mal moral, aunque lo permite y sabe sacar de él un bien, sin que el mal se convierta por eso en bien (Catecismo, nn. 311-312), y reconoce que a la pregunta por el mal «no se puede dar una respuesta simple» (n. 309). Juan Pablo II lo resumía así: si el Señor consiente en probar a Job, «lo hace para demostrar su justicia»; «el sufrimiento tiene carácter

de prueba» (*Salvifici doloris*, n. 11). Junto a Job, su mujer repite sin saberlo las palabras de Dios y el deseo del satán (2,3.9), aunque ha perdido los mismos diez hijos (ver el recuadro); y los amigos hacen lo mejor que harán en todo el libro: sentarse con él siete días, sin hablar (2,13).

Los cristianos han oído en este prólogo el anuncio de otra prueba. En el desierto, el tentador dice a Jesús: «Si eres Hijo de Dios...» (Mt 4,1-11); en la cruz, la burla repite la sospecha: «ha puesto su confianza en Dios; que lo libre ahora, si lo quiere» (Mt 27,43). Jesús ama al Padre gratuitamente hasta el final. Por eso Juan Pablo II pudo escribir que el libro de Job «en cierto modo es un anuncio de la pasión de Cristo» (*Salvifici doloris*, n. 11).

PAUSA

1. La mujer de Job y sus amigos reaccionan de modos distintos ante su dolor. ¿A quién te pareces tú cuando sufre alguien cercano?
2. «Si recibimos los bienes de la mano de Dios…» ¿Qué bienes recibidos puedes recordar hoy para que sostengan tu ánimo en lo que te duele?
3. Los amigos acompañaron a Job siete días en silencio. ¿A quién podrías acompañar sin necesidad de decir nada?

Para orar. *Señor, que no te ame por lo que me das, sino por quien eres, y que sepa estar en silencio junto al que sufre.*

3

Job maldice el día en que nació

Después de siete días de silencio, Job «abrió su boca». Con este capítulo empieza la poesía, que durará hasta 42,6, y cambia el tono: el Job paciente del prólogo da paso al Job que se queja. El poema tiene tres estrofas: maldice el día de su nacimiento y la noche de su concepción (vv. 3-10); se pregunta por qué no murió al nacer, y envidia el reposo de los muertos (vv. 11-19); y pregunta por qué se da la luz al desdichado (vv. 20-26). Job no maldice a Dios, como esperaba el satán: maldice su día. Pero su grito abre el debate de todo el libro.

«Perezca el día en que nací»

1 Después de esto abrió Job su boca, y echó la maldición al
día de su nacimiento [1], 2 hablando de esta manera:

3 Perezca, mal haya, el día en que nací [2] y la noche en que
se dijo por mí: Concebido queda un varón [3]. 4 Conviértase
aquel día en tinieblas [4]; no haga Dios cuenta de él desde lo
alto; ni sea con luz alumbrado; 5 oscurézcanle las tinieblas,
y la negra sombra de la muerte [5]; cúbrale densa niebla y
sea envuelto en amargura;

6 corra en aquella noche un tenebroso torbellino; no se
mencione ella entre los días del año, ni se cuente entre los

meses; [7] sea la tal noche solitaria o estéril [6], y no se considere digna de cantares o regocijos; [8] maldíganla los que aborrecen el día en que nacieron [7], que están prontos a provocar a Leviatán [8]; [9] oscurezcan sus tinieblas las estrellas de esta noche; espere la luz, y nunca jamás la vea, ni el albor de la naciente aurora [9], [10] ya que no cerró el claustro del vientre que me llevaba [10], y no apartó de mis ojos la vista de estos males.

¿Por qué no morí al nacer? El descanso de los muertos

[11] ¿Por qué no morí yo en las entrañas de mi madre [11]; o salido a luz no perecí luego? [12] ¿Para qué al nacer me acogieron en el regazo? ¿Para qué me arrimaron al pecho a fin de que mamase? [13] Pues yo ahora estaría durmiendo en el silencio de la muerte [12]; y en este mi sueño lograría reposo, [14] al lado de los reyes y potentados de la tierra, que fabrican para sí edificios en lugares solitarios [13]; [15] o con los príncipes que amontonan oro y llenan de plata sus casas;

[16] o bien como un aborto, que luego lo esconden [14] y apartan de la vista, yo no subsistiera, o como los que después de concebidos no llegaron a ver la luz. [17] Allá en el sepulcro cesa por fin el gran ruido que mueven los impíos [15]; allí es donde vienen a descansar los de las fuerzas cansadas, [18] y allí están sin sufrir ya molestia alguna, ni oír la voz del cruel capataz [16], aquellos que en otro tiempo estaban jun-

tos con grillete. 19 Allí están el pequeño y el grande; allí el
esclavo libre ya de su amo.

¿Por qué se da la luz al desdichado?

20 ¿Por qué razón fue concedida la luz a un desdichado [17],
y la vida a los que la pasan como yo, en amargura de ánimo? 21 Los cuales están esperando la muerte, la que no acaba de llegar, como esperan los que cavan en busca de un tesoro; 22 y se sienten transportados de gozo al hallar el sepulcro. 23 ¿Por qué se concedió la vida a un hombre como yo, que no ve el camino por donde anda; habiéndole Dios cercado todo de tinieblas [18]?

24 Suspiro antes de tomar alimento, y suenan mis rugidos como las aguas que rompen los diques e inundan [19]. 25 Por cuanto me ha sucedido lo que yo me temía, se han verificado mis recelos. 26 ¿Acaso no disimulé, no callé, no aguanté con paciencia? [20] Y sin embargo, la indignación de Dios ha descargado sobre mí.

¿Sabías que?

Mucho antes de Job, los sabios de Mesopotamia se preguntaban por qué sufre el justo. En el poema babilónico *Ludlul bel nemeqi*, «Alabaré al Señor de la sabiduría», que se suele fechar a fines del segundo milenio a. C., un alto funcionario cuenta cómo lo abandonaron el rey, los amigos y los dioses, cómo lo consumió la enfermedad y cómo el dios Marduk lo sanó al fin. La llamada *Teodicea babilónica* es un diálogo entre un hombre que sufre y un amigo que defiende el orden de los dioses; sus veintisiete estrofas forman un acróstico con el nombre de su autor, un sacerdote llamado Saggil-kinam-ubbib. Los estudiosos suelen compararlos con Job. La diferencia está en el final: en Job no hay explicación ni conjuro, sino un Dios que habla desde la tempestad.

Maldecir el día: Job y Jeremías

Job 3	Jeremías 20,14-18
«Perezca, mal haya, el día en que nací» (3,3)	«Maldito el día en que nací; no sea bendito el día en que mi madre me parió» (20,14)
«y la noche en que se dijo por mí: Concebido queda un varón» (3,3)	«Maldito aquel hombre que dio la nueva a mi padre, diciéndole: Te ha nacido un hijo varón» (20,15)
«Conviértase aquel día en tinieblas... oscurézcanle las tinieblas» (3,4-5)	«Sea tal hombre como están las ciudades que asoló el Señor sin tener de ellas compasión» (20,16)
«ya que no cerró el claustro del vientre que me llevaba» (3,10)	«¡Que no me hiciera morir Dios en el seno materno, de modo que la madre mía fuese mi sepulcro!» (20,17)
«¿Por qué no morí yo en las entrañas de mi madre?» (3,11)	«¿Para qué salí del seno materno...?» (20,18)
«la vida a los que la pasan como yo, en amargura de ánimo» (3,20)	«a padecer trabajos y dolores, y a que se consumiesen mis días en continua afrenta» (20,18)
Después: Elifaz le responde con una doctrina (caps. 4–5)	Antes: un himno, «Cantad himnos al Señor... porque él es el que ha librado el alma del pobre» (20,13)

Dos lamentos casi gemelos, de un sabio y de un profeta; ninguno maldice a Dios, sino el día. Muchos piensan que el poeta de Job conocía el texto de Jeremías; otros, que ambos usan una fórmula tradicional de lamento. Jeremías, en la traducción de Torres Amat.

PARA PROFUNDIZAR

«Perezca el día en que nací»: la queja del que sufre

Después de siete días de silencio, la primera palabra de Job es una maldición. Pero no la que esperaba el satán: Job no maldice a Dios, maldice su día. El capítulo 3 es el primer poema del libro y tiene tres estrofas: la maldición del día del nacimiento y de la noche de la concepción (3,3-10), el deseo de haber muerto al nacer para descansar con los muertos (3,11-19) y la pregunta por qué se da la luz a quien vive en amargura (3,20-26). Del Job paciente del prólogo pasamos al Job que se queja; y el libro, que ha alabado al primero, no condenará al segundo.

Este grito tiene una familia en la Biblia. Su gemelo es el de Jeremías: «Maldito el día en que nací» (Jer 20,14-18; ver el cuadro al final del capítulo). Elías, agotado, pide morir bajo un enebro (1 Re 19,4); Jonás dice que más le vale morir que vivir (Jon 4,3); Tobit y Sara piden la muerte el mismo día (ver el ensayo de Tob 3). Los salmos de lamento ponen en boca de los fieles preguntas sin respuesta: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Sal 22,2); «aparta de mí tu mirada» (Sal 39,14); y el salmo 88 (Torres Amat, 87) termina en la oscuridad, sin una palabra de consuelo. Las Lamentaciones lloran a Jerusalén con la misma crudeza. La Escritura no esconde estas palabras: las guarda como palabra de Dios.

¿Qué hace exactamente Job? Quiere deshacer su día: «Conviértase aquel día en tinieblas» invierte el «Haya luz» de la creación (Gn 1,3), como si pudiera devolver al caos el trozo de mundo en que nació. Envidia a los muertos, que en el *sheol* descansan: allí reyes

y esclavos son iguales, allí cesan el ruido de los malvados y la voz del capataz. Job no conoce todavía la esperanza de la resurrección, que Dios reveló poco a poco (Catecismo, n. 992); para él, la muerte es silencio y reposo. Más adelante el libro irá más lejos (14,13-15; 19,25-27). Y, sobre todo, Job habla a Dios aunque no lo nombre: su «¿por qué?» va dirigido a quien da la luz (3,20).

La Iglesia ha hecho de estas palabras oración. El Catecismo enseña que la oración de los profetas es «a veces, un debatirse o una queja», y remite a las confesiones de Jeremías (n. 2584). El Leccionario lee este capítulo el martes de la 26.ª semana del tiempo ordinario de los años pares, con el salmo 88, y ofrece sus primeros versículos entre las lecturas de la unción de los enfermos: la Iglesia pone en labios del enfermo la queja de Job. Jesús mismo rezó en la cruz con un salmo de lamento (Mc 15,34) y, según la carta a los Hebreos, ofreció «oraciones y súplicas con gran clamor y lágrimas» (Heb 5,7). Torres Amat lo decía a su modo: estas expresiones «pudieron muy bien decirse sin perder la resignación a la voluntad divina».

Hay que leer este capítulo con delicadeza, porque algunos lectores estarán en el lugar de Job. El deseo de morir es aquí un grito, no un proyecto: Job no levanta la mano contra su vida, sino que lleva su dolor ante Dios, y seguirá hablándole durante treinta y nueve capítulos. La Iglesia recuerda que somos «administradores y no propietarios de la vida que Dios nos ha confiado» (Catecismo, n. 2280); reconoce que «la angustia, o el temor grave de la prueba, del sufrimiento o de la tortura, pueden disminuir la responsabilidad del suicida» (n. 2282), enseña que no se debe desesperar de la salvación de quienes se han quitado la vida,

y «ora por las personas que han atentado contra su vida» (n. 2283). Quien hoy se encuentre donde estaba Job no tiene por qué callar ni cargar solo con su dolor: puede decírselo a Dios con estas mismas palabras, y también a alguien que lo escuche y lo acompañe.

El capítulo prepara el debate. Los amigos van a cometer su primer error: responder a un lamento con una doctrina. Elifaz oirá en estas palabras impaciencia y culpa (4,5-8), cuando eran ante todo dolor. Un lamento no se refuta: se acompaña. San Pablo pedirá «llorar con los que lloran» (Rom 12,15), y lo mejor que hicieron los amigos de Job fue lo que hicieron antes de hablar.

PAUSA

1. Job no maldijo a Dios, pero tampoco calló su dolor. ¿Te atreves a decirle a Dios lo que de verdad sientes?
2. ¿Conoces a alguien que hoy podría decir las palabras de este capítulo? ¿Cómo podrías acompañarlo?

Para orar. *Señor, cuando no vea la luz, que mi queja sea oración, y que nunca deje de hablarte.*

4

Elifaz: «¿Pereció jamás algún inocente?»

Habla el primero de los amigos, Elifaz de Temán, quizá el mayor. Su discurso, que ocupa los capítulos 4 y 5, empieza con cortesía y termina con una lección. En este capítulo recuerda a Job que él consolaba a otros (vv. 2-6), le expone la regla que ha visto cumplirse siempre: ningún inocente perece, y el que siembra mal cosecha mal (vv. 7-11), y apoya su doctrina en una visión nocturna: ningún hombre es justo ante Dios (vv. 12-21). Lo que dice es en parte verdad; pero el lector sabe, por el prólogo, que no vale para Job.

Elifaz: «¿Pereció jamás algún inocente?»

1 Entonces Elifaz de Temán, rompiendo el silencio, dijo [1]:
2 Si empezamos a razonar contigo, quizá no te gustará lo
que diremos [2]; pero, ¿quién podrá contener las palabras
que ahora vienen a la boca? 3 Tú eras antes el que amaes-
traba a muchos [3]; tú dabas vigor a los agobiados. 4 Tus pa-
labras eran el sostén de los vacilantes, y tú fortalecías las
trémulas rodillas de los débiles. 5 Mas ahora que el azote
ha descargado sobre ti, estás abatido; te ha tocado el Se-
ñor, y te has conturbado todo. 6 ¿Dónde está tu temor de
Dios? [4] ¿Dónde tu fortaleza, tu paciencia y la perfección
de tu conducta antigua?

7 Considera, te ruego, si pereció jamás ningún inocente [5],
o cuándo los buenos han sido exterminados. 8 Al contra-
rio, lo que yo he visto es que los que han cultivado el vicio,
han sembrado males, y males han cogido [6]; 9 y han perecido a un soplo de Dios; y han quedado consumidos al aliento de la indignación divina. 10 Así pereció el león que rugía
y la leona que bramaba [7]; y fueron desmenuzados los
dientes de los leoncillos. 11 Pereció de hambre el tigre por
falta de presa, y los leoncillos se fueron cada uno por su
lado.

La visión nocturna: nadie es puro ante Dios

12 Se me dijo en cierta ocasión una palabra recóndita [8], y
mi oído, así como a hurtadillas, percibió algo de aquel
blando zumbido. 13 En el horror de una visión nocturna,
cuando suele el sueño rendir los hombres [9], 14 quedé so-
brecogido de pavor, y todo temblando, y se estremecieron
todos mis huesos; 15 y pasando por delante de mí un espíritu, se me erizaron los cabellos. 16 Se me apareció uno cuyo
semblante no pude conocer, un espectro delante de mis
ojos, y percibí una voz delicada como de un airecillo
suave [10], que me decía:

17 ¿Acaso un hombre, parangonado con Dios, será tenido
por justo [11], o podrá creerse más puro que su Hacedor?
18 Mira que no han sido firmes sus mismos ministros, y
que halló culpa hasta en sus ángeles [12]. 19 ¡Cuánto más se-

rán consumidos y como roídos de la polilla, aquellos que habitan casas de barro, cimentadas sobre el polvo [13]! [20] De la noche a la mañana quedarán aniquilados [14]; y por cuanto ninguno considera estas verdades, perecerán para siempre. [21] Los restos que quedaren, serán arrancados; morirán en medio de su locura [15].

¿Sabías que?

En el v. 11, donde el hebreo habla de un león y la Vulgata de un tigre, el griego dice *myrmēkoléōn*, «hormiga-león». De esa palabra nació una de las fábulas más curiosas de los bestiarios. El *Fisiólogo*, un libro cristiano antiguo sobre los animales y su sentido simbólico, cita este versículo y explica que el hormiga-león tiene por padre un león y por madre una hormiga: por la naturaleza del padre quiere comer carne, por la de la madre quiere comer grano, y como no puede comer ni lo uno ni lo otro, muere de hambre. Lo propuso como imagen del hombre de doble ánimo, «inconstante en todos sus caminos» (Sant 1,8), y recordó el «¡ay del pecador que anda por dos caminos!» (Sir 2,12). Hoy se llama hormiga león a la larva de un insecto que caza hormigas en un embudo de arena.

PAUSA

1. Elifaz dijo cosas verdaderas, pero no lo que Job necesitaba oír. ¿Cuándo has dado tú una lección donde hacía falta un abrazo?
2. Job había sostenido a muchos con sus palabras. ¿Quién te sostuvo a ti cuando te temblaban las rodillas?

Para orar. *Señor, enséñame a consolar sin juzgar, y a reconocer que soy barro sin perder la confianza en tus manos.*

5

Elifaz: «Dichoso el hombre a quien Dios corrige»

Elifaz termina su discurso. Primero sigue con la suerte del necio, cuya desgracia tiene siempre una causa (vv. 1-7); después aconseja a Job que se vuelva a Dios y canta un himno al Señor que levanta a los humildes y confunde a los astutos (vv. 8-16); por fin le promete que, si acepta la corrección, Dios lo librará de todo mal y le dará paz, descendencia y una vejez colmada (vv. 17-27). Son palabras hermosas, y san Pablo citará una de ellas (v. 13); pero dichas a Job, que ha perdido a sus hijos, suenan a reproche. Al final, Dios dirá que los amigos no hablaron con rectitud (42,7).

El necio y la raíz de la desgracia

1 Llama, pues, algún defensor tuyo, si es que hay quien te
responda, y vuelve tu vista a alguno de los santos [1].
2 Verdaderamente que al necio le mata la cólera, y al apo-
cado le quita la vida la envidia. 3 Yo vi al necio bien
arraigado [2]; pero al instante maldije su aparente lozanía.
4 Estarán sus hijos muy lejos de la salud, o felicidad, y se-
rán hollados en las puertas [3], sin que haya quien los de-
fienda ni ampare. 5 Sus mieses las devorará un hambrien-

to; y gente armada echará mano de él, y se le llevará cautivo, y hombres sedientos se sorberán sus riquezas.

6 Ninguna cosa sucede en el mundo sin motivo, que no
brotan del suelo los trabajos [4]. 7 Porque el hombre nace
para trabajar y padecer, como el ave para volar [5].

El Dios que trastoca la suerte

8 Por tanto, yo rogaré al Señor, y enderezaré a Dios mi
oración [6]; 9 el cual hace cosas grandes e inescrutables [7] y
maravillas sin cuento; 10 que derrama la lluvia sobre la faz
de la tierra, y todo lo riega con sus aguas; 11 que ensalza a
los humildes [8], y alienta con prosperidades a los tribulados;

12 que disipa las maquinaciones de los malignos, para que
sus manos no puedan completar lo que comenzaron; 13 que
prende a los astutos con las mismas redes de ellos [9], y desvanece los designios de los malvados, 14 de suerte que en
pleno día se encontrarán en tinieblas, y a mediodía andarán a tientas como si fuese de noche. 15 Entretanto el Señor
salvará al desvalido de la espada de sus lenguas [10], y al pobre de las manos del hombre violento. 16 No, no quedará
frustrada la esperanza del mendigo, y los inicuos no osarán despegar sus labios.

«Dichoso el hombre a quien Dios corrige»

17 Dichoso el hombre a quien el mismo Dios corrige [11]; no
desprecies, pues, la corrección del Señor. 18 Porque él mis-
mo hace la llaga y la sana [12]; hiere, y cura con sus manos.

19 A las seis tribulaciones te libertará, y a la séptima ya no
te tocará el mal [13]. 20 Él te salvará de la muerte en tiempo
de hambre, y en la guerra del golpe de la espada. 21 Estarás
a cubierto del azote de lenguas malignas, y no temerás la
calamidad cuando viniere. 22 En medio de la desolación y
la carestía general tú te reirás; no temerás las bestias sal-
vajes;

23 antes bien estarán en alianza contigo hasta las piedras
de los campos [14], y las bestias fieras del país serán para ti
mansas, 24 y verás reinar la paz y abundancia en tu mora-
da; y no cometerás falta en el gobierno de tu dichosa
casa [15]. 25 Verás también multiplicarse tu linaje, y crecer
tu descendencia como la hierba del prado. 26 En fin, lleno
de años entrarás en el sepulcro; al modo que el montón de
trigo se recoge en las trojes a su debido tiempo [16].

27 Mira que lo que acabamos de exponerte es así como lo
decimos [17]; reflexiónalo, pues, y medítalo para contigo
mismo.

¿Sabías que?

Hacia el año 96, la Iglesia de Roma escribió una carta a la de Corinto, dividida por una revuelta contra sus presbíteros; la tradición la atribuye a san Clemente, el tercer sucesor de Pedro. Para invitar a los rebeldes a aceptar la corrección, la carta cita entera esta parte del discurso de Elifaz, desde «Dichoso el hombre a quien Dios corrige» hasta el montón de trigo recogido a su tiempo (5,17-26), y comenta: ya veis, amados, qué protección tienen los que son corregidos por el Señor; porque Dios es bueno y nos corrige para que nos enmendemos con su santa disciplina (*Carta a los Corintios* 56). Es uno de los usos cristianos más antiguos del libro de Job, y muestra cómo una palabra de Elifaz, verdadera en sí misma, podía servir a la Iglesia.

PAUSA

1. Elifaz habló verdades sobre Dios, pero no escuchó a Job. ¿Escuchas tú antes de aconsejar?
2. «Dichoso el hombre a quien Dios corrige.» ¿Has vivido alguna dificultad que, con el tiempo, te ayudó a crecer?
3. ¿Qué verso del himno de Elifaz (5,9-16) podrías hacer hoy tu oración?

Para orar. *Señor, que hieres y curas, venda mis heridas y dame un corazón que escuche antes de hablar.*

6

Job responde: el torrente engañoso

Job contesta a Elifaz. No discute todavía su doctrina, sino su manera de consolar. Primero explica la violencia de sus palabras: su desgracia pesa más que la arena del mar, y desearía que Dios acabara con él, con tal de no renegar del Santo (vv. 1-13). Después se vuelve a los amigos: esperaba de ellos lealtad, y han sido como un torrente del desierto, que en verano se seca y deja morir a las caravanas (vv. 14-23). Por último les pide que le muestren su falta y que lo miren a la cara (vv. 24-30). El capítulo enseña qué espera de sus amigos el que sufre.

Job: «Mis palabras están llenas de dolor»

1 Pero Job respondió y dijo: 2 ¡Quisiera Dios que mis pecados por los que he merecido la ira [1], se pesaran en unas
balanzas, con la calamidad que padezco! 3 Se vería que mis
males pesan tanto y más que la arena del mar, de aquí es
que mis palabras están llenas de dolor [2]. 4 Porque parece
que todas las saetas del Señor [3] están clavadas en mí; el
veneno de ellas va corroyendo mi espíritu, y terrores del
Señor, o terribles espectros, combaten contra mí. 5 ¿Por
ventura rebuzna el asno montés teniendo hierba [4]? ¿O
brama el buey teniendo delante un pesebre bien provisto?
6 ¿O podrá comerse un manjar insípido, no sazonado con

sal? ¿O habrá quien coma con gusto aquello que probado causa la muerte? 7 Las cosas que antes hubiera yo rehusado tocar, ahora en la estrechez en que me hallo son mi alimento.

8 ¡Quién me diera que fuese otorgada mi petición, y me concediese Dios lo que tanto deseo! 9 ¡Y que el que ha comenzado a herirme, acabe conmigo, deje caer su mano, y corte mi vida [5]! 10 Y mi consuelo sería que sin perdonarme, fuese afligiéndome con dolores, y que yo no me opusiese a los decretos del Santo por esencia [6]. 11 Porque, ¿cuáles son mis fuerzas para poder sobrellevar tantos males? ¿O cuándo tendrá fin mi padecer, para prometerme perseverar en la paciencia [7]? 12 Que no es mi firmeza como la de las peñas, ni es de bronce mi carne. 13 Mirad cómo yo por mí no puedo valerme, y cómo hasta los más allegados míos me han abandonado.

Los amigos, un torrente engañoso

14 Quien no tiene compasión de su amigo, abandona el santo temor de Dios [8]. 15 Mis hermanos han pasado de largo por delante de mí, como pasa un rápido torrente por las cañadas [9]. 16 Pero a veces los que temen la escarcha son abrumados de la nieve [10]. 17 Como los torrentes, al mismo tiempo que se desparramen se perderán; y como la nieve calentando el sol, se derretirán. 18 Tortuosas son las sendas por donde caminan; quedarán reducidos a la nada, y pere-

cerán. 19 Contemplad las veredas de Tema, los caminos de
Saba [11], y esperad un poquito. 20 Se han confundido a vista
de mi firme esperanza; se han llegado junto a mí, y quedan
cubiertos de rubor.

21 En efecto, acabáis ahora de llegar, y luego que veis mis
males tembláis de miedo [12]. 22 ¿Acaso yo os he dicho:
Traedme y dadme algo de vuestros bienes [13]? 23 ¿O bien,
libradme del poder del enemigo, y sacadme de las manos
de los poderosos?

«Enseñadme, que yo callaré»

24 Enseñadme, que yo callaré; y si en algo he sido ignoran-
te o he pecado, instruidme [14]. 25 ¿Por qué razón, pues, ha-
béis contradicho a las palabras de verdad que he hablado,
siendo así que ninguno de vosotros puede acusarme de pe-
cado? 26 Vuestros estudiados razonamientos sólo tiran a
zaherirme, y no hacéis más que hablar al aire [15]. 27 Os
arrojáis sobre un huérfano [16], y os esforzáis en acabar de
perder a vuestro amigo.

28 Como quiera, concluid el discurso comenzado, y pres-
tadme después atención, y ved si digo mentira [17].
29 Respondedme, os ruego, sin porfía, y pronunciad la sen-
tencia conforme a justicia; 30 que no habéis de hallar false-
dad en mi lengua, ni de mi boca oiréis necedad alguna.

¿Sabías que?

Tema, el oasis de las caravanas de 6,19, aparece en un texto que recuerda a Job. Entre los manuscritos del mar Muerto se hallaron los restos de una *Oración de Nabonido*, en arameo. El último rey de Babilonia, que vivió unos diez años en Tema en el siglo VI a. C., cuenta allí, según la lectura más aceptada de un fragmento muy dañado, que estuvo siete años herido por «una úlcera maligna» por decreto de Dios, y que sanó cuando un judío de los deportados le perdonó su pecado y le enseñó a dar gloria al Dios altísimo. La palabra aramea para la úlcera es la misma con que el hebreo nombra la llaga de Job (*shejín*, 2,7). Muchos estudiosos ven en ese texto un pariente del relato de Daniel 4, la enfermedad de Nabucodonosor.

PAUSA

1. Job pide a sus amigos que no tomen por viento las palabras de un desesperado. ¿Sabes escuchar el dolor que hay detrás de las palabras duras de alguien que sufre?
2. Los amigos fueron para Job como un torrente seco en verano. ¿Para quién podrías ser tú agua en su tiempo de sequía?
3. Job dice: «enseñadme, que yo callaré». ¿Estás dispuesto a escuchar una corrección, y a hacerla tú con verdad y no con sospechas?

Para orar. *Señor, que no falte a mis amigos en su hora de sequía, y que sepa escuchar sin juzgar al que sufre.*

7

La vida del hombre, una milicia

Job pasa de los amigos a Dios. La primera parte es una meditación sobre la condición humana: la vida es un servicio duro, como el del soldado o el del jornalero, con noches sin sueño y días que vuelan sin esperanza (vv. 1-10). En la segunda, Job decide no callar y se dirige a Dios mismo: ¿por qué lo vigila como al mar o al monstruo marino?, ¿por qué no le deja respirar?, ¿por qué no le perdona, si mañana ya no existirá? (vv. 11-21). La Iglesia lee este capítulo en la misa, en la unción de los enfermos y en el Oficio de lectura.

Job: «La vida del hombre sobre la tierra es una perpetua guerra»

1 La vida del hombre sobre la tierra es una perpetua guerra [1];
y sus días son como los de un infeliz jornalero.
2 Como el siervo fatigado suspira por la sombra [2],
y al modo que el jornalero aguarda con ansia el fin de su trabajo,
3 así he pasado yo meses sin sosiego [3],
y estoy contando las noches trabajosas.
4 Si estoy acostado, digo: ¿Cuándo será de día, y me levantaré? [4];
y luego de levantado, deseo que llegue la tarde;
y quedo en un mar de dolores hasta comenzar otra noche.

5 Mi carne está cubierta de podredumbre [5] y de costras de
inmundo polvo; toda mi piel está seca y arrugada. 6 Mis
días han corrido más velozmente de lo que el tejedor corta
la urdimbre [6] acabada la tela, y han desaparecido sin es-
peranza de retorno.

7 Acuérdate, oh Dios mío, que mi vida es un soplo [7], y que
no volverán a ver mis ojos la felicidad perdida, 8 ni me
verá más humana vista; porque tú has echado sobre mí
una terrible mirada [8] y ya no puedo subsistir más. 9 Como
se disipa y desvanece una nube, así el que desciende al se-
pulcro no subirá [9], 10 ni volverá otra vez a su casa, ni lo co-
nocerá más el lugar donde habitaba [10].

«Daré libertad a mi lengua»: la queja ante Dios

11 Por tanto daré libertad a mi lengua para lamentarse [11];
hablaré de las angustias de mi espíritu; discurriré acerca
de las amarguras de mi alma, 12 y diré al Señor: ¿Soy acaso
un mar embravecido o alguna ballena o monstruo [12], para
que me tengas encerrado como en una cárcel?

13 Si yo digo: Puesto en mi lecho hallaré consuelo, y experi-
mentaré alivio en mi cama, hablando y discurriendo con-
migo mismo, 14 tú me aterrarás con sueños espantosos [13],
y me harás estremecer con horribles visiones. 15 Por esta
causa mi alma quisiera más un patíbulo [14], y cualquier
muerte para mis huesos. 16 Perdí las esperanzas de poder

vivir más; ten lástima de mí, Señor, ya que mis días son
nada [15].

«¿Qué es el hombre...?»

[17] ¿Qué es el hombre para que tú hagas de él tanto caso [16],
o para que se ocupe de él tu corazón? [18] Le visitas al rayar el
alba, y de repente lo atribulas [17]. [19] ¿Hasta cuándo me has
de negar tu compasión, sin permitirme respirar o tragar
siquiera mi saliva [18]?

[20] Pequé, Señor; mas ¿qué haré yo para aplacarte, oh ob-
servador de los hombres [19]? ¿Por qué me has puesto por
blanco de tus enojos, tanto que ya me he hecho intolerable
a mí mismo? [21] ¿Por qué no perdonas todavía mi
pecado [20], y por qué no borras mi iniquidad? Mira que ya
voy a dormir en el polvo del sepulcro, y cuando mañana
me busques, ya no existiré [21] en el mundo.

¿Sabías que?

La primera lectura de los maitines de difuntos, *Parce mihi, Domine* (7,16-21), fue puesta en música por muchos compositores del Renacimiento. La versión del sevillano Cristóbal de Morales (h. 1500-1553), que fue cantor de la capilla papal y maestro de capilla en Ávila y en Toledo, abre el disco *Officium* (1994), en el que el Hilliard Ensemble canta polifonía antigua mientras el saxofonista noruego Jan Garbarek improvisa a su alrededor. El disco fue un éxito inesperado en muchos países, y la queja de Job, cantada en latín, llegó a oyentes que quizá nunca habían abierto este libro.

La vida es un soplo: imágenes de la brevedad en Job

Imagen	Job	En otros libros
La lanzadera	«Mis días han corrido más velozmente de lo que el tejedor corta la urdimbre» (7,6)	Is 38,12
El soplo	«Mi vida es un soplo» (7,7; cf. 7,16)	Sal 39,6; 144,4; Sant 4,14
La nube	«Como se disipa y desvanece una nube» (7,9)	Os 13,3; Sab 2,4
La sombra	«Nuestros días... como una sombra» (8,9; 14,2)	1 Cr 29,15; Sal 102,12
El junco	«Se seca primero que todas las hierbas» (8,12)	Sal 129,6
La posta	«Más velozmente que una posta» (9,25)	Sab 5,9
Las barcas	Vulgata: «naves cargadas de frutas» (9,26)	Sab 5,10
El águila	«Que se deja caer sobre la presa» (9,26)	Hab 1,8; Sab 5,11
La hoja	«Una hoja, que se lleva el viento» (13,25)	Sal 1,4; Is 64,5
La polilla	«Como una ropa roída por la polilla» (13,28)	Is 50,9; Mt 6,19-20
La flor	«Sale como una flor, y luego es cortado» (14,2)	Sal 103,15; Is 40,6-8
El sueño	«Cual sueño que volando se desvanece» (20,8)	Sal 73,20; 90,5

Job busca imágenes para decir que la vida se va sin dejar huella; muchas pasaron a los salmos, a los profetas y al libro de la Sabiduría (Sab 5,9-11). Isaías, después de comparar al hombre con la flor del campo, nombra lo que no pasa, y san Pedro lo aplica al Evangelio: «la palabra del Señor permanece eternamente» (Is 40,8; 1 Pe 1,24-25).

PARA PROFUNDIZAR

«Una perpetua guerra»: la vida del hombre según Job

«La vida del hombre sobre la tierra es una perpetua guerra» (7,1). Pocas frases de Job son tan conocidas, y pocas han cambiado tanto al pasar de una lengua a otra. El hebreo dice *tsabá*: el servicio del soldado de leva y, en general, toda prestación dura que uno no elige y cuyo final espera; Isaías llamará así al destierro, cuando anuncie que «se ha cumplido su servicio» (Is 40,2). A su lado, Job pone al jornalero que espera su paga y al esclavo que suspira por la sombra de la tarde (7,1-2). El griego tradujo *peiratérion*, «tiempo de prueba», y así lo leía san Agustín en la antigua versión latina: «¿No es una prueba la vida del hombre sobre la tierra?». San Jerónimo, que tradujo del hebreo, puso *militia*, y Torres Amat «una perpetua guerra», como, según anota, traducían «el V. Granada y otros». San Gregorio Magno, que conocía las dos versiones, explicó que la prueba y la milicia son una misma cosa, pero que la palabra «milicia» añade algo: la milicia avanza cada día hacia su término (*Morales* VIII).

En boca de Job, la imagen no es heroica. Es la de un hombre al que la vida le ha tocado como una leva forzosa: meses vacíos, noches en que espera el día y días en que espera la noche (7,3-4), un cuerpo cubierto de llagas (7,5). Y ese servicio duro es además breve: los días corren como la lanzadera del tejedor, la vida es un soplo, el hombre se disipa como una nube y baja a la morada de los muertos, de donde no se vuelve (7,6-10; ver el cuadro de este capítulo). Por eso Job decide no callar (7,11) y se dirige a Dios: le pregunta si es un monstruo marino para que lo vigile (7,12), vuelve

del revés el Salmo 8 (7,17-18; ver nota a 7,17) y termina con una petición casi tierna: perdóname, porque mañana me buscarás y ya no estaré (7,21).

La tradición cristiana oyó en *militia* el combate espiritual. San Pablo pide a Timoteo que comparta las fatigas «como buen soldado de Cristo Jesús» (2 Tim 2,3-4) y que combata «el buen combate de la fe» (1 Tim 6,12), y describe la armadura de Dios contra las asechanzas del diablo (Ef 6,10-17). El Catecismo recoge esta visión: la situación del mundo «hace de la vida del hombre un combate», una «dura batalla contra los poderes de las tinieblas» (n. 409, con palabras del concilio Vaticano II), y «la oración es un combate» (n. 2725). San Agustín, en el libro X de sus *Confesiones*, que la Liturgia de las Horas lee junto a Job 7 el miércoles de la 8.ª semana del tiempo ordinario, confiesa que nadie ama las molestias, aunque se le mande soportarlas; que en la adversidad desea la prosperidad y en la prosperidad teme la adversidad; y concluye que toda su esperanza está solo en la gran misericordia de Dios.

La liturgia ha puesto este capítulo junto a los enfermos. Es una de las lecturas propuestas para la unción (Job 7,1-4.6-11 y 7,12-21), y el 5.º domingo del tiempo ordinario, ciclo B, se proclama Job 7,1-4.6-7 antes del Evangelio de Marcos: Jesús entra en casa de Simón, toma de la mano a su suegra, que está en cama con fiebre, y la levanta; «al atardecer, cuando se puso el sol», le llevan a todos los enfermos (Mc 1,29-34). La tarde que Job esperaba como un jornalero agotado se convierte en la hora de las curaciones. La respuesta de Dios a la queja de Job no es una explicación, sino

una presencia que toca, levanta y sigue su camino para anunciar el Evangelio (Mc 1,35-39).

El antiguo Oficio de difuntos empezaba sus lecturas con el final de este capítulo, *Parce mihi, Domine* (7,16-21), y cantaba: «acuérdate de mí, oh Dios, porque mi vida es un soplo» (7,7). Al leer a Job junto al cuerpo de un difunto, la Iglesia no negaba la dureza de la milicia: la ponía en manos de Dios. San Pablo, al final de su vida, miró su propia milicia con esperanza: «He combatido el buen combate, he terminado la carrera, he guardado la fe. Ya me está preparada la corona de justicia, que me dará el Señor, el justo juez» (2 Tim 4,7-8). El servicio duro tiene un final, y la paga del jornalero no es la nada, sino Dios mismo.

PAUSA

1. Job compara su vida con el servicio de un soldado y con el trabajo de un jornalero que espera su paga. ¿Qué «jornal» esperas tú al final de tus cansancios?
2. Job decidió no callar y decirle a Dios su amargura. ¿Te atreves a rezar también con tus quejas, o solo con palabras correctas?
3. En la misa, a este capítulo responde Jesús, que entra en casa de Simón y levanta a una enferma. ¿A qué enfermo de tu entorno puedes llevarle hoy esa presencia?

Para orar. *Señor, mis días son un soplo: acuérdate de mí, quita mi pecado y sé tú mi descanso al final de la jornada.*

8

Baldad: la sabiduría de los antiguos

Baldad de Suhá, el segundo amigo, habla menos que Elifaz y con menos delicadeza. Defiende la justicia de Dios con un razonamiento sencillo: Dios no tuerce el derecho; si tus hijos murieron, fue por sus pecados; si tú eres recto y le suplicas, te restaurará (vv. 1-7). Apoya su doctrina en la sabiduría de los antiguos (vv. 8-10) y la ilustra con plantas: el junco que se seca sin agua, como el que olvida a Dios, y la planta que se agarra a las piedras (vv. 11-19). Termina con una promesa (vv. 20-22). Lo que dice es verdadero en general y cruel aplicado a Job.

Baldad: «¿Por ventura tuerce Dios el juicio?»

[1] Tomando entonces la palabra Baldad de Suhá [1], dijo:
[2] ¿Hasta cuándo has de hablar de ese modo, y han de ser
como un torbellino las palabras de tu boca [2]?
[3] ¿Por ventura tuerce Dios el juicio? [3] ¿O el Omnipotente trastorna
la justicia? [4] Aunque tus hijos hayan pecado contra él [4], y
los haya abandonado al poder de su iniquidad, y castigado
severamente; [5] esto no obstante, si tú recurres solícito a
Dios [5], y humilde ruegas al Todopoderoso; [6] si procedes
con inocencia y rectitud, al punto volverá a ti los ojos para
socorrerte, y restituirá la paz y felicidad a la morada de tu
inocencia; [7] en tanto grado que tus principios habrán sido

pequeños [6] en comparación del último estado de grandeza a que te ensalzará.

La sabiduría de los padres

[8] Pregunta si no a las generaciones pasadas, y escudriña
atentamente las memorias de nuestros padres [7]; [9] (porque
nosotros nacimos ayer, y somos unos ignorantes, pasándose nuestros días sobre la tierra como una sombra [8]), [10] y
ellos te instruirán; hablarán contigo, y de dentro de su corazón sacarán sentencias.

[11] ¿Por ventura puede el junco conservarse verde sin
humedad? [9] ¿O crecer sin agua un carrizo? [12] Estando todavía en flor, y sin que mano ninguna lo toque, se seca primero que todas las hierbas. [13] Tal es la suerte de todos los
que se olvidan de Dios; y así parará en humo la esperanza
del hipócrita [10]. [14] A él mismo no le contentará ya su estolidez o impiedad [11]; y toda su confianza en las criaturas se
desvanecerá como telaraña. [15] Querrá apoyarse sobre su
casa, y se hundirá; pondrá puntales, mas no se mantendrá.

[16] Pero el justo es una planta [12] que se muestra fresca y lozana antes de venir el sol, y naciendo arroja su retoño.
[17] Sus raíces se multiplican, y se abren camino aun por entre los pedregales, y ella vive en medio de peñascos. [18] Si
alguno la arrancare de su sitio, ella renunciará a él, y dirá:

Nada tengo que hacer contigo [13]. [19] Pues la naturaleza de esta planta es de tan feliz condición, que brotarán nuevamente otros renuevos de la misma tierra.

La promesa de Baldad

[20] Dios no abandona al hombre de bien [14], ni alarga su mano a los malvados. [21] Algún día tu boca rebosará de risa [15], y tus labios de júbilo. [22] Entonces los que te aborrecen, serán cubiertos de confusión; y no quedará en pie la casa de los impíos.

¿Sabías que?

Siglos antes de que se escribiera el libro de Job, según la datación más común, en Mesopotamia se compuso un diálogo parecido, que los estudiosos llaman la *Teodicea babilónica* (hacia el año 1000 a. C.). Un hombre que sufre y un amigo conversan en veintisiete estrofas: el que sufre denuncia que los malvados prosperan mientras los piadosos son despojados; el amigo defiende, con argumentos tradicionales, la justicia de los dioses. Las estrofas forman un acróstico: sus sílabas iniciales dicen el nombre del autor, un sacerdote llamado Saggil-kinam-ubbib, y su profesión de piedad hacia el dios y el rey. A diferencia de Job, en ese poema ningún dios responde.

Lo que dicen los amigos y lo que responde Job

Tema	Los amigos	Job
El inocente	«¿Pereció jamás ningún inocente?» (4,7)	Dios consume «así al inocente como al impío» (9,22)
El malvado	Se seca como el junco sin agua (8,11-19; 18; 20)	«¿Cómo es que viven los impíos, y son ensalzados?» (21,7)
La corrección	«Dichoso el hombre a quien el mismo Dios corrige» (5,17)	«Enseñadme» (6,24); «¿por qué me has puesto por blanco?» (7,20)
La conversión	Conviértete y serás restaurado (8,5-7; 11,13-19; 22,21-30)	«En él esperaré» (13,15), pero no renuncia a su inocencia (27,5-6)
Nadie es puro	4,17; 15,14; 25,4	Lo admite (9,2; 14,4), pero eso no explica su dolor
Los hijos	Pecaron, y Dios los castigó (8,4)	No responde
Tu pecado	Elifaz le inventa delitos (22,5-9)	Jura su inocencia (31)
Los padres	La tradición de los antiguos (8,8-10; 15,17-19)	«También tengo yo seso como vosotros» (12,3; 13,2)
La sabiduría	¿Puedes comprender los caminos de Dios? (11,6-7)	«¿Dónde se halla la sabiduría?» (28)
Dios no ve	Se lo atribuyen a Job (22,13-14)	«Él tiene conocidos mis pasos» (23,10)
El veredicto	«No habéis hablado con rectitud…» (42,7)	«… como mi siervo Job» (42,7); intercede por ellos (42,8-10)

Los amigos defienden a Dios con una regla verdadera en general, aplicada sin misericordia a un caso que no conocen; Job se niega a mentir sobre Dios y sobre sí mismo (13,7-8). Juan Pablo II: «no es verdad» que «todo sufrimiento sea consecuencia de la culpa y tenga carácter de castigo» (*Salvifici doloris*, n. 11).

PARA PROFUNDIZAR

Los amigos de Job y la doctrina de la retribución

Los tres amigos de Job dicen lo mismo con acentos distintos. Elifaz habla desde la experiencia y desde una visión nocturna: «lo que yo he visto es que los que han cultivado el vicio, han sembrado males, y males han cogido» (4,8). Baldad habla desde la tradición: «pregunta a las generaciones pasadas» (8,8). Sofar, desde la sabiduría escondida de Dios, que Job no puede sondear (11,6-7). Los tres parten de una premisa común: Dios es justo; por tanto, premia al bueno y castiga al malo en esta vida; por tanto, si Job sufre, algo habrá hecho, y si se convierte, será restaurado (8,4-7.20-22; 11,13-19; 22,21-30). Juan Pablo II lo resumió así: para ellos, el sufrimiento «puede tener sentido exclusivamente como pena por el pecado» (*Salvifici doloris*, n. 10).

No es una doctrina inventada. Es la enseñanza de la alianza: obedecer trae bendición, y desobedecer, maldición (Dt 28; 30,15-20). Los Proverbios prometen vida larga y graneros llenos al que honra al Señor (Prov 3,1-10); el Salmo 1 compara al justo con un árbol que da fruto, y el Salmo 37 llega a decir: «fui joven, ya soy viejo, y nunca vi al justo abandonado» (Sal 37,25). Los libros de los Reyes y, sobre todo, las Crónicas leen la historia de Israel con esta clave (ver el ensayo de 1 Cr 10). Hay en ella una verdad que la Iglesia no abandona: Dios es justo, el mal destruye a quien lo hace, y el sufrimiento puede tener sentido como castigo cuando está unido a una culpa. San Pablo cita a Elifaz como Escritura (1 Cor 3,19; ver nota a 5,13). Juan Pablo II subraya que el libro de Job «no desvir-

túa las bases del orden moral», pero muestra que sus principios «no se pueden aplicar de manera exclusiva y superficial» (n. 11).

El problema empieza cuando la regla se aplica como un silogismo a una persona concreta. Entonces la doctrina se vuelve cruel. Baldad dice a un padre que acaba de perder a sus diez hijos que quizá murieron por sus pecados (8,4). Sofar asegura que Dios castiga a Job menos de lo que su maldad merece (11,6). Elifaz, al final, le inventa delitos: has despojado al desnudo, has negado el pan al hambriento (22,5-9). Para salvar la justicia de Dios, los amigos tienen que mentir sobre Job, y Job se lo echa en cara: «¿Acaso tiene Dios necesidad de vuestras mentiras?» (13,7). Se ha observado que los amigos hablan mucho de Dios y nunca le hablan a él, mientras que Job, en medio de su protesta, no deja de dirigirse a Dios. Y el miedo explica parte de su dureza: si el inocente puede sufrir, nadie está a salvo (6,21).

La Biblia misma corrige la regla. El Salmo 73 confiesa el escándalo de ver prosperar a los malvados; el Eclesiastés observa que hay justos a quienes les toca lo que merecen los malvados (Ecl 8,14); Isaías presenta a un Siervo inocente que carga con los pecados de otros (Is 53,4-6). Jesús rechaza la deducción de los amigos ante el ciego de nacimiento: «ni él pecó ni sus padres» (Jn 9,3; cf. Lc 13,1-5). Y la cruz da la última palabra: el Justo sufre la suerte del culpable. Por eso Juan Pablo II advierte que se debe juzgar «con gran cautela» el sufrimiento como consecuencia de pecados concretos, sin aplicar el criterio de la dependencia directa, «como hacían los tres amigos de Job» (*Salvifici doloris*, n. 15), y el Cate-

cismo reconoce que a la pregunta por el mal «no se puede dar una respuesta simple» (n. 309).

El veredicto es de Dios: «no habéis hablado con rectitud y justicia en mi presencia, como mi siervo Job» (42,7). Los defensores de Dios son reprendidos, y el hombre que protestaba es llamado «mi siervo» y debe interceder por ellos (42,8-10). El libro deja así una lección sobre la manera de consolar. El mejor momento de los amigos fue su silencio de siete días (2,13). Job no les pedía teorías, sino lealtad (6,14) y compasión: «compadeceos de mí, al menos vosotros que sois mis amigos» (19,21); él, en su lugar, los habría alentado (16,4-5). San Pablo lo resume en dos frases: «llorad con los que lloran» (Rom 12,15) y «llevad los unos las cargas de los otros» (Gál 6,2). Ver el cuadro «Lo que dicen los amigos y lo que responde Job».

PAUSA

1. Baldad defendió a Dios con una regla, sin mirar a Job. ¿Te ha pasado que una verdad dicha a destiempo hiriera a alguien que sufría?
2. Baldad acusó a los hijos muertos de Job. ¿Qué palabras deberías evitar ante quien ha perdido a un ser querido?
3. La tradición de los padres es un tesoro (8,8). ¿Cómo puedes recibirla sin usarla para dejar de escuchar al que tienes delante?

Para orar. *Señor, enséñame a hablar de ti con verdad y con misericordia, y a callar cuando solo debo acompañar.*

9

¿Quién puede pleitear con Dios?

Job responde a Baldad, pero en realidad habla de Dios y, al final, a Dios. Admite la tesis de los amigos: ningún hombre es justo frente a Dios (vv. 1-3); pero la convierte en queja, porque el Dios que mueve los montes y creó las estrellas es tan grande que nadie podría ganarle un pleito (vv. 4-21). De ahí brotan las palabras más audaces del libro: Dios destruye al inocente lo mismo que al culpable (vv. 22-24). Job mira su vida, que huye veloz (vv. 25-31), y sueña con un árbitro que ponga la mano sobre los dos (vv. 32-35). El lenguaje es el de un tribunal.

Job: el poder del Dios que nadie puede resistir

1 Replicando a esto Job, dijo: 2 Yo sé verdaderamente que
así es, y que no hay hombre justo si se compara con Dios [1].
3 Si Dios quisiere entrar en juicio con él, no podrá respon-
derle de mil cargos [2], que le hará, a uno solo.

4 Él es el sabio de corazón y el fuerte y poderoso. ¿Quién ja-
más le resistió que quedase en paz? 5 Él traslada los
montes [3] de una a otra parte, y sin que lo perciban, son
abatidos y allanados por su furor. 6 Él conmueve la tierra
de su sitio, y hace bambolear sus columnas. 7 Él manda al
sol, y no nace si así lo manda; y encierra, si quiere, las es-

trellas como bajo sello. [8] Él sólo extendió los cielos, y camina sobre las ondas del mar [4]. [9] Él hizo el Arturo, y el Orión y las Híadas [5], y las partes escondidas hacia el mediodía. [10] Él hace cosas grandes e incomprensibles [6] y maravillosas; que no tienen guarismo.

[11] Si viene a mí, yo no lo veo [7]; si se retira, tampoco le conozco. [12] Si él súbitamente pregunta, ¿quién podrá responderle, o quién podrá decirle: Por qué haces eso? [8] [13] Él es el Dios verdadero, a cuyo enojo nadie puede resistir, y ante cuyo acatamiento se postran los ángeles que mueven los cielos y la tierra [9].

El pleito imposible

[14] ¿Quién soy yo, pues, para poder contestarle, y hablar con él boca a boca? [15] Aun cuando tuviere yo alguna cosa que alegar de mi parte, no la alegaré, sino que imploraré la clemencia de mi juez [10]. [16] Y aun cuando prestare oídos a mis súplicas, no acabaré de creer que haya hecho méritos de mis voces. [17] Porque él puede oprimirme con un torbellino de males, y multiplicar mis llagas aun sin manifestar el motivo [11]. [18] Él no concede reposo ninguno a mi espíritu y me llena de amarguras. [19] Si se trata de poder es poderosísimo; si de la equidad en juzgar, nadie osa dar testimonio en favor mío.

20 Si yo quisiere justificarme, me condenará mi propia
boca [12]; si yo me quisiere manifestar inocente, él me con-
vencerá de reo. 21 Aun cuando yo fuese inocente, eso mis-
mo lo ignorará mi alma, y me será siempre fastidiosa mi
vida.

22 Una sola cosa he afirmado, y es que el Señor consume
con trabajos así al inocente como al impío [13]. 23 Ya que me
azota, quíteme de una vez la vida, y no dirán que se ríe de
las penas de los inocentes. 24 La tierra comúnmente es en-
tregada en manos del impío, el cual con las riquezas venda
los ojos de los jueces que la gobiernan. Y si no es el Señor
quien lo dispone, decidme, ¿quién es? [14]

Job y el árbitro que no existe

25 Mis días han corrido más velozmente que una posta [15];
huyeron sin dejarme ver cosa buena. 26 Pasaron como na-
ves cargadas de frutas [16]; como el águila volando que se
deja caer sobre la presa. 27 Que si yo digo: No hablaré más
así, se altera mi semblante, y el dolor me despedaza. 28 De
todas mis obras tenía yo recelo, sabiendo que tú no perdo-
nas al delincuente. 29 Y si aun viviendo así, soy tratado
como un impío, ¿para qué habré trabajado en balde toda
mi vida? 30 Por más que me lave con aguas de nieve [17], y
reluzcan mis manos de puro limpias, 31 sin embargo me
harás perecer, y me tendrás como sumergido en inmundi-
cias, y hasta mis vestidos harán asco de mí.

32 Porque no habré de dar mis descargos a otro hombre
como yo [18], ni a quien puede igualmente ser citado conmi-
go a juicio. 33 Tampoco hay quien tenga autoridad sobre
ambos [19], ni interponerse como mediador entre nosotros
dos. 34 Aparte de sobre mí la vara de su justicia; y no me
asombre con el terror que me causa [20]; 35 entonces hablaré
sin que me amedrente su vista [21], pues estando con tanto
temor, no puedo responder en mi defensa.

¿Sabías que?

El Talmud juega con una palabra de este capítulo. En 9,17, Job dice que Dios lo aplasta *bi-seará*, que puede leerse «con una tempestad» o «por un cabello». Un maestro comentaba que Job blasfemó con una tempestad, diciendo: «Señor del mundo, quizá pasó un torbellino delante de ti y confundiste a *Iyyob* (Job) con *oyeb* (enemigo)»; y que Dios le respondió con una tempestad: «Entonces el Señor respondió a Job desde el torbellino» (38,1). Según el mismo pasaje, Dios le dijo: a cada cabello del hombre le he dado su propio poro, para no confundir uno con otro; si no confundo dos cabellos, ¿iba a confundir a Job con un enemigo? (*Baba Batra* 16a).

Las estrellas de Job

Hebreo	Vulgata (Torres Amat)	Qué es, probablemente
עִישׁ · עָשׁ ***ash, ayish***	9,9 *Arcturus*, «el Arturo»; 38,32 *vesperus*, «el [lucero] de la tarde»	La Osa Mayor, según muchos (discutido)
כְּסִיל ***kesil*, «necio»**	9,9 y Am 5,8 *Orion*; 38,31 *Arcturus*, pero Torres Amat «el Orión»	Orión, quizá un gigante necio atado al cielo
כִּימָה ***kimá***	9,9 *Hyades*, «las Híadas»; 38,31 *Pleiades*; Am 5,8 *Arcturus*	Las Pléyades, «las cabrillas» (nota de Torres Amat a 9,9)
חַדְרֵי תֵמָן ***jadré temán***	9,9 *interiora austri*, «las partes escondidas hacia el mediodía»	Las estrellas del cielo austral, o las «cámaras» del viento del sur
מַזָּרוֹת ***mazzarot***	38,32 *lucifer*, «el lucero de la mañana»	Una constelación, o las del zodíaco (cf. 2 Re 23,5): discutido
כּוֹכְבֵי בֹקֶר ***kokevé bóqer***	38,7 *astra matutina*, «los nacientes astros»	Los astros de la mañana, que cantan en la creación
נָחָשׁ בָּרִחַ ***najash bariaj***	26,13 *coluber tortuosus*, «la tortuosa culebra»	La serpiente del mar primordial (Is 27,1); algunos, dice Torres Amat, la constelación del Dragón

Los nombres hebreos de las estrellas son inciertos. San Jerónimo puso los nombres griegos de su tiempo, y no siempre los mismos: *kimá* es para él las Híadas, las Pléyades o Arturo. Los Setenta tradujeron Job 9,9 por «las Pléyades, el lucero de la tarde y Arturo», e Isaías llama a las constelaciones «sus Oriones» (*kesilehem*, Is 13,10). A Job no le importa la astronomía, sino quién las hizo (9,9).

PAUSA

1. Job dice que, aunque tuviera razón, tendría que suplicar a su juez. ¿Cómo vives tú la distancia entre tu pequeñez y la grandeza de Dios?
2. Job deseaba un árbitro que pusiera la mano sobre él y sobre Dios. ¿Qué significa para ti que Cristo sea ese mediador?
3. Job no esconde a Dios sus pensamientos más duros. ¿Hay algo que todavía no te atreves a decirle?

Para orar. *Jesús, único mediador entre Dios y los hombres, pon tu mano sobre mí y llévame sin miedo ante el Padre.*

10

«Tus manos me formaron»

Job ya no habla a los amigos, sino solo a Dios, en una oración audaz con tres movimientos. Primero pide saber de qué se le acusa y pregunta si Dios mira como mira un hombre (vv. 1-7). Después le recuerda que lo formó con sus manos, como el alfarero el barro y como se cuaja la leche, y que lo cuidó con amor: ¿cómo puede ahora destruirlo? (vv. 8-17). Por último vuelve al deseo del capítulo 3, no haber nacido, y pide un poco de alivio antes de bajar a la tierra de las sombras (vv. 18-22). El antiguo Oficio de difuntos leía todo este capítulo.

Job a Dios: «Manifiéstame por qué me juzgas»

1 Tedio me causa ya el vivir [1]. Soltaré mi lengua, aunque
sea contra mí; hablaré en medio de la amargura de mi
alma. 2 Le diré a mi Dios: No quieras condenarme de este
modo; manifiéstame por qué me juzgas de esta manera [2].
3 ¿Podrá, acaso, jamás ser de tu agrado que me entregues a
la calumnia, y oprimirme, siendo yo la obra de tus
manos [3], y cooperar a los designios de los impíos?

4 ¿Por ventura son tus ojos, ojos de carne? ¿O miras tú las
cosas sólo por afuera como las mira el hombre? [4] 5 ¿Son
acaso tus días como los días del hombre, o tus años seme-

jantes a los años humanos, 6 para que hayas de ir inquiriendo mis maldades, y averiguando mis pecados,
7 sabiendo, como sabes, que no he cometido maldad alguna [5], y que no hay nadie que pueda librarme de tus manos?

«Tus manos me formaron»

8 Tus manos, Señor, me formaron [6]; ellas coordinaron todas las partes de mi cuerpo, ¿y tan de repente quieres despeñarme? 9 Acuérdate, te ruego, que me formaste como de una masa de barro [7], y que me has de reducir a polvo.
10 ¿No es así que tú me formaste como de la leche cuajada y exprimida se forma el queso [8]? 11 Me vestiste de piel y carne, y con huesos y nervios me organizaste [9]. 12 Me diste vida, y usaste conmigo de misericordia [10]; y tu protección ha conservado mi espíritu.

13 Aunque encubras estas cosas en tu corazón [11], yo sé bien que todas las tienes presentes. 14 Si pequé, y entonces me perdonaste, ¿por qué ahora no permites que yo me vea limpio de mi iniquidad? 15 Que si yo fuere un impío, ¡ay desdichado de mí!; y si justo, no levantaré cabeza [12], estando como estoy agobiado de aflicciones y de miserias.
16 Y me aprisionarás por la soberbia como la leona [13]; y volverás a atormentarme de un modo portentoso.
17 Reproducirás tus testigos contra mí, y redoblarás contra

mí tu enojo, y me hallaré combatido por un ejército de penas [14].

«¿Por qué me sacaste del vientre?»

18 ¿Por qué me sacaste del vientre de mi madre? [15] Ojalá
hubiera yo perecido antes que ojo mortal me viera. 19 Me
habrían trasladado del seno materno al sepulcro, como si
no hubiese existido.

20 ¿Por ventura no se acabará en breve el corto número de
mis días? Déjame, pues, lamentarme de mi dolor por un
momento [16]; 21 antes que yo me vaya allá de donde no vol-
veré, a aquella tierra tenebrosa, y cubierta de las negras
sombras de la muerte [17]; 22 tierra o región de miseria y de
tinieblas, en donde tiene su asiento la sombra de la muer-
te, y donde todo está sin orden, y en un caos u horror
sempiterno [18].

¿Sabías que?

La comparación de 10,10 tiene una larga historia. Aristóteles explicaba la concepción como un cuajo: la semilla del varón actúa sobre la sangre de la madre como el cuajo sobre la leche (*Sobre la generación de los animales* II,4). Siglos después, santa Hildegarda de Bingen, la abadesa alemana a la que Benedicto XVI declaró doctora de la Iglesia en 2012, describió en una de sus visiones a unas personas que llevaban leche en vasijas de barro y hacían con ella quesos, unos firmes, otros flojos y otros amargos; y explicaba que la leche es la semilla humana, y los quesos, los hombres que de ella se forman, fuertes, débiles o amargados (*Scivias* I,4). Job, Aristóteles y Hildegarda usan la ciencia de su tiempo para decir el mismo asombro.

PAUSA

1. «Tus manos me formaron»: ¿cuándo fue la última vez que diste gracias por tu cuerpo y por tu vida como obra de Dios?
2. Job llegó a sospechar que el cuidado de Dios escondía una trampa. ¿Qué te ayuda a seguir creyendo en su amor cuando no lo entiendes?
3. Job solo pedía un respiro antes de seguir. ¿Quién, cerca de ti, necesita que le ayudes a encontrar un momento de alivio?

Para orar. *Señor, que me formaste con tus manos, no abandones la obra de tus manos.*

11

Sofar: «Más alto que los cielos»

Habla por primera vez el tercer amigo, Sofar de Naamat, y es el más tajante de los tres: no escucha la queja de Job, la llama palabrería y llega a decirle que Dios lo castiga menos de lo que merece. Su discurso tiene tres partes: el reproche (vv. 1-6), un himno a la sabiduría de Dios, más alta que el cielo y más honda que el abismo (vv. 7-12), y una invitación a la conversión, con la promesa de una vida feliz (vv. 13-20). Lo que Sofar dice de Dios es verdad; lo que supone de Job, no.

Sofar: «¿Bastará ser gran hablador?»

1 Aquí Sofar de Naamat [1], tomando la palabra, dijo: 2 Pues
qué, ¿el que mucho habla [2], no escuchará también? ¿O
bastará al hombre ser gran hablador para justificarse?
3 ¿Por ti solo habrán de callar los demás hombres? ¿Y des-
pués de haberte mofado de los otros no habrá nadie que te
confunda?

4 Lo cierto es que tú has dicho a Dios: Mi doctrina, o la
vida que llevo [3], es pura, y yo estoy limpio en tu presen-
cia. 5 Mas ojalá Dios se dignase responderte y abrir sus la-
bios para hablar contigo, 6 y te hiciese ver los secretos de
su sabiduría y la multiplicidad de sus leyes [4]; con lo que

conocerías que te castiga menos de lo que tu maldad merece [5].

Más alto que los cielos, más hondo que el abismo

[7] ¿Acaso puedes tú comprender los caminos de Dios [6], o entender al Todopoderoso hasta lo sumo de su perfección?
[8] Es más alto que los cielos: ¿qué harás pues? Es más profundo que los infiernos [7]: ¿cómo has de poder conocerlo?
[9] Su dimensión es más larga que la tierra, y más ancha que el mar.

[10] Si trastornare todas las cosas, o las amontonare en un lugar, ¿quién podrá oponérsele? [11] Él conoce la vanidad o iniquidad [8] de los hombres; y viendo sus maldades, ¿ha de pasarlas por alto sin castigarlas? [12] El hombre necio se engríe con altanería, y se cree nacido para no tener freno, como el pollino del asno montés [9].

«Si arrojares de ti la iniquidad»

[13] Yo veo que tú has endurecido tu corazón, y levantas, osado, hacia el Señor tus manos [10]. [14] Si arrojares de ti la iniquidad que hay en tus obras, y no consintieres que more en tu casa la injusticia, [15] entonces sí que podrás, limpio de toda mácula, alzar tu rostro a Dios, y con su auxilio permanecer firme y sin temor alguno; [16] y aun te olvidarás de tus trabajos, o sólo te acordarás de ellos como de un torrente de aguas que ya pasó [11].

17 Y en la tarde amanecerá para ti una luz como de medio
día; y cuando te creerás consumido, renacerás brillante
como la estrella de la mañana [12]. 18 La esperanza que se te
propondrá de la vida eterna [13], te llenará de confianza; y
dormirás en plena seguridad estando rodeado como de un
profundo foso. 19 Reposarás, y no habrá quien te amedren-
te; y muchísimos poderosos acudirán a ti con súplicas [14].
20 Mas los ojos de los impíos se secarán de envidia; y no ha-
brá guarida para ellos; y sus mismas esperanzas causarán
abominación y tormento a su alma [15].

¿Sabías que?

San Pablo pide a los cristianos de Éfeso que comprendan «la anchura, la longitud, la altura y la profundidad» del amor de Cristo (Ef 3,18), las mismas cuatro medidas con que Sofar describe la sabiduría de Dios (11,8-9). San Agustín, en *La doctrina cristiana* (II,41,62), vio en ellas la cruz: la anchura es el travesaño donde se extienden las manos; la longitud, el madero desde el suelo hasta el travesaño, donde está clavado el cuerpo; la altura, la parte que sube por encima, donde reposa la cabeza; y la profundidad, la parte escondida, hincada en la tierra.

PAUSA

1. Sofar dijo verdades sobre Dios, pero las usó para herir. ¿Te ha pasado decir algo verdadero en el momento o del modo equivocado?
2. «Más alto que los cielos, más hondo que el abismo»: ¿qué parte del misterio de Dios te cuesta más aceptar sin entenderla?
3. En el hebreo, Sofar invita a Job a extender las manos hacia Dios. ¿Qué gesto concreto te ayuda a orar cuando estás cansado?

Para orar. *Dios insondable, más alto que el cielo y más hondo que el abismo: líbrame de juzgar el dolor ajeno, y enséñame a extender hacia ti las manos.*

12

Job: «Pregunta a las bestias»

Job responde a Sofar con ironía: si los amigos son los únicos sabios, la sabiduría morirá con ellos. Empieza así su respuesta más larga hasta ahora, que ocupa tres capítulos (12–14). Este tiene tres partes: Job, el justo convertido en objeto de burla (vv. 1-6); las criaturas, que saben que todo está en la mano de Dios (vv. 7-12); y un himno al poder de Dios, que derriba reyes, sacerdotes y consejeros (vv. 13-25). Es un himno inquietante: Dios no aparece premiando a los buenos, sino trastornando todo orden humano.

Job: «¿Con vosotros morirá la sabiduría?»

1 Replicando Job a esto, dijo: 2 ¿Conque vosotros solos sois
hombres entendidos, y con vosotros morirá la
sabiduría [1]? 3 Pues también tengo yo seso como vosotros,
y no os concedo ventaja sobre mí; porque eso que sabéis
¿quién hay que lo ignore?

4 Quien sufre como yo ser escarnecido de su propio amigo,
invoque a Dios que le oirá; ya que se hace mofa de la sencillez del justo [2]. 5 Es éste una antorcha de ninguna
estima [3], según el concepto de los ricos, bien que prevenida para brillar en el tiempo señalado por Dios. 6 Las casas

de los ladrones abundan de bienes [4], y ellos osadamente provocan a Dios, siendo así que él es quien les ha puesto en las manos todo lo que tienen.

«Pregunta a las bestias»

7 Pregunta si no a las bestias, y te lo enseñarán [5]; y a las
aves del cielo y te lo declararán. 8 Habla con la tierra, y te
responderá; y te lo referirán los peces del mar. 9 ¿Quién no
sabe que la mano del Señor hizo todas estas cosas [6]? 10 En
su mano tiene Dios el alma de todo viviente, y el espíritu
de toda carne humana [7].

11 ¿No es el oído el que discierne las palabras; y el paladar
del que come, los sabores? 12 En los ancianos se halla la
sabiduría [8], y en los muchos años la prudencia.

El poder de Dios que trastorna el mundo

13 En el Señor Dios residen la sabiduría y la fortaleza [9];
suyo es el buen consejo, y suya la inteligencia. 14 Lo que él
destruyere, nadie podrá reedificarlo. Si tuviere encerrado
a un hombre, nadie podrá abrirle [10]. 15 Si detuviere las
aguas, todo se secará; y si las soltare, sumergirán la tierra.
16 En él están esencialmente la fortaleza y la sabiduría; él
conoce igualmente al engañador y al engañado [11].

17 Conduce los hombres de consejo a un resultado necio, y
vuelve tontos sus jueces [12]. 18 Despoja de la faja a los
reyes [13], y les ciñe los lomos con una soga. 19 A los

sacerdotes [14] los priva de toda su gloria, y a los grandes los derriba por el suelo. [20] Trueca las palabras en la boca de los hombres veraces, y quita el saber a los ancianos. [21] Hace caer a los príncipes en desprecio [15] y vuelve a ensalzar a los abatidos.

[22] Él descubre lo que está en lo más profundo de las tinieblas, y saca a la luz la sombra misma de la muerte [16]. [23] Multiplica las naciones, y las destruye; y destruidas, las vuelve a su primer estado. [24] Cambia el corazón de los soberanos de los pueblos de la tierra, y los ciega para que descaminados anden divagando. [25] Irán a tientas como si fuera de noche y no de día y les hará perder el tino como a los borrachos [17].

¿Sabías que?

El Catecismo, al explicar cómo se puede conocer a Dios a partir del mundo, cita un sermón de san Agustín que parece un comentario de este capítulo: «Interroga a la belleza de la tierra, interroga a la belleza del mar, interroga a la belleza del aire que se dilata y se difunde, interroga a la belleza del cielo», y todas responden que son bellas; su belleza es su confesión. «Estas bellezas sujetas a cambio, ¿quién las ha hecho sino la Suma Belleza, no sujeta a cambio?» (*Sermón* 241,2; Catecismo, n. 32). Job decía lo mismo con menos optimismo: las bestias saben que la mano del Señor lo hizo todo (12,7-9).

PAUSA

1. Job dice que las bestias y las aves saben que todo está en la mano de Dios. ¿Qué criatura o qué paisaje te ha hablado de Dios?
2. Sus amigos se burlaban de «la sencillez del justo». ¿Cuándo te ha costado ser honesto porque los demás lo tomaban por ingenuidad?
3. Job alaba el poder de Dios aunque no entiende su manera de usarlo. ¿Puedes alabar a Dios en algo que no comprendes?

Para orar. *Señor, en tu mano está el alma de todo viviente: que no busque mi seguridad en mis manos, sino en las tuyas.*

13

«Aunque me quite la vida, en él esperaré»

Job deja de discutir con sus amigos y se vuelve hacia Dios. Primero los desenmascara: son «zurcidores de mentiras» que defienden a Dios con argumentos falsos, y Dios mismo los reprenderá (vv. 1-12). Después decide hablar aunque le cueste la vida, y pronuncia una de las frases más célebres del libro: «aun dado que el Señor me quitare la vida, en él esperaré» (vv. 13-19). Por fin se dirige a Dios como a la otra parte de un juicio: le pide que aparte su mano y que le muestre de qué lo acusa (vv. 20-28).

Job a sus amigos: «zurcidores de mentiras»

[1] Todas estas cosas las han visto mis ojos y escuchado mis
oídos y una por una las tengo comprendidas; [2] y así lo que
vosotros alcanzáis con vuestra ciencia, también lo alcanzo
yo; no soy inferior a vosotros. [3] Con todo eso hablaré al To-
dopoderoso, y deseo razonar con Dios [1]; [4] haciendo antes
ver que vosotros sois unos zurcidores de mentiras [2] y se-
cuaces de perversos dogmas. [5] Y ojalá callarais [3], para que
fueseis tenidos por sabios. [6] Oíd, pues, mi refutación, y es-
tad atentos al juicio que pronunciarán mis labios.

7 ¿Acaso tiene Dios necesidad de vuestras mentiras [4], para
que defendáis su conducta con palabras engañosas? 8 ¿Por
ventura queréis prestar favor a Dios, y os esforzáis por su
respeto a patrocinar su causa [5]? 9 ¿Agradará eso a Dios, a
quien nada se le puede ocultar? ¿O será engañado, como lo
sería un hombre, con vuestras supercherías y lisonjas?
10 Él mismo os condenará, porque solapadamente os po-
néis de su parte. 11 Lo mismo será moverse él en defensa
mía, que os llenará de espanto, y el terror suyo o de su
nombre caerá sobre vosotros. 12 Vuestra memoria será es-
parcida y disipada como ceniza [6], y vuestras altivas cabe-
zas reducidas a lodo.

«Aunque me quite la vida»

13 Callad por un poco, a fin de que hable yo todo lo que la
razón me sugiere. 14 ¿A qué propósito he de lacerar mis
carnes con mis dientes, y he de traer mi alma en las
manos [7]? 15 No; aun dado que el Señor me quitare la vida,
en él esperaré [8]; en todo caso yo expondré ante su acata-
miento mi conducta. 16 Y él será mi Salvador [9]; y en ver-
dad que no se presentará delante de sus ojos hipócrita nin-
guno.

17 Oíd mis razones, y aplicad vuestra atención a los enig-
mas que voy a deciros. 18 Si yo fuere juzgado, sé que seré
declarado inocente [10]. 19 ¿Quién es el que quiere entrar

conmigo en juicio? Que venga. ¿Por qué me he de consumir callando?

Job a Dios: «Dos cosas solamente te pido»

20 Dos cosas solamente te pido, Dios mío, que hagas conmigo; y entonces no me esconderé de tu presencia. 21 Retira
tu mano de mí [11], cesando de afligirme, y no me asombres
con el terror tuyo. 22 Llámame a juicio, que yo te
responderé [12]; o si no, permite que yo hable, y respónde-
me tú.

23 Muéstrame, Señor, cuántas maldades y pecados
tengo [13]; cuáles son mis crímenes y delitos. 24 ¿Por qué me
ocultas tu rostro, y me consideras enemigo tuyo [14]?
25 Contra una hoja, que se lleva el viento [15], haces alarde
de tu poderío, y persigues una paja seca;

26 puesto que decretas contra mí tan amargas penas, y
quieres consumirme por los pecados de mi mocedad [16].
27 Has metido mis pies como en un cepo [17]; has observado
todas mis acciones y notado mis pisadas o procederes;
28 siendo así que he de quedar reducido a podre [18], y ser
como una ropa roída por la polilla.

¿Sabías que?

Los escribas judíos no corregían el texto sagrado aunque les pareciera equivocado: lo copiaban tal como estaba y anotaban al margen cómo debía leerse. Lo escrito se llama *ketiv* y lo leído *qere*, y hay cientos de casos en la Biblia hebrea. En 13,15 lo escrito es lo, «no», y lo leído lo, «a él» (ver nota a 13,15). Un caso célebre está en el Salmo 100,3: lo escrito dice «él nos hizo, y no nosotros», y lo leído, «él nos hizo, y suyos somos». Allí el griego y la Vulgata de los Salmos siguieron lo escrito: *ipse fecit nos, et non ipsi nos*, «él nos hizo, y no nosotros».

PAUSA

1. «¿Acaso tiene Dios necesidad de vuestras mentiras?». ¿Has dado alguna vez una explicación piadosa del dolor ajeno que no era verdad?
2. Job sigue hablando con Dios aunque crea que Dios lo va a matar. ¿Qué te dice esa terquedad de la fe sobre tu propia oración?
3. Si pudieras presentar a Dios, como Job, «dos cosas solamente», ¿cuáles serían?

Para orar. *Señor, aunque no entienda tus caminos, en ti esperaré; no permitas que defienda tu nombre con mentiras.*

14

«El hombre nacido de mujer»

Job termina su respuesta con una meditación sobre la condición humana que la Iglesia rezó durante siglos junto a sus difuntos. Tiene cuatro movimientos: la vida breve del hombre, al que Dios cita a juicio (vv. 1-6); el árbol cortado que retoña, y el hombre que no se levanta (vv. 7-12); el deseo imposible de esconderse en el seol hasta que pase la ira de Dios, con una pregunta que se abre a la esperanza (vv. 13-17); y la montaña y la roca que el agua desgasta, como Dios desgasta la esperanza del hombre (vv. 18-22).

Job: «El hombre nacido de mujer»

1 El hombre nacido de mujer vive corto tiempo, y está atestado de miserias [1]. 2 Él sale como una flor [2], y luego es cortado y se marchita; huye y desaparece como sombra, y jamás permanece en un mismo estado. 3 ¿Y tú te dignas abrir tus ojos sobre un ser semejante, y citarlo a juicio contigo [3]?

4 ¿Quién podrá volver puro al que de impura simiente fue concebido? ¿Quién sino tú solo? [4] 5 Breves son los días del hombre; tú tienes contado el número de sus meses [5]; señalaste los términos de su vida, más allá de los cuales no

podrá pasar. 6 Retírate, pues, un poquito de él, para que repose mientras llega su día deseado, como el día de descanso al jornalero [6].

El árbol cortado y el hombre que muere

7 El árbol tiene esperanza de reverdecer [7] aunque sea cortado; y en efecto, brota y echa sus retoños. 8 Aun cuando sus raíces estuvieren envejecidas en la tierra y su tronco amortecido en el polvo o sequedad, 9 al olor del agua retoñará [8], y echará frondosas ramas como la primera vez que fue plantado.

10 Pero el hombre una vez muerto, y descarnado, y consumido, dime, ¿qué se hizo de él? [9] 11 A la manera que si se retirasen o enjugasen las aguas del mar [10], y se agotasen los ríos quedarían en seco; 12 así el hombre, cuando durmiese el sueño de la muerte, no resucitará. Hasta tanto que el cielo sea consumido y renovado [11], no despertará, ni volverá en sí de su sueño.

«Me llamarás, y yo te responderé»

13 ¡Oh quién me diera que me guarecieses y escondieses en el sepulcro hasta que pase tu furor [12], y me señalases el plazo en que te has de acordar de mí! 14 Mas, ¿acaso ha de volver a vivir un hombre ya muerto? Sí, y por eso en la guerra continua en que me hallo, estoy esperando siempre aquel día feliz en que vendrá mi mudanza o gloriosa

renovación [13]. [15] Entonces me llamarás, y yo te responderé; alargarás la diestra a la obra de tus manos [14].

[16] Es verdad que tú tienes contados todos mis pasos; mas perdóname, Señor, mis pecados [15]. [17] Tú tienes sellados y guardados como en una arquilla [16] mis delitos; pero has curado ya mi iniquidad.

«Las aguas cavan las peñas»

[18] Los montes van cayendo a pedazos y deshaciéndose, y cambian de sitio los peñascos. [19] Las aguas cavan las peñas, y la tierra batida con las inundaciones poco a poco se va consumiendo; del mismo modo vas tú acabando con el hombre [17]. [20] Le diste vigor por un poco de tiempo, para que pasase para siempre a la eternidad [18]; demudarás su semblante antes de morir, y le harás salir de este mundo.

[21] Que sus hijos sean esclarecidos, o viles, él no lo sabrá [19]; [22] pero mientras viviere, su cuerpo sufrirá dolores [20], y su alma deplorará su triste estado.

¿Sabías que?

El Libro de Oración Común de la Iglesia de Inglaterra (1549, revisado en 1662) conservó para los entierros las palabras de este capítulo tal como las leía la Vulgata. Al llegar a la tumba, el ministro dice o el coro canta: «El hombre nacido de mujer tiene poco tiempo de vida y está lleno de miseria. Brota y es cortado como una flor; huye como una sombra y nunca permanece en un mismo estado» (14,1-2). «Lleno de miseria» es el *repletur multis miseriis* latino, y «nunca permanece en un mismo estado», el *numquam in eodem statu permanet*. Henry Purcell, entre otros, puso música a esas palabras.

Job en el Oficio de difuntos

Lección	Texto de Job	Responsorio
I	7,16-21 · «mis días son nada»	*Credo quod Redemptor meus vivit* · «Creo que mi Redentor vive»
II	10,1-7 · «Tedio me causa ya el vivir»	*Qui Lazarum resuscitasti* · «Tú que resucitaste a Lázaro»
III	10,8-12 · «Tus manos me formaron»	*Domine, quando veneris* · «Señor, cuando vengas a juzgar»
IV	13,22-28 · «¿Por qué me ocultas tu rostro?»	*Memento mei, Deus* · «Acuérdate de mí, oh Dios, que mi vida es un soplo» (7,7)
V	14,1-6 · «El hombre nacido de mujer»	*Hei mihi, Domine* · «¡Ay de mí, Señor, que he pecado mucho!»
VI	14,13-16 · «¿Acaso ha de volver a vivir?»	*Ne recorderis peccata mea* · «No te acuerdes de mis pecados»
VII	17,1-3.11-15 · «el sepulcro será mi casa»	*Peccantem me quotidie* · «A mí, que peco cada día, me turba el temor de la muerte»
VIII	19,20-27 · «Yo sé que vive mi Redentor»	*Domine, secundum actum meum* · «Señor, no me juzgues según mis obras»
IX	10,18-22 · «¿Por qué me sacaste del vientre?»	*Libera me, Domine* · «Líbrame, Señor, de la muerte eterna»

Las nueve lecciones de maitines del Oficio de difuntos del Breviario romano anterior a 1970; la numeración coincide con la de esta edición. Las lecturas de Job se leían en los funerales desde muy antiguo (Enciclopedia Católica). Hoy el Leccionario ofrece Job 19,1.23-27a en las misas de difuntos.

La muerte y la esperanza: de Job a Daniel

Texto	Qué dice	Cita
Job	«El que desciende al sepulcro no subirá»	Job 7,9
Job	«Tierra tenebrosa… donde todo está sin orden»	Job 10,21-22
Job	«¿Acaso ha de volver a vivir un hombre ya muerto?»	Job 14,14
Job	«Yo sé que vive mi Redentor… en esta mi carne veré a mi Dios»	Job 19,25-26
Salmo 6	En la muerte nadie se acuerda de ti; en el seol, ¿quién te alaba?	Sal 6,6
Salmo 88	¿Harás maravillas por los muertos? ¿Se levantarán las sombras a alabarte?	Sal 88,11
Ezequías	No te alaba el seol, ni la muerte te celebra	Is 38,18
Eclesiastés	En el seol no hay obra, ni razón, ni ciencia, ni sabiduría	Ecl 9,10
Salmo 16	No abandonarás mi vida en el seol	Sal 16,10
Salmo 73	Me guías con tu consejo, y después me recibirás en la gloria	Sal 73,24
Daniel	Muchos de los que duermen en el polvo despertarán	Dn 12,2
2 Macabeos	El Rey del mundo nos resucitará a una vida eterna	2 Mac 7,9
Sabiduría	Las almas de los justos están en las manos de Dios	Sab 3,1
Jesús	«Yo soy la resurrección y la vida»	Jn 11,25

«La resurrección de los muertos fue revelada progresivamente por Dios a su Pueblo» (Catecismo, n. 992). La Escritura llama seol o infiernos a la morada de los muertos, que estaban «privados de la visión de Dios» a la espera del Redentor (n. 633). Job está antes de esa aurora: pregunta, desea, y espera en Dios más allá de la muerte.

PARA PROFUNDIZAR

«El *hombre nacido de mujer*»: *la muerte, el seol y la esperanza*

El capítulo 14 es la meditación de Job sobre la muerte, la de cualquier hombre ante una tumba. El hombre nacido de mujer vive poco, florece y es cortado como una flor (14,1-2); sus días están contados (14,5). El árbol cortado retoña al olor del agua; el hombre se acuesta y no se levanta, «hasta que no haya cielos» (14,7-12). Job desea lo imposible, que Dios lo esconda en el seol hasta que pase su ira (14,13), y pregunta: «¿acaso ha de volver a vivir un hombre ya muerto?» (14,14). Al final, el agua que desgasta la roca: así destruye Dios la esperanza del hombre (14,18-19).

Durante siglos, el Antiguo Testamento pensó que los muertos bajaban al *sheol*, una morada común bajo la tierra, oscura y silenciosa, donde nadie alaba a Dios: «en la muerte nadie se acuerda de ti» (Sal 6,6; Is 38,18; compárese 7,9-10). No era el infierno de los condenados: la Escritura, explica el Catecismo, llama «infiernos, sheol o hades» a la morada de los muertos, que estaban «privados de la visión de Dios» a la espera del Redentor (n. 633). La bendición de Dios se esperaba en esta vida: días largos, hijos, tierra. Por eso el drama de Job es tan agudo: si el justo no recibe justicia en vida, y la muerte lo iguala todo, ¿dónde queda la justicia de Dios?

La respuesta llegó despacio. Algunos salmos esperan que Dios no abandone a los suyos en el seol (Sal 16,10; 49,16) y que después los reciba en su gloria (Sal 73,24). La afirmación clara llega con Daniel, «muchos de los que duermen en el polvo de la tierra desper-

tarán» (Dn 12,2), con los mártires Macabeos (2 Mac 7,9) y con el libro de la Sabiduría: «las almas de los justos están en las manos de Dios» (Sab 3,1). El Catecismo lo resume: «La resurrección de los muertos fue revelada progresivamente por Dios a su Pueblo», como consecuencia de la fe en un Dios creador del hombre entero y fiel a su alianza (n. 992).

Job está antes de esa aurora. No espera la resurrección; lo dice con claridad: el muerto no se levanta mientras duren los cielos (14,12). Pero hace algo nuevo. Imagina que Dios lo esconde en el seol, le fija un plazo y se acuerda de él (14,13), y sueña: «entonces me llamarás, y yo te responderé» (14,15). El hebreo añade que Dios «añoraría la obra de sus manos»: el fundamento de su esperanza no es una doctrina sobre el más allá, sino el amor del Creador, que no puede abandonar para siempre lo que formó (10,8-12). Es una esperanza en Dios más allá de la muerte, anterior a toda enseñanza sobre la resurrección, y crecerá en el capítulo 19: «yo sé que vive mi Redentor» (ver nota a 19,25). La Vulgata y Torres Amat hacen explícito lo que en hebreo es pregunta y deseo: la «mudanza» (*immutatio*) de Job, su «gloriosa renovación» (ver nota a 14,14). El hebreo deja la pregunta abierta; la lectura cristiana la responde desde la Pascua. Las dos lecturas son legítimas, porque el Antiguo Testamento prepara la venida de Cristo, y en él está escondido el misterio de nuestra salvación (*Dei Verbum*, n. 15; Catecismo, n. 122).

La Iglesia hizo de este capítulo una oración. Durante siglos, el Oficio de difuntos leyó en maitines 14,1-6 y 14,13-16, lecturas que según la Enciclopedia Católica se usaban en los funerales desde muy antiguo; hoy la Liturgia de las Horas lee 13,13 – 14,6 el sába-

do de la 8.ª semana del tiempo ordinario. La Iglesia pone el lamento de Job en boca de sus difuntos y de los que rezan por ellos, y la pregunta de 14,14 recibe su respuesta en Cristo: «Yo soy la resurrección y la vida» (Jn 11,25). Para quien muere en su gracia, la muerte es «una participación en la muerte del Señor» para participar también en su resurrección (Catecismo, n. 1006).

Job dijo que el árbol cortado tiene esperanza y el hombre no. Los cristianos conocen un tronco cortado que retoñó, el de Jesé (Is 11,1), y un madero que dio vida, la cruz; y conocen a un hombre que se acostó en la muerte y se levantó. La pregunta de Job sigue siendo la de todos ante una tumba; la Iglesia no la suprime: la reza. Ver los cuadros «La muerte y la esperanza: de Job a Daniel» y «Job en el Oficio de difuntos».

PAUSA

1. Job compara la vida con una flor y una sombra. ¿Qué te ayuda a vivir sabiendo que la vida es breve, sin angustiarte por ello?
2. «El árbol tiene esperanza». ¿Dónde has visto retoñar algo que parecía muerto?
3. Sin conocer la resurrección, Job se atreve a decir: «Entonces me llamarás, y yo te responderé». ¿Cómo imaginas ese momento?

Para orar. *Señor de la vida, que tienes contados mis días: llámame cuando llegue mi hora, y que yo sepa responderte.*

15

Elifaz: «¿Naciste tú el primer hombre?»

Empieza el segundo ciclo de discursos. Elifaz, que la primera vez había hablado con cortesía (4,2), ahora acusa: las palabras de Job son viento, destruyen la piedad y lo condenan por sí mismas (vv. 1-6). Le pregunta con ironía si es el primer hombre o si ha asistido al consejo de Dios, y repite que ningún mortal es puro ante él (vv. 7-16). Después, apoyado en la tradición de los sabios, describe la vida del impío: terror, oscuridad y una ruina segura (vv. 17-35). El retrato no nombra a Job, pero lo apunta a él.

Elifaz: «Tus palabras te condenan»

1 Entonces Elifaz de Temán, tomando la palabra, dijo:
2 ¿Es posible que un hombre sabio respondiese como tú,
echando palabras al aire [1], y encendiendo el fuego de la ira en su pecho?
3 Tú, con tus palabras, arguyes al Señor, que no es
ningún igual tuyo, y hablas de un modo que no puede serte provechoso.
4 Cuanto es de tu parte has desterrado el temor de Dios [2], y las oraciones que deben hacérsele.
5 Porque la iniquidad tuya ha dirigido tu lengua, y vas imitando el habla de los blasfemos [3].
6 De suerte que serán tus propias palabras, y no yo, las que te condenarán; y por

aquello mismo que han proferido tus labios, serás condenado.

7 ¿Naciste tú por ventura el primer hombre del mundo [4],
y fuiste formado antes que los montes? 8 ¿Has entrado acaso en el consejo de Dios [5], o será inferior a la tuya su infinita sabiduría? 9 ¿Qué es lo que sabes tú que nosotros ignoremos? ¿Qué alcanzas que no sepamos? 10 También hay entre nosotros hombres de mucha edad y ancianos respetables, mucho más avanzados en días que tus padres.

11 ¿Acaso sería difícil a Dios consolarte? [6] Pero lo estorban tus perversas palabras. 12 ¿Por qué se engríe tu corazón, y como hombre que atónito medita grandes cosas tienes fijos los ojos? 13 ¿Por qué tu ánimo está hinchado contra Dios, hasta proferir tu boca tales expresiones?

14 ¿Qué es el miserable hombre [7] para que pueda ser inmaculado; y cómo, siendo nacido de mujer, ha de aparecer justo? 15 Mira cómo ni aun entre sus mismos santos ninguno es acá inmutable [8], y ni los cielos están limpios a sus ojos. 16 ¿Cuánto más un hombre inútil y abominable, que se bebe como agua la maldad?

La tradición de los sabios: la suerte del impío

17 Óyeme, pues, yo te convenceré; te contaré aquello que he visto. 18 Los sabios publican lo que saben y no ocultan lo que han aprendido de sus padres o mayores [9]. 19 A los cua-

les solos fue dada esta tierra, y nunca los extranjeros hallaron paso por medio de ellos.

20 Al impío toda su vida le acompaña y engríe la soberbia,
aunque sea tan incierto el número de años que durará su
tiranía. 21 Siempre suena en sus oídos un estruendo que le
aterra [10]; y en el seno de la paz él sospecha siempre trai-
ciones. 22 Cuando está entre las tinieblas de la noche, no
cree que pueda volver a ver la luz, imaginándose rodeado
de espadas. 23 Si se mueve para buscar alimento, cree que
el negro día de la muerte está en el bocado que tiene en su
mano. 24 El temor de la tribulación le llena de terror, y de-
sastres imaginarios le rodean y desasosiegan, como a un
rey que se dispone a dar una batalla.

25 Y es que alzó su mano contra Dios, y se creyó bastante
fuerte contra el Todopoderoso. 26 Corrió contra él erguido
el cuello y armado de inflexible soberbia [11]. 27 Tiene llena
de gordura su cara [12], y rebosa la grasa en sus costados.
28 Vino a morar en ciudades asoladas y casas desiertas, que
estaban reducidas a montones de piedras.

29 No se enriquecerá, y aun los bienes que tenga no dura-
rán; ni echará raíces en la tierra. 30 Estará siempre en ti-
nieblas; sus descendientes serán consumidos por el fuego;
y perecerá con el aliento solo de la boca del Todopoderoso.
31 Engañado de un vano error, no creerá que pueda ser re-
dimido por ningún rescate. 32 Antes que llegue el término

de sus días morirá, y se secarán sus manos. 33 Le sucederá
lo que a la vid, cuyos racimos se pierden estando en cier-
ne; y como al olivo, cuya flor cae en tierra [13].

34 Porque la familia del hipócrita será estéril y el fuego de-
vorará la morada de aquellos que se dejan ganar por
regalos [14]. 35 Concibió penas y parió maldades [15], y su co-
razón está urdiendo fraudes.

¿Sabías que?

Temán, la patria de Elifaz, tenía fama de tierra de sabios. Jeremías pregunta con ironía: «¿Ya no hay sabiduría en Temán? ¿Se ha perdido el consejo de los prudentes?» (Jer 49,7), y Abdías anuncia que Dios hará desaparecer «a los sabios de Edom», y que temblarán los valientes de Temán (Abd 8-9). El libro de Baruc, en su poema sobre la sabiduría, dice que no se la vio en Temán y que no la encontraron ni los hijos de Agar ni «los mercaderes de Temán» (Bar 3,22-23). El autor de Job pone la sabiduría tradicional en boca de un hombre de la tierra más famosa por ella, y deja que se equivoque.

PAUSA

1. Elifaz llama «consolaciones de Dios» a sus propios consejos. ¿Cuándo has confundido tu opinión con la voluntad de Dios?
2. La tradición de los mayores es un tesoro, pero Elifaz la usa como un arma. ¿Cómo distinguir entre transmitir la fe y usarla para juzgar a otro?

Para orar. *Señor, que mis palabras al que sufre sean consolación verdadera y no viento.*

16

Job: «Mi testigo está en el cielo»

Job responde al segundo discurso de Elifaz. Empieza despachando a sus «consoladores bien pesados»: si ellos estuvieran en su lugar, él sí sabría consolarlos (vv. 1-5). Después describe lo que padece como un asalto de Dios mismo: la fiera que lo desgarra, el arquero que lo toma por blanco, el guerrero que abre brecha tras brecha, mientras los amigos lo abofetean (vv. 6-17). Y desde lo más hondo de ese abandono da un salto inesperado: pide a la tierra que no cubra su sangre y afirma que tiene un testigo en el cielo (vv. 18-22). Torres Amat, con los Padres, vio en este capítulo un retrato de la Pasión.

Job: «Consoladores bien pesados»

1 Y respondiendo Job, dijo: 2 Muchas veces he oído esas
mismas cosas; consoladores bien pesados [1] sois todos vo-
sotros. 3 ¿Cuándo tendrán fin esas palabras? ¿Hay cosa
más fácil que hablar como hablas?

4 Bien pudiera yo hablar como vosotros [2]. Mas en verdad
que si vuestra alma se hallara en el estado de la mía, yo sé
que os consolaría, y que compasivo inclinaría hacia voso-
tros mi cabeza, 5 os alentaría con mis palabras, y os expre-
sarían mis labios mi compasión.

Job: «Hecho enemigo mío»

6 Mas ahora, ¿qué haré? Por más que hable no se mitigará
mi dolor; y si guardo silencio, no por eso me dejará. 7 Al
presente me ha oprimido el dolor, y están aniquilados to-
dos mis miembros [3]. 8 Las arrugas de mi piel dan testimo-
nio contra mí [4] y lo que es más cruel, cierto hombre se
vuelve contra mí, contradiciéndome cara a cara con falsos
y calumniosos discursos.

9 Reúne todo su furor contra mí, y amenazándome rechina
sus dientes; hecho enemigo mío, me mira con ojos
terribles [5]. 10 Todos mis amigos han abierto contra mí su
boca y zahiriéndome con oprobios me han abofeteado [6];
se han saciado con el placer de ver mis penas. 11 Dios me ha
puesto encerrado, a disposición del inicuo, y me ha entre-
gado en manos de los impíos [7].

12 Yo, aquel tan opulento y dichoso algún día, de repente
he sido reducido a la nada; me asió de la cerviz el Señor,
quebrantándome, y me puso como por blanco de sus
tiros [8]. 13 Me dejó hecho un erizo con sus dardos [9], cubrió
de heridas mis costados sin piedad alguna, hasta esparcir
por el suelo mis entrañas. 14 Me ha despedazado con heri-
das sobre heridas; cual gigante se ha arrojado sobre mí [10].

15 Yo llevo cosido o pegado a mi piel el cilicio [11], y he cu-
bierto de ceniza mi cabeza. 16 De tanto llorar está entume-
cido mi rostro, y se han cubierto de tinieblas las pupilas de

mis ojos. [17] Todas estas cosas he sufrido, sin que la iniquidad haya manchado mis obras [12], antes bien ofreciendo puras a Dios mis súplicas.

Job: «Mi testigo está en el cielo»

[18] ¡Oh tierra!, no cubras mi sangre [13], ni sofoques en tu seno mis clamores. [19] Mira que el testigo de mi inocencia está en el cielo [14], y allí arriba reside el que me conoce a fondo [15].

[20] Mis amigos son unos habladores y calumniadores [16]; a Dios es a quien recurren deshechos en lágrimas mis ojos. [21] ¡Y ojalá que se tratase la causa del hombre con Dios, tan públicamente como se trata la de un hijo del hombre [17] con su competidor! [22] Pues se van pasando a toda prisa mis cortos años, y yo sigo una senda por la cual no volveré ya más [18].

¿Sabías que?

San Zenón, obispo de Verona en el siglo IV, predicó un sermón que la Liturgia de las Horas lee el sábado de la 8.ª semana del tiempo ordinario: «Job fue figura de Cristo». Compara punto por punto: el diablo tentó tres veces a Job, y tres veces a Cristo; Job perdió sus riquezas, Cristo dejó las suyas por amor a nosotros; Job quedó cubierto de llagas, Cristo cargó con los pecados del mundo; los amigos insultaron a Job, los sacerdotes a Cristo; el estercolero de Job es figura de este mundo, donde el Señor quiso habitar; y la salud y los bienes devueltos a Job anuncian la resurrección.

El lenguaje del tribunal en Job

Palabra	Cita	Qué significa
El pleito רִיב ***rib***	9,3; 13,6.19	La causa entre dos partes; Job quiere pleitear con Dios
Citar a juicio מִשְׁפָּט ***mishpat***	9,32; 13,18; 14,3	Llevar al otro ante el juez; Job no encuentra tribunal
Responder	9,14-16; 13,22	Contestar a la acusación cuando el juez da la palabra
El árbitro מוֹכִיחַ ***mokiaj***	9,33	El que decide entre dos y pone la mano sobre ambos
El testigo עֵד ***ed***	16,8.19	Su cuerpo testifica contra él; en el cielo tiene un testigo a favor
El intérprete מֵלִיץ ***melits***	16,20; 33,23	El que habla en nombre de otro y lo defiende
El fiador	17,3	El que responde por el acusado; Job se lo pide a Dios
El redentor גֹּאֵל ***goel***	19,25	El pariente que defiende, rescata y venga
La acusación escrita	13,26; 31,35-36	El escrito que Job llevaría sobre los hombros como una diadema
La firma תָּו ***tav***	31,35	«He aquí mi firma», dice el hebreo: Job firma su alegato
«¿Quién es ése…?»	38,2	Dios no comparece como acusado: es él quien pregunta

Job quería «discutir su causa directamente» con Dios (Pontificia Comisión Bíblica, 2014, n. 81). El árbitro, el testigo, el fiador y el redentor que reclama son, para la lectura cristiana, figuras de Cristo, el único mediador (1 Tim 2,5) y nuestro abogado ante el Padre (1 Jn 2,1).

PARA PROFUNDIZAR

«Mi *testigo está en el cielo*»: *el pleito con Dios y el mediador*

Desde el capítulo 9, Job piensa su relación con Dios como un pleito, un *rib*. Quiere «alegar» ante Dios (13,3), prepara su causa (13,18), pide que Dios lo cite o que le responda (13,22), quiere ver por escrito el acta de acusación (31,35-37). El lenguaje del tribunal recorre sus discursos (9,3.14-20.32-35; 10,2; 13,3.18-22; 23,3-7; 31,35-37). No es una irreverencia: los profetas usan el mismo lenguaje, pero al revés, cuando Dios pone pleito a su pueblo (Is 1,18; Miq 6,1-2; Jer 2,9). Job se atreve a invertirlo: el hombre pone pleito a Dios. Y enseguida tropieza con el problema: no hay tribunal capaz de juzgar entre los dos. «No habré de dar mis descargos a otro hombre como yo», dice, ni hay «quien tenga autoridad sobre ambos» (9,32-33). Dios es a la vez juez y parte.

De esa imposibilidad nacen, a lo largo del libro, cuatro figuras. Primero, el árbitro que pondría la mano sobre los dos litigantes (9,33: en hebreo *mokiaj*; en griego *mesítes*, «mediador»; ver nota a 9,33). Después, el testigo en el cielo, que declara a favor de Job (16,19-21; ver nota a 16,19). Luego, el fiador: «sé tú mi fiador ante ti» (17,3; ver nota a 17,3). Por fin, el *goel*, el redentor que vive y se alzará sobre el polvo (19,25; ver nota a 19,25). Hay una progresión: del deseo («ojalá hubiera alguien») a la afirmación («he aquí que está en el cielo») y a la certeza («yo sé que vive»).

¿Quiénes son? El texto no lo dice, y los intérpretes se dividen. Muchos piensan que Job apela de Dios a Dios: del Dios que parece perseguirlo al Dios que conoce su inocencia. La paradoja es evi-

dente en el texto: en el mismo pasaje en que Dios lo ataca como enemigo, Job llora «hacia Dios» (16,20) y le pide que sea él mismo su fiador «ante ti» (17,3). Otros piensan en un intercesor celeste distinto de Dios, como el «ángel intérprete» de Eliú (33,23) o la escena de Zacarías 3, donde el satán acusa al sumo sacerdote Josué ante el ángel del Señor y es reprendido; encajaría con la corte celestial del prólogo, donde hay un acusador: Job buscaría un defensor. Quizá el texto no puede decidir, porque Job busca algo para lo que todavía no tiene nombre.

La Pontificia Comisión Bíblica lee estos pasajes como expresión del deseo de Job: «había deseado ardientemente la presencia del Señor» (cita 9,32-35; 13,22-24; 16,19-22; 23,3-5; 30,20) y quería «discutir su causa directamente con Él». Pero, añade, era una equivocación enfrentarse a Dios «en un plano de igualdad»; Dios no responderá a sus preguntas, sino que se le mostrará (*Inspiración y verdad*, 2014, n. 81). El pleito no termina con una sentencia, sino con un encuentro: «ahora parece que te veo con mis propios ojos» (42,5). San Gregorio Magno, comentando 12,4 en un pasaje que la Liturgia de las Horas lee el viernes de la 8.ª semana, dice que el justo burlado por los hombres, al no encontrar apoyo fuera, se vuelve a Dios como a su único «testigo interior».

La fe cristiana reconoce en estas figuras el anhelo que Cristo ha colmado. «Uno solo es Dios, y uno solo también el mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús» (1 Tim 2,5): el griego dice *mesítes*, la palabra de la Septuaginta en Job 9,33. Cristo es nuestro «abogado ante el Padre» (1 Jn 2,1), está «siempre vivo para interceder» por nosotros (Heb 7,25; Rom 8,34), es «fiador de una alianza mejor» (Heb 7,22) y «el testigo fiel» (Ap 1,5). El

Catecismo lo llama «único mediador entre Dios y los hombres» (nn. 618 y 1544). Siendo Dios y hombre, es el único que puede poner la mano sobre los dos. Es una lectura cristiana: el autor de Job no podía imaginar la Encarnación. Pero la Iglesia lee el Antiguo Testamento como preparación de la venida de Cristo (Catecismo, n. 122), y el grito de Job es parte de esa preparación: Dios mismo responderá a ese deseo, poniéndose del lado del hombre.

Job enseña también algo para la oración de cada uno: que se puede rezar como quien defiende una causa; que se puede apelar a Dios contra lo que uno experimenta de Dios; y que la respuesta al que sufre no es un razonamiento, sino una persona. Ver el cuadro «El lenguaje del tribunal en Job».

PAUSA

1. Job dice que, si sus amigos estuvieran en su lugar, él sabría consolarlos. ¿Qué has aprendido de tus propios sufrimientos para acompañar a otros?
2. Job no deja de hablar con el Dios que siente como enemigo. ¿Te has atrevido a decirle a Dios lo que de verdad sientes?
3. «Mi testigo está en el cielo». ¿Te da paz o temor saber que alguien te conoce «a fondo»?

Para orar. *Jesús, testigo fiel y abogado nuestro ante el Padre, que fuiste abofeteado sin culpa: acompaña a los que sufren sin que nadie los defienda.*

17

«El sepulcro será mi casa»

Job continúa su respuesta. Ya no espera nada de esta vida: su espíritu se apaga, los amigos se burlan, y solo le queda el sepulcro. El capítulo alterna la súplica y el desengaño. Primero, el ruego a Dios para que sea él su fiador, ya que nadie más quiere serlo, y la amargura de verse convertido en la fábula de la gente (vv. 1-9). Después, la invitación irónica a los amigos, cuyas promesas de luz no le sirven, y el seol descrito como su casa y los gusanos como su familia (vv. 10-16). En medio de la oscuridad brilla un verso de confianza: «el justo proseguirá su camino» (v. 9).

Job: «Sólo me resta el sepulcro»

1 Mi espíritu se va extenuando; se acortan mis días, y sólo
me resta el sepulcro [1]. 2 Yo no he delinquido [2], y con todo
mis ojos no ven sino amarguras.

3 Líbrame, oh Señor, y ponme a tu lado [3], y pelee contra
mí la mano de quien quiera. 4 Tú has alejado la sabiduría
del corazón de éstos; por tanto no serán ensalzados [4]. 5 El
uno promete ya los despojos de la victoria a sus
compañeros [5]; mas los ojos de sus hijos se consumirán.

6 Él me ha hecho la fábula del vulgo [6], y soy a sus ojos un
escarmiento. 7 Por el gran pesar he perdido la luz de mis

ojos [7], y los miembros de mi cuerpo han quedado casi aniquilados. [8] Se pasmarán los justos de esto que me pasa, y el inocente se irritará contra el hipócrita. [9] Como quiera, el justo proseguirá su camino [8], y el que obra bien se fortalecerá más en el bien obrar.

Job: «El sepulcro será mi casa»

[10] Por tanto, arrepentíos todos vosotros [9], y venid y veréis que no hallaré entre vosotros ninguno verdaderamente sabio. [11] Mas, ¡ay!, se fueron mis días felices; se disiparon como humo todos mis designios, dejando en tormento mi corazón. [12] Ellos han convertido para mí la noche en día [10]; y después de las tinieblas espero ya de nuevo con ansia que venga la luz.

[13] Aun cuando yo sufra con paciencia, el sepulcro será luego mi casa [11], y tengo ya preparado mi lecho en las tinieblas. [14] He dicho a la podredumbre: Tú eres mi padre [12]; y a los gusanos: Vosotros sois mi madre y mi hermana. [15] Según esto, ¿qué esperanza es la que me queda? [13] ¿Y quién es el que toma en consideración mi paciencia? [16] Todas mis cosas tendrán fin, y descenderán a lo más hondo del sepulcro [14]; ¿crees tú que al menos allí tendré yo reposo?

¿Sabías que?

La Vulgata de 17,12 dice *post tenebras spero lucem*, «después de las tinieblas espero la luz», donde el hebreo es mucho más sombrío. La frase latina hizo fortuna. Es el lema que rodea la marca del impresor, un halcón encapuchado sobre un puño, en la portada de la primera edición del *Quijote* (Madrid, Juan de la Cuesta, 1605). Y la ciudad de Ginebra tiene por divisa una forma abreviada, *Post tenebras lux*, «después de las tinieblas, la luz», que suele relacionarse con este versículo.

PAUSA

1. Job pide a Dios que sea él su fiador, porque nadie más responde por él. ¿Por quién podrías tú «salir fiador» hoy?
2. «El justo proseguirá su camino». ¿Qué te ayuda a seguir haciendo el bien cuando no ves los frutos?

Para orar. *Señor, sé tú mi fiador; y cuando todo se oscurezca, dame esperar la luz después de las tinieblas.*

18

Baldad: la lámpara del impío se apaga

Baldad abre la segunda ronda de sus discursos con impaciencia. Job ha hablado de un testigo en el cielo (16,19) y del sepulcro como su casa (17,13-16), y él responde con un cuadro implacable de la suerte del malvado. Tiene tres partes: el reproche a Job (vv. 1-4), la luz que se apaga y las trampas que atrapan al impío (vv. 5-10), y los terrores, la muerte, el azufre y el olvido (vv. 11-21). Baldad no nombra a Job, pero cada imagen lo apunta: la piel devorada, la casa vacía, los hijos que no quedan. Es la doctrina de los amigos, no la del libro (42,7).

Baldad: «¿Cuándo acabaréis de hablar vaciedades?»

[1]Entonces Baldad de Suhá tomó la palabra y dijo:
[2]¿Cuándo acabaréis, oh Job, de hablar vaciedades [1]? Haceos cargo de lo que os decimos antes que respondáis, y
después hablemos. [3]Pero, ¿por qué nos tenéis por
bestias [2], y somos como basura a vuestros ojos? [4]Oh tú
que te quitas la vida por tu furor [3], ¿piensas que por ti
quedará abandonada la tierra, y serán los peñascos trasladados de su sitio?

La lámpara apagada y la red

5 ¿No es cierto que la luz o prosperidad del impío [4] se ha
de apagar? ¿Y que no dará resplandor la llama de su fue-
go? 6 En su casa la luz se convertirá en tinieblas, y se apa-
gará la lámpara que está colgada sobre él. 7 Sus largos y
briosos pasos quedarán cortados, y su mismo consejo le
llevará al precipicio.

8 Porque ha metido sus pies en la red [5], y anda enredado
entre sus mallas. 9 Su pie quedará cogido en el lazo, y el ca-
zador arderá de sed por atraparle [6]. 10 Escondido está en el
suelo el lazo, y armadas en las sendas las redes.

El rey de los espantos

11 De todas partes le aterrarán espantos y temores [7], y le
embarazarán sus pies. 12 Aunque robusto, caerá en debili-
dad por causa del hambre, y la falta de alimento descubri-
rá sus costillas. 13 Acerbísima muerte [8] devorará la belleza
de sus carnes y consumirá la fuerza de sus brazos.
14 Arrancado será de su habitación el objeto de sus esperan-
zas, y la muerte como soberana [9] le pondrá el pie sobre la
cerviz.

15 Sus compañeros vendrán a morar en su habitación luego
que muera, y será perfumada la casa con azufre [10]. 16 Por
abajo se secarán sus raíces [11], y por arriba serán cortadas
sus ramas. 17 Será borrada de la tierra su memoria, y no se

hará honrosa mención de su nombre en las plazas [12]. [18] De
la luz será arrojado a las tinieblas, y desterrado fuera del
mundo.

[19] No quedará de él hijo ni nieto [13] en su pueblo, ni rastro
ninguno de sus reliquias en todo el país en que habitaba.
[20] En este su día terrible quedarán atónitos los que ven-
drán después, y horrorizados sus compañeros. [21] Tal será
la ruina de la casa del impío, y éste es el paradero de aquel
que no conoce ni teme a Dios [14].

¿Sabías que?

Desde 1929 se han encontrado en Ras Shamra, la antigua Ugarit, en la costa de Siria, muchas tablillas de los siglos XIV y XIII a. C., entre ellas los mitos de los cananeos. En uno de ellos, Mot, «Muerte», es un dios insaciable que se traga a Baal, el dios de la lluvia; una tablilla le atribuye un labio en la tierra y otro en el cielo. La Biblia conoce esa imagen de la muerte que devora (Is 5,14; Hab 2,5) y le da la vuelta: Isaías anuncia que Dios «destruirá la muerte para siempre», literalmente que se la tragará (Is 25,8), y san Pablo lo ve cumplido en Cristo: «la muerte ha sido absorbida en la victoria» (1 Cor 15,54).

PAUSA

1. Baldad habla a su amigo sin escucharlo. ¿Has respondido alguna vez al dolor de alguien con una doctrina en lugar de con tu presencia?
2. Cada imagen de Baldad hiere a Job sin nombrarlo. ¿Hay palabras verdaderas que has usado como piedras?

Para orar. *Señor, líbrame de juzgar a los que sufren, y enséñame a consolar con humildad.*

19

«Yo sé que vive mi Redentor»

Es el capítulo más famoso de Job, y uno de los más oscuros. Job responde a Baldad desde el fondo: los amigos lo humillan (vv. 2-6), Dios lo trata como enemigo y lo sitia (vv. 7-12), y todos lo abandonan, de los hermanos a la esposa y a los niños (vv. 13-20). Pide compasión (vv. 21-22), desea que sus palabras queden grabadas en la roca y entonces dice lo que sabe: su Redentor vive, y él verá a Dios (vv. 23-27). Termina advirtiendo a los amigos de que hay un juicio (vv. 28-29). El punto más bajo y la esperanza más alta del libro están en la misma página.

Job: «¿Hasta cuándo habéis de afligir mi alma?»

[1] Replicando Job a esto, dijo:
[2] ¿Hasta cuándo habéis de afligir mi alma, y molerme con esos discursos [1]?
[3] Ya por la décima o milésima vez [2] os empeñáis en confundirme,
y no os avergonzáis de oprimirme.
[4] Demos enhorabuena que yo haya errado en mis respuestas;
el yerro mío contra mí será [3].
[5] Pero vosotros os erguís contra mí, y me echáis en cara las humillaciones que padezco.
[6] Al menos entended de una vez, que Dios no me atribula,
ni descarga sobre mí sus azotes, según la tela de juicio [4].

Dios me ha cercado

7 Mas ¡ay! Si en la violencia de los dolores que padezco, clamo altamente, nadie me escucha [5]; voceo y no hay quien
me haga justicia. 8 El Señor ha cerrado por todas partes la
senda de dolor por la cual ando; y no hallo por dónde salir,
pues ha cubierto de tinieblas el camino que llevo. 9 Me despojó de mi gloria, y me quitó la corona de la cabeza [6].

10 Me arruinó del todo, y así perezco, y como a un árbol
arrancado de raíz, me ha privado de toda mi esperanza.
11 Su furor está encendido contra mí, y me trata como a
enemigo. 12 Vinieron de tropel sus tropas de gastadores [7],
y se abrieron un camino para pasar por encima de mí y hollarme, y sitiaron con cerco mi morada.

Abandonado de todos

13 A mis hermanos los alejó de mí [8]; y los conocidos míos
se retiraron de mí como si fuesen extraños. 14 Los parientes me han abandonado, y los que me conocían se han olvidado de mí. 15 Los que moraban en mi casa, y mis propias
criadas me han tratado como a extraño, y he parecido a
sus ojos como un hombre nunca visto. 16 He llamado a mi
siervo, y no me ha respondido [9] por más plegarias que le
hacía con mi propia boca.

17 Mi mujer ha tenido asco de mi hálito, y he tenido que
presentar súplicas a los hijos de mis entrañas [10]. 18 Aun los

tontos me despreciaban [11], y a espaldas mías murmuraban de mí. [19] Los que en otro tiempo eran mis consejeros,
me abominaban; y el amigo a quien más amaba [12], ése me
ha vuelto las espaldas. [20] Mis huesos, consumidas ya las
carnes, están pegados a mi piel, y sólo me han quedado los
labios en torno de mis dientes [13].

[21] Compadeceos de mí [14], al menos vosotros que sois mis
amigos, compadeceos de mí; ya que la mano del Señor me
ha herido. [22] ¿Por qué me perseguís vosotros como si estu-
vieseis en lugar de Dios [15], y os cebáis en mis carnes?

«Yo sé que vive mi Redentor»

[23] ¡Oh! ¿Quién me diera que las palabras que voy a proferir
se quedasen escritas [16]? ¿Quién me diera que se imprimie-
sen en libro o tablilla, [24] con punzón de hierro [17], y se es-
culpiesen en planchas de plomo, o con el cincel se graba-
sen en pedernal?

[25] Porque yo sé que vive mi Redentor [18], y que yo he de re-
sucitar del polvo de la tierra en el último día [19], [26] y de
nuevo he de ser revestido de esta piel mía [20], y en esta mi
carne veré a mi Dios; [27] a quien he de ver yo mismo en per-
sona y no por medio de otro [21], y a quien contemplarán los
mismos ojos míos. Ésta es la esperanza que en mi pecho
tengo depositada.

[28] Pues, ¿por qué decís ahora vosotros: Persigámosle, y
agarrémonos de algún dicho principal suyo para acusarle
y calumniarle? [29] Huid del filo de la espada de Dios; porque
hay una espada vengadora de las injusticias y calumnias; y
tened entendido que hay un juicio [22].

¿Sabías que?

El oratorio *El Mesías*, de Georg Friedrich Händel, estrenado en Dublín en 1742 con textos bíblicos reunidos por Charles Jennens, abre su tercera parte con un aria de soprano sobre estos versículos: «I know that my Redeemer liveth…», «yo sé que mi Redentor vive, y que en el último día se alzará sobre la tierra; y aunque los gusanos destruyan este cuerpo, en mi carne veré a Dios», unidos a san Pablo: «ahora Cristo ha resucitado de entre los muertos, primicias de los que duermen» (1 Cor 15,20). Los gusanos no están en el hebreo: los introdujeron las Biblias inglesas del siglo XVI para dar sentido a una frase difícil, y la del rey Jacobo (1611), de donde los tomó Jennens, los imprime en cursiva, como palabra añadida.

«Yo sé que vive mi Redentor»: Job 19,25-27 en cinco textos

וַאֲנִי יָדַעְתִּי גֹּאֲלִי חָי
va-aní *yadati* *goalí* *jai*
pero yo sé mi redentor vive
וְאַחֲרוֹן עַל־עָפָר יָקוּם
ve-ajarón *al-afar* *yaqum*
y al final sobre el polvo se alzará

Texto	**19,25**	**19,26-27**
Hebreo	«Yo sé que mi *goel* vive, y al final se alzará sobre el polvo»	«Después que me arranquen la piel, desde mi carne veré a Dios; yo mismo, y no un extraño»
Griego	«Sé que es eterno el que va a librarme sobre la tierra»	«Resucitará mi piel, que soporta esto»
Vulgata	*Scio enim quod redemptor meus vivit, et in novissimo die de terra surrecturus sum*	*Et rursum circumdabor pelle mea, et in carne mea videbo Deum meum*
Torres Amat	«Porque yo sé que vive mi Redentor, y que yo he de resucitar *del polvo* de la tierra en el último día»	«Y de nuevo he de ser revestido de esta piel mía, y en *esta* mi carne veré a mi Dios»
Neovulgata	*Scio enim quod redemptor meus vivit et in novissimo super pulvere stabit*	*Et post pellem meam hanc, quam abstraxerunt, et de carne mea videbo Deum*

El hebreo se lee de derecha a izquierda. ¿Quién se levanta? En el hebreo y en la Neovulgata, el Redentor; en el griego, la piel de Job, que Dios resucita; en la Vulgata y en Torres Amat, Job mismo. Cursiva: añadidos de Torres Amat (1824). «Al menos según la Vulgata» (*Salvifici doloris*, n. 14).

PARA PROFUNDIZAR

«Yo sé que vive mi Redentor»: Job 19,25-27 en el hebreo, en la Vulgata y en la Iglesia

Pocas confesiones de fe nacen en un lugar tan bajo. Job acaba de decir que Dios lo ha sitiado como a una ciudad enemiga (19,7-12) y que todos lo han abandonado (19,13-19). Ha suplicado compasión a sus amigos (19,21) y ha deseado que sus palabras se graben en la roca, como el testimonio de un juicio que quizá no llegará a ver (19,23-24). Y entonces dice lo que sabe. La palabra es fuerte: no «espero», ni «quisiera», sino «yo sé».

En hebreo, Job llama a su defensor goel, el pariente que rescata y venga (ver el ensayo de Rut 4). El que en el capítulo 3 pedía que las tinieblas «reclamaran» el día de su nacimiento, con un verbo que muchos entienden como el mismo (3,5), confiesa ahora que su goel vive y que «al final se alzará sobre el polvo». Después de que le arranquen la piel, «desde mi carne» verá a Dios, él mismo, con sus propios ojos, «y no un extraño»; y termina con un suspiro: «¡mis entrañas se consumen dentro de mí!». ¿Quién es el goel? Muchos intérpretes piensan que Dios mismo: Job apela del Dios que lo hiere al Dios fiel, como cuando hablaba de un testigo en el cielo (16,19) o de un fiador (17,3; ver el ensayo del capítulo 16). ¿Cuándo lo verá? El hebreo es ambiguo: muchos estudiosos entienden que Job espera ser reivindicado antes de morir; otros, que mira más allá de la muerte, contra lo que él mismo había dicho del sepulcro (14,10-12). Lo seguro es que Job confía en que Dios no tendrá la última palabra como enemigo.

La traducción griega leyó el pasaje como una promesa de resurrección: «sé que es eterno el que va a librarme sobre la tierra; resucitará mi piel, que soporta esto». Así lo citó san Clemente de Roma a fines del siglo I, junto a la imagen del fénix: «resucitarás esta carne mía, que ha soportado todo esto» (1 Clem 25–26). San Jerónimo, que tradujo del hebreo, fue más lejos: «en el último día resucitaré de la tierra, y de nuevo seré revestido de mi piel, y en mi carne veré a mi Dios». Para él, nadie había hablado de la resurrección tan claramente: «nadie después de Cristo habla tan abiertamente de la resurrección como él antes de Cristo», escribió en su obra contra Juan de Jerusalén (n. 30), y en una carta a Paulino dice que Job la profetiza «con más claridad y más cautela» que nadie (Carta 53). San Gregorio Magno hizo de la piel nombrada en el v. 26 un argumento contra los que negaban la carne verdadera del resucitado (*Morales* XIV,72). Torres Amat sigue esta tradición en sus cursivas y en su nota: Job hablaba «como profeta» de Jesucristo.

La Iglesia rezó estas palabras junto a sus muertos. En el Oficio de difuntos anterior a 1970, la octava lectura de maitines era Job 19,20-27, y el primer responsorio cantaba: Credo quod Redemptor meus vivit..., «creo que mi Redentor vive, y que en el último día resucitaré de la tierra, y en mi carne veré a Dios, mi Salvador»; la palabra «Salvador» la añadió la liturgia. Hoy el Leccionario propone Job 19,1.23-27a entre las lecturas de las misas de difuntos, 19,23-27a para la unción de los enfermos y el viático, y 19,21-27 el jueves de la 26.ª semana del tiempo ordinario en los años pares. Händel puso estos versículos al comienzo de la tercera parte de El *Mesías* (ver el recuadro). Juan Pablo II dice con

exactitud que parecen un preludio de la redención «al menos según la Vulgata» (*Salvifici doloris*, n. 14), y que es como si Job la «hubiera presentido» (n. 19).

¿Lee la Iglesia en el texto lo que no dice? Hay que distinguir. El hebreo no formula la doctrina de la resurrección, que Dios fue revelando «progresivamente» a su pueblo (Catecismo, n. 992), pero ya confiesa a un Redentor vivo que defenderá a Job frente a la muerte, y la esperanza de ver a Dios con sus propios ojos. La fe cristiana reconoce en ese Redentor a Cristo resucitado, y en ese «ver a Dios en mi carne», la resurrección de la carne: después de la muerte «no habrá solamente vida del alma inmortal, sino que también nuestros "cuerpos mortales" volverán a tener vida» (n. 990), en el «último día» (n. 1001). La traducción de san Jerónimo no inventó esa esperanza: la hizo explícita.

PAUSA

1. Job pasó del abandono total a decir «yo sé». ¿Qué sabes tú de Dios que nadie te puede quitar, aun en la oscuridad?
2. «Compadeceos de mí, al menos vosotros que sois mis amigos». ¿Quién, cerca de ti, espera hoy tu compasión?
3. Job quería que sus palabras quedaran escritas para siempre. ¿Qué palabra de fe te gustaría dejar a los que vienen detrás?

Para orar. *Señor Jesús, Redentor que vives, que en mi carne te vea y en ti descanse mi esperanza.*

20

Sofar: la gloria del impío dura poco

Sofar habla por segunda y última vez: en la tercera ronda ya no tomará la palabra. Se siente ofendido por la advertencia con que Job terminó (19,29) y responde con el retrato más vivo del impío que hay en el libro. Tiene tres partes: su gozo dura un instante (vv. 2-11); el mal, saboreado como un dulce, se le vuelve veneno en las entrañas, porque se tragó los bienes de los pobres (vv. 12-22); y la ira de Dios lo alcanza con flechas, con fuego y con el testimonio del cielo y de la tierra (vv. 23-29). Del Redentor que Job acaba de confesar, ni una palabra.

Sofar: «la gloria de los impíos dura poco»

1 Tomó la palabra Sofar de Naamat, y dijo:
2 Por eso me vienen unos tras otros varios pensamientos [1], y mi ánimo es
arrebatado a diversas reflexiones.
3 Escucharé por tanto la
doctrina con que me arguyes; mas el espíritu que tengo de
inteligencia, responderá por mí.
4 Una cosa sé, y es que,
desde el principio, desde que el hombre fue puesto sobre la
tierra [2],
5 la gloria de los impíos dura poco, y el gozo de los
hipócritas no más que un momento.

6 Aunque se remonte hasta el cielo su altivez, y su cabeza
toque con las nubes,
7 al fin será arrojado fuera como

basura [3]; y los que le habían visto, dirán: ¿Qué se hizo de
él? [8] Cual sueño que volando se desvanece [4], no aparecerá;
pasará como una visión nocturna. [9] Los ojos que lo vieron,
no le verán más; ni el lugar donde moró lo reconocerá.

[10] Sus hijos andarán consumidos de miseria, y sus mismas
manos o acciones [5] inicuas le pagarán con el dolor mere-
cido. [11] Sus huesos estarán impregnados de los vicios de su
mocedad [6]; los cuales yacerán con él en el polvo del sepul-
cro.

El bocado dulce que se vuelve veneno

[12] Pues cuando la maldad se haya hecho ya sabrosa a su
paladar [7], la meterá debajo de su lengua, [13] se saboreará en
ella, y no la tragará, sino que la detendrá en su paladar.
[14] Mas este pan de iniquidad se convertirá dentro de su
vientre en hiel venenosa de áspides. [15] Vomitará las rique-
zas que hubo devorado, y se las arrancará Dios de su vien-
tre. [16] Chupará la cabeza o ponzoña de los áspides [8]; y le
quitará la vida una lengua de víbora. [17] No verá, no, las co-
rrientes de delicias, los ríos y torrentes de miel y de
manteca [9].

[18] Pagará la pena de todo el mal que hizo, mas no por eso
será consumido; a proporción de la cantidad de sus delitos
serán sus tormentos. [19] Por cuanto oprimió y desnudó a los
pobres, y usurpó casas que no había edificado [10]. [20] Su ape-

tito fue insaciable; y cuando llegare a tener cuanto codiciaba, no podrá gozar de ello. 21 Nada dejó de su comida
para los pobres [11], y por lo mismo nada de sus bienes será
permanente. 22 Luego que se hubiere hartado, sentirá con-
gojas, se abrasará, y se verá acometido de toda suerte de
dolores.

La ira de Dios sobre el impío

23 Acabe de llenar su vientre de viandas, que Dios descar-
gará su furioso y terrible enojo, y lloverá sobre él sus ven-
ganzas. 24 Huirá por un lado de las armas de hierro [12], y
caerá por otro en las saetas del arco de bronce. 25 La espada
empuñada y desenvainada por Dios será vibrada contra él
para que sienta las amarguras de la muerte; horribles es-
pectros irán y vendrán contra él continuamente. 26 Todo es
tinieblas allá donde él se esconde; un fuego que no
alumbra [13] le abrasará; si quedare todavía en su casa, vivi-
rá lleno de miserias.

27 Los cielos descubrirán sus injusticias [14], y la tierra se le-
vantará contra él. 28 Quedarán abandonados los renuevos
o retoños de su familia; serán arrancados de cuajo en el día
de la ira de Dios. 29 Tal es la suerte que al impío tiene Dios
destinada [15], y tal la recompensa que recibirá por sus
obras.

¿Sabías que?

San Agustín cuenta en sus *Confesiones* (libro II, caps. 4-10) que a los dieciséis años, una noche, con unos amigos, robó las peras de un peral que estaba cerca de la viña de su familia. No tenía hambre, y las peras no eran especialmente buenas: comieron unas pocas y tiraron las demás a los cerdos. Lo que le gustó, dice, no fue lo que robaba, sino el robar mismo, el pecado; y lo resume en una frase célebre: la maldad «era fea, y la amé». Es el «bocado dulce» de Sofar (20,12): el atractivo del mal por el mal, examinado por un santo con una sinceridad que todavía impresiona.

PAUSA

1. Sofar describe el mal como un dulce que se guarda bajo la lengua. ¿Qué «bocado dulce» te cuesta soltar?
2. El impío de Sofar no dejó nada para los pobres. ¿Qué parte de lo tuyo pertenece en realidad a los que tienen menos?

Para orar. *Señor, hazme amargo lo que me aparta de ti, y dulce tu ley.*

21

¿Por qué prosperan los impíos?

Job cierra la segunda ronda del debate con su respuesta más serena y más demoledora. Los amigos han descrito tres veces el final desgraciado del impío (15; 18; 20); Job opone los hechos: los malvados viven largos años, ven crecer a sus hijos, cantan y bajan al sepulcro sin dolor (vv. 7-13), aunque desprecian a Dios (vv. 14-16). ¿Cuántas veces reciben su castigo? (vv. 17-21). Dichosos y amargados mueren igual (vv. 22-26), y cualquier viajero lo confirma (vv. 27-34). Job no duda de Dios: pregunta porque cree que es justo. La Vulgata ya escucha aquí el juicio final (v. 30).

Job: «Escuchad… y pondréis el dedo sobre vuestra boca»

1 Replicando a esto Job, dijo: 2 Escuchad por vida vuestra
mis palabras, y arrepentíos de vuestro error [1].
3 Sufrid que yo también hable, y después, si os pareciere, burlaos
de mis razones. 4 ¿Por ventura mi causa o disputa es con
algún hombre, para que no tenga yo razón de entristecer-
me? 5 Miradme atentamente, y os pasmaréis, y pondréis el
dedo sobre vuestra boca [2]. 6 Que aun yo mismo, cuando lo
reflexiono, me asombro, y me tiemblan las carnes.

La dicha de los malvados

7 ¿Cómo es que viven los impíos [3], y son ensalzados, y colmados de bienes? 8 Ellos contemplan alrededor suyo su
numerosa descendencia; se ven rodeados de una multitud
de parientes y de nietos. 9 Sus casas están seguras y en paz,
y no descarga sobre ellos el azote de Dios. 10 No son estériles sus vacas, ni abortan; paren, y no abortan sus crías.

11 Sus chiquillos salen de sus casas como a manadas, y brincan alegres y juguetean [4]. 12 Tocan el pandero y la
vihuela [5], y bailan al son de los instrumentos músicos.
13 Pasan en delicia los días de su vida, y en un momento bajan al sepulcro [6].

14 Éstos son los que dijeron a Dios: Apártate de nosotros [7];
que no queremos saber nada de tus mandamientos.
15 ¿Quién es ese Omnipotente para que nos empleemos en
su servicio? ¿Y qué provecho hemos de sacar de implorar
su auxilio? 16 Pero en medio de eso, los impíos no tienen la
prosperidad en su mano; por tanto lejos de mí su modo de
pensar [8].

¿Cuántas veces se apaga su lámpara?

17 ¡Oh, cuán a menudo se apaga de un golpe la antorcha [9] o
prosperidad de los impíos, y viene sobre ellos un diluvio
de males y Dios en el furor de su ira les reparte buena porción de dolores! 18 Serán entonces como pajas expuestas al

soplo del viento, y como pavesas que esparce un torbellino. 19 Hará Dios padecer también a los hijos las penas del padre [10]; y cuando Dios le diere su merecido entonces él caerá en la cuenta. 20 Verá el impío con sus propios ojos su total ruina, y beberá el furor del Todopoderoso. 21 Porque de otro modo, ¿qué cuidado le daría la suerte de su casa después de muerto, aun cuando fuese cortado por medio el número de sus meses o años?

22 ¿Habrá quizás alguno que presuma enseñar a Dios [11], que es el que juzga y gobierna a los sabios y potentados? 23 Uno muere robusto y sano, rico y feliz, 24 teniendo sus entrañas cubiertas de grasa, y llenos sus huesos del jugo de los tuétanos. 25 Otro muere con el alma llena de amarguras y falto de toda suerte de bienes. 26 Y sin embargo, ambos dormirán juntos en el polvo del sepulcro [12], y quedarán cubiertos de gusanos.

Los viajeros lo saben

27 Sin duda yo estoy penetrando vuestros pensamientos y los juicios temerarios que hacéis contra mí. 28 Porque vosotros decís en vuestro interior: ¿Qué se hizo de la casa y familia de este Job que era antes un príncipe? [13] ¿Y dónde están los pabellones de los impíos? 29 Preguntad a cualquier viajero [14] y hallaréis que piensa lo mismo que yo; 30 y es que el impío está reservado para el día de la venganza [15], y será conducido al día de la ira del Señor.

31 ¿Quién hasta entonces osará darle en cara con su mala
conducta? ¿Y quién le dará el pago del mal que hizo?
32 Mas al cabo será llevado al sepulcro, y quedará yerto e
inmóvil entre montones de cadáveres [16]. 33 Se gozarán en
poseerle las arenas del Cocito [17]; y arrastrará tras de sí a
todos los hombres, y tendrá delante otros infinitos que le
precedieron. 34 ¿Cómo, pues, me consoláis tan en vano [18],
cuando está demostrado que vuestras razones son contra-
rias a la verdad?

¿Sabías que?

El nombre del Cocito entró en la Biblia latina por este versículo, y en la literatura cristiana por Dante. En la *Divina comedia*, escrita a comienzos del siglo XIV, el Cocito no es un río, sino un lago helado en el fondo del infierno, el noveno círculo, donde los traidores están presos en el hielo (*Infierno*, cantos XXXII–XXXIV); en el centro, Lucifer bate sus alas, y el viento que levanta mantiene la helada. Un infierno de hielo, además de fuego, tenía también apoyo en otro versículo de Job según la Vulgata (ver nota a 24,19).

¿Por qué prosperan los malvados? La pregunta en la Biblia

Quién pregunta	Cita	Respuesta
Job	Job 21,7-13; 12,6; 24,1-12	Los malvados viven y mueren en paz; Dios calla
Los amigos	Job 15,20-35; 18; 20	«La gloria de los impíos dura poco» (20,5)
Jeremías	Jer 12,1-2	«¿Por qué prospera el camino de los impíos?»
Habacuc	Hab 1,13	Espera la visión: «el justo vivirá por su fe» (2,4)
El salmista	Sal 37	«No te impacientes»: se secarán como la hierba
Asaf	Sal 73	«Hasta que entré en el santuario» (73,17)
Malaquías	Mal 3,13-18	El libro de memoria: se verá quién es justo
Qohélet	Ecl 8,14	Justos tratados como impíos: «también esto es vanidad»
Sabiduría	Sab 2–5	«Las almas de los justos están en la mano de Dios» (3,1)
Jesús	Lc 16,19-31	El rico y Lázaro: la suerte se invierte después de la muerte
Jesús	Mt 13,24-30	El trigo y la cizaña crecen juntos hasta la siega
Pedro	2 Pe 3,9	Dios tiene paciencia: no quiere que nadie perezca

Ningún libro da por sí solo toda la respuesta. El juicio final «revelará que la justicia de Dios triunfa de todas las injusticias» (Catecismo, n. 1040).

PARA PROFUNDIZAR

¿Por *qué prosperan los malvados*?

Los tres amigos han pintado tres veces el mismo cuadro: el impío vive con miedo, su lámpara se apaga, su gozo dura un instante y sus hijos desaparecen (15,20-35; 18; 20). Job responde con los hechos. Los malvados «viven, envejecen y crecen en poder» (21,7, en el hebreo), ven a sus hijos jugar y bailar, cantan al son del pandero y bajan al sepulcro en un instante, sin agonía (21,8-13). Y no por ignorancia: le dicen a Dios «apártate de nosotros» y preguntan qué provecho hay en servirle (21,14-15), como los impíos del libro de la Sabiduría (Sab 2). ¿Cuántas veces se apaga su lámpara? (21,17). El feliz y el amargado mueren igual, cubiertos de gusanos (21,23-26), y cualquier viajero puede confirmarlo (21,29).

Job no es un escéptico. Si Dios le fuera indiferente, la prosperidad de los malvados no lo escandalizaría: pregunta porque cree que Dios es justo y no ve su justicia. Por eso se aparta del «modo de pensar» de los impíos aun cuando prosperan (21,16). Y no está solo. Jeremías pregunta por qué prospera el camino de los impíos (Jer 12,1); Habacuc no entiende que Dios calle mientras el malvado devora al justo (Hab 1,13); Malaquías oye decir que es inútil servir a Dios (Mal 3,14-15); el Eclesiastés ve justos tratados como impíos y lo llama vanidad (Ecl 8,14). El Salmo 73 es como el reverso de Job 21: el creyente que envidiaba a los malvados casi resbala, «hasta que entré en el santuario de Dios y comprendí su final» (Sal 73,17), y descubre que su bien es estar junto a Dios (73,25-28). Juan Pablo II cuenta «la dificultad en comprender por

qué los malos prosperan y los justos sufren» entre los sufrimientos que conoce el Antiguo Testamento (*Salvifici doloris*, n. 6).

La Vulgata empieza ya a responder. Donde el hebreo dice que el malvado «es preservado en el día de la desgracia», san Jerónimo traduce que «está reservado para el día de la perdición» (ver nota a 21,30); donde el hebreo dice que Dios da seguridad al impío, el latín dice que le da «lugar de penitencia» (ver nota a 24,23). Torres Amat, en sus notas, remite la cuenta a la otra vida: los impíos beberán la ira de Dios «en la otra vida» (21,20), y los «tiempos» de 24,1 son los «del juicio particular como del universal». En su prólogo resume así la enseñanza del libro: «la verdadera y sólida recompensa del justo se halla en la vida venidera y eterna», mientras que en esta «frecuentemente permite Dios que los impíos prosperen, y sean afligidos los justos».

El Nuevo Testamento no da una teoría, pero cambia la perspectiva. El Padre «hace salir su sol sobre malos y buenos» (Mt 5,45): su generosidad no es indiferencia. Los galileos asesinados por Pilato y los que murieron bajo la torre de Siloé no eran más culpables que los demás; la desgracia no mide el pecado, pero todos necesitan convertirse (Lc 13,1-5). El trigo y la cizaña crecen juntos hasta la siega (Mt 13,24-30), y el rico que banqueteaba cada día descubre, después de la muerte, que Lázaro es consolado y él atormentado (Lc 16,19-31). La demora del juicio es paciencia: Dios no quiere que nadie perezca (2 Pe 3,9), y su bondad invita a la conversión (Rom 2,4).

El Catecismo reconoce que a la pregunta por el mal «no se puede dar una respuesta simple» (n. 309) y que los caminos de la provi-

dencia solo nos serán plenamente conocidos al final (n. 314). Entonces el juicio final «revelará que la justicia de Dios triunfa de todas las injusticias cometidas por sus criaturas y que su amor es más fuerte que la muerte» (n. 1040). Pero la esperanza del juicio no es una excusa para cerrar los ojos: el mensaje del juicio final «compromete para la justicia del Reino de Dios» (n. 1041). En el capítulo 24, Job convertirá su pregunta en el grito de los pobres.

Al final del libro, Dios dirá que Job habló de él rectamente, y no los amigos (42,7). Los amigos defendían a Dios con una regla que la realidad desmentía; Job prefirió decir la verdad y llevar su pregunta ante Dios. La Biblia la guarda en sus libros y en sus salmos, porque una fe que se atreve a preguntar es más verdadera que una que repite respuestas aprendidas.

PAUSA

1. Job pregunta porque cree que Dios es justo. ¿Te atreves a llevar a la oración las preguntas que no entiendes?
2. El salmista casi resbaló al ver la prosperidad de los malvados, «hasta que entré en el santuario». ¿Dónde recuperas tú la mirada de la fe?
3. ¿Envidias a veces a los que viven sin Dios y parecen felices?

Para orar. *Señor, cuando no entienda tus caminos, que no deje de buscarte, y que mi bien sea estar contigo.*

22

Elifaz: las culpas inventadas

Elifaz abre la tercera ronda con el discurso más duro de los amigos. Primero razona: la justicia del hombre no le sirve de nada a Dios, así que, si Dios castiga a Job, no será por su piedad, sino por sus pecados (vv. 2-5). Después los inventa: prendas abusivas, desnudos despojados, hambrientos, viudas y huérfanos (vv. 6-11). Acusa a Job de creer que Dios no ve (vv. 12-20) y termina con una bella llamada a la conversión (vv. 21-30). Lo que promete se cumplirá, pero al revés de lo que piensa: será Job quien interceda por él (42,8).

Elifaz: «¿Qué utilidad trae a Dios que tú seas justo?»

1 Aquí tomando la palabra Elifaz de Temán, dijo: 2 Pues
qué, ¿puede acaso el hombre compararse con Dios, aun
cuando fuese de una ciencia consumada [1]? 3 ¿Qué utilidad
trae a Dios que tú seas justo? [2] ¿O qué le das a él si tu pro-
ceder es sin tacha? 4 ¿Será por algún temor que tenga él de
ti [3] el castigarte y el venir contigo a juicio? 5 ¿Y no lo hace
más bien por causa de tu grandísima malicia y de tus infi-
nitas iniquidades?

6 Pues tú sin razón quitaste o retuviste la prenda a tus
hermanos [4], y a los desabrigados despojaste de sus únicos

vestidos. 7 Al sediento no le diste agua, y negaste pan al
hambriento. 8 Con la fuerza de tu brazo te pusiste en pose-
sión de la tierra del vecino, y por ser más poderoso te al-
zaste con ella. 9 A las viudas las despachabas con las manos
vacías [5], y quebrantabas los brazos a los huérfanos.

10 Por esto te hallas cercado de lazos; y conturbado de re-
pentinos terrores. 11 ¿Y pensabas tú que jamás caerías en
las tinieblas de la calamidad, ni serías oprimido del to-
rrente impetuoso de recias avenidas?

«¿Qué puede saber Dios desde tan lejos?»

12 ¿No es así que pensando tú que es Dios más alto que el
cielo, y que sobrepuja la mayor elevación de las estrellas,
13 dices para contigo: ¿Qué puede saber Dios desde tan
lejos? [6] Él juzga de nosotros como a oscuras; 14 está escon-
dido allá entre las nubes; y no hace alto en nuestras cosas,
y anda paseándose de uno a otro polo del cielo.

15 ¿Quieres tú acaso seguir aquel antiguo camino que si-
guieron los impíos? 16 Los cuales fueron arrebatados por la
muerte antes de tiempo, y a quienes una avenida impetuo-
sa o diluvio [7] asoló hasta los cimientos; 17 que decían a
Dios: Apártate de nosotros [8], y juzgaban del Todopodero-
so como si nada pudiese; 18 siendo así que él les había llena-
do sus casas de bienes. Lejos de mí el modo de pensar de
estos blasfemos. 19 Los justos los verán perecer, y se

alegrarán [9] de su ruina, y el inocente se burlará de ellos.
[20] ¿Por ventura no fue derribado por tierra su erguimiento, y no devoró el fuego de Dios todos sus restos?

«Sométete a Dios, y tendrás paz»

[21] Sométete, pues, a Dios, y tendrás paz [10], y así recogerás los mejores frutos. [22] Recibe de su boca la ley [11], y graba en tu corazón sus palabras. [23] Si te convirtieres al Todopoderoso serás restablecido, y alejarás de tu morada la culpa.
[24] En vez de tierra te dará pedernal y arroyos que llevarán oro [12] en lugar de piedras. [25] El Todopoderoso te protegerá contra tus enemigos, y la plata entrará en tu casa a montones.

[26] Entonces, en brazos del Todopoderoso, abundarás en delicias, y lleno de confianza alzarás a Dios tu rostro. [27] Le rogarás, y te oirá y cumplirás tus votos. [28] Proyectarás una cosa, y la efectuarás, y en tus empresas te alumbrará siempre la luz divina. [29] Porque quien se humilla será glorificado [13]; y el que confuso no levanta sus ojos ése se salvará. [30] Se salvará el inocente [14], y se salvará por la pureza de sus manos.

¿Sabías que?

En Tel Qasile, en el norte de Tel Aviv, se encontró a mediados del siglo XX un fragmento de cerámica escrito en hebreo antiguo, de hacia el siglo VIII a. C.: «Oro de Ofir para Bet-Horón: treinta siclos». Es un simple recibo, y muestra que el «oro de Ofir» era una calidad conocida en el comercio, como dice la Biblia (1 Re 9,28; 10,11; Sal 45,10). Dónde estaba Ofir sigue siendo un misterio: en Arabia, en la costa de África o en la India, que es lo que entendieron la Vulgata y Torres Amat en 28,16.

PAUSA

1. Elifaz dedujo pecados que Job no había cometido. ¿Juzgas a las personas por lo que les pasa?
2. «Sométete a Dios, y tendrás paz»: un buen consejo dicho a destiempo. ¿Cómo puedes aprender a decir la verdad con caridad y en su momento?

Para orar. *Señor, guarda mi lengua de la calumnia y mi corazón de la dureza.*

23

Job busca a Dios

Job ya no contesta a Elifaz: no se defiende de las culpas inventadas, sino que habla de Dios, y casi con Dios. Desea encontrarlo y exponerle su causa, seguro de que en un juicio justo saldría libre (vv. 2-7); lo busca en las cuatro direcciones y no lo halla, aunque sabe que Dios conoce su camino y lo prueba como al oro (vv. 8-12); y tiembla ante su libertad soberana (vv. 13-17). La transcripción hacía decir a Job que «no se estremece» ante Dios; la edición de 1824 dice lo contrario, y el texto lo pide.

Job: «¡Oh, quién me diera saber cómo encontrar a Dios!»

1 Replicando a esto Job, dijo: 2 Todavía mi lenguaje está
lleno de amargura; y aún la mano o violencia de mi dolor
sobrepuja mis gemidos [1]. 3 ¡Oh, quién me diera saber
cómo encontrar a Dios [2], y poder llegar hasta su trono!
4 Expondría ante él mi causa, y llenaría mi boca de amoro-
sas reconvenciones [3], 5 a fin de oír lo que me
respondería [4], y entender sus razones. 6 No quisiera que
contendiese conmigo con todo el poder y rigor de su justi-
cia, ni que me abrumase con la mole de su grandeza [5].
7 Proponga y emplee contra mí su equidad, que entonces
yo ganaré mi causa [6].

Dios escondido

8 Si voy hacia el oriente, no se deja ver [7]; si hacia el poniente, tampoco lo hallaré; 9 si me muevo al norte, nada adelanto. ¿Qué haré? No podré dar con él; si al mediodía, ni aún allí lo veré. 10 Él tiene conocidos mis pasos, y me ha acrisolado con trabajos [8], como se hace con el oro que pasa por el fuego.

11 Mis pies han seguido sus huellas [9]; he andado por sus caminos, sin desviarme nunca de ellos. 12 He observado siempre los preceptos que han salido de sus labios, depositando en mi corazón las palabras de su boca [10].

«Por esto yo me estremezco»

13 Mas él es el sólo que subsiste por sí [11]; y nadie puede trastornar sus designios, y como Señor universal, cuanto le pareció, eso hizo. 14 Cuando haya hecho de mí aquello que haya querido, aún tiene a mano otras muchas cosas semejantes [12].

15 Y por esto yo me estremezco en su presencia [13]; y cuando pienso en él, me siento agitado de temor. 16 Dios ha ablandado mi corazón, y lo ha hecho dócil [14]; y el Todopoderoso me ha conturbado, 17 pues no por las tinieblas o calamidades que tengo sobre mí, me doy por perdido [15]; ni la densa niebla de males me ha tapado el rostro.

¿Sabías que?

San Juan de la Cruz, en la *Noche oscura* (libro II, capítulo 5), describe el sufrimiento del alma cuando la luz de Dios le descubre su propia miseria y se siente aplastada por un peso inmenso. Para decirlo cita, según la Vulgata, dos frases de Job: la de 23,6 («no luche conmigo con mucha fuerza, para que no me oprima con el peso de su grandeza») y la de 19,21 (Miseremini mei..., «compadeceos de mí, al menos vosotros, mis amigos, porque me ha tocado la mano del Señor»). Y comenta lo admirable de que la mano de Dios, tan suave, que solo toca con delicadeza y para hacer misericordia, le parezca al alma tan pesada. Para el místico, la noche de Job es la de todo el que se acerca de verdad a Dios.

PAUSA

1. Job busca a Dios en las cuatro direcciones y no lo encuentra, pero sabe que Dios conoce su camino. ¿Cuándo has sentido a Dios escondido, y qué te sostuvo?
2. «Me ha acrisolado como el oro»: ¿qué prueba de tu vida ves hoy como un crisol?

Para orar. *Señor escondido, aunque no te vea, tú conoces mi camino: no me sueltes de tu mano.*

24

El clamor de los oprimidos

Job ensancha su queja: ya no habla solo de sí, sino de un mundo donde los pobres sufren y Dios parece no fijar días de juicio (v. 1). Describe a los que mueven los mojones y toman en prenda el buey de la viuda, y a sus víctimas, que viven como asnos salvajes, duermen desnudos y siegan con hambre (vv. 2-12); luego a los enemigos de la luz: el asesino, el adúltero y el ladrón (vv. 13-17). Los vv. 18-24, sobre el castigo del impío, son de los más discutidos del libro. La Vulgata y Torres Amat suavizan varias de las quejas más audaces del hebreo.

Job: el clamor de los pobres

1 Al Todopoderoso están presentes los tiempos [1], mas los
hombres, aun los que le conocen y sirven, ignoran cuáles
son sus días. 2 Unos traspasaron los lindes [2], robaron ga-
nados y los llevaron a apacentar. 3 Se apoderaron del asno
que tenían los huérfanos y a las viudas les sacaron en
prenda el buey [3]. 4 Cortaron el camino a los pobres, y
oprimieron de mancomún a los mansos y humildes del
país [4].

5 Otros, como asnos salvajes en el desierto [5], salen a su ta-
rea de robar; vigilantes en busca de la presa, aprontan así

de comer a sus hijos. 6 Siegan el campo ajeno, y vendimian
la viña del que han oprimido con violencia. 7 Dejan desnu-
dos a los hombres [6], quitando los vestidos aun a aquellos
que no tienen otros con qué defenderse del frío; 8 los cua-
les quedan bañados con la lluvia de los montes, y no te-
niendo con qué cubrirse se abrigan y guarecen en los hue-
cos de las peñas.

9 A viva fuerza saquearon a los huérfanos [7], y despojaron a
la gente pobre. 10 Arrebataron las espigas recogidas una
por una a los desnudos que andan sin vestido y están ham-
brientos. 11 Se pusieron a holgar entre los montones de los
frutos de los infelices, que después de haber pisado las
uvas en los lagares han de sufrir la sed [8]. 12 En las ciudades
hicieron gemir a los vecinos, y la sangre de los inocentes
que han sido muertos está clamando; y Dios no deja tales
cosas sin castigo [9].

Los enemigos de la luz

13 Ellos fueron rebeldes a la luz [10] de la razón; no conocie-
ron los caminos de Dios, ni volvieron a entrar por sus sen-
deros. 14 Se levanta el homicida al rayar el alba; mata al
menesteroso y al pobre; y por la noche se ocupa en robar.

15 El ojo del adúltero está aguardando la oscuridad [11] de la
noche, diciendo: Nadie me verá; y se cubre para que no sea
conocido su rostro. 16 Fuerza en la noche las casas [12], se-

gún lo acordado por ambos entre día, y huyen de la luz.
17 Si los sorprende la aurora, la miran como sombra de
muerte; y así andan de noche tan agitados como de día.

La suerte del impío

18 Es el impío más móvil e inconstante que la superficie del
agua [13]; maldita sea su heredad en la tierra; jamás ande él
el camino de sus viñas, ni disfrute de ellas. 19 Desde aguas
de nieve pasará a calores excesivos [14] ya que el pecado será
su compañero hasta el infierno. 20 Se olvidará de él la mi-
sericordia divina [15]; serán los gusanos sus delicias; no
quedará memoria de él, sino que será hecho astillas, como
árbol infructuoso. 21 Porque ha alimentado a la mujer esté-
ril o mala, la cual no da hijos; y no socorrió a la viuda.

22 Ha derrocado a los fuertes con su poder o prepotencia;
mas aunque él ha quedado en pie, no dará por segura su
vida. 23 Dale Dios lugar de penitencia [16], y él abusa de esto
para ser más soberbio; pero el Señor tiene fijos los ojos en
sus descarriados pasos. 24 Se ven los impíos elevados por
un poco de tiempo; mas no subsistirán sino que serán aba-
tidos y arrebatados como todos los otros; serán cortados
como las cabezas de las espigas.

25 Y si esto no es así como lo digo, ¿quién de vosotros podrá
convencerme de haber mentido [17], o acusar ante Dios de
falsas mis palabras?

¿Sabías que?

El teólogo peruano Gustavo Gutiérrez (1928-2024) dedicó a Job un libro, *Hablar de Dios desde el sufrimiento del inocente* (Lima, 1986). Según su lectura, Job descubre en capítulos como este que su dolor no es único: es el de los pobres de la tierra, y eso lo saca de sí mismo. El libro enseñaría así dos lenguajes para hablar de Dios: el profético, que denuncia la injusticia en nombre de los pobres, y el contemplativo, que reconoce la gratuidad del amor de Dios ante la voz del torbellino (caps. 38–42).

Los pobres en el libro de Job

Qué sufren	Cita	La Ley y los profetas
Les mueven los mojones	24,2	Dt 19,14; 27,17; Prov 23,10
Prendas de huérfanos y viudas	24,3	Dt 24,6.17
Apartados del camino	24,4	Am 2,7; 8,4
Buscan comida en la estepa	24,5-6	Lv 19,9-10; Dt 24,19-21
Duermen desnudos al raso	24,7-8; 22,6	Éx 22,25-27; Dt 24,12-13
Niños tomados en prenda	24,9	2 Re 4,1; Neh 5,2-5
Hambre y sed en la cosecha	24,10-11	Dt 24,14-15; 25,4; Sant 5,4
Gimen los moribundos	24,12	Gn 4,10; Éx 3,7
Lo que Job hacía	29,12-17	Is 58,6-7
Lo que Job jura	31,16-22	Mt 25,35-36
Dios escucha (Eliú)	34,28; 36,6.15	Sal 72,12-14

La conciencia social del libro, según el hebreo (24,5-11 habla de las víctimas). Job 31,16-20.24-25.31-32 se lee en las misas por el progreso de los pueblos y en tiempo de hambre. El Catecismo recuerda las leyes antiguas sobre la prenda, el salario diario y la rebusca (n. 2449).

PAUSA

1. Job pasa de su propio dolor al de los pobres. ¿Tu sufrimiento te encierra en ti mismo, o te abre al de los demás?
2. «Pisan las uvas en los lagares y tienen sed»: ¿quién trabaja hoy para que tú comas, sin poder comer lo suficiente?

Para orar. *Señor, que oyes el clamor del pobre, haz que también yo lo oiga y no pase de largo.*

25

El último discurso de Baldad

El tercer ciclo del debate se deshace. Baldad toma la palabra por última vez, y su discurso es el más breve del libro: seis versículos. Primero canta el poder de Dios, que pone paz en las alturas y manda ejércitos sin número (vv. 2-3); luego repite la conclusión que ya había sacado Elifaz: si ni la luna ni las estrellas son puras a sus ojos, ¿qué será el hombre, «un gusano»? (vv. 4-6). Todo es verdad, pero no responde a nada de lo que Job ha dicho. Sofar ya no hablará: desde ahora solo se oye la voz de Job, hasta el final del capítulo 31.

Baldad: «¿Cómo se puede justificar el hombre comparado con Dios?»

1 Entonces Baldad de Suhá habló [1] a Job en estos términos:
2 Poderoso y terrible es aquel que mantiene la concordia y
armonía en sus altos cielos [2]. 3 ¿Por ventura puede contar-
se el número de su celestial milicia [3]? Y ¿quién es el que
no participa de su luz?

4 ¿Cómo se puede justificar el hombre comparado con
Dios [4], o aparecer limpio el nacido de mujer? 5 Ni aun la
misma luna tiene resplandor [5] en su presencia, y las estre-
llas no están limpias a sus ojos; 6 ¿cuánto menos el hombre

que es todo podredumbre; el hijo del hombre que no es más que un gusano [6]?

¿Sabías que?

Las palabras de Baldad en 25,2, «el que hace la paz en sus alturas» (*osé shalom bimromav*), cierran el Kadish, una de las oraciones más conocidas del judaísmo, que se reza en la sinagoga y que recitan también los que están de luto: «El que hace la paz en sus alturas haga la paz sobre nosotros y sobre todo Israel». Una frase de uno de los amigos, a quienes Dios reprende al final del libro (42,7), se ha convertido en una oración por la paz.

PAUSA

1. Baldad dijo verdades sobre Dios que no consolaban a nadie. ¿Has respondido alguna vez al dolor de otro con una verdad dicha a destiempo?
2. «¿Quién es el que no participa de su luz?». ¿Qué rincón oscuro de tu vida necesita hoy la luz de Dios?
3. Para Baldad el hombre es «un gusano»; para Dios, su «gusanito de Jacob». ¿Con qué mirada te ves a ti mismo?

Para orar. *Señor, tú que haces la paz en tus alturas, haz la paz en mi corazón y en mi casa.*

26

El *poder de Dios, que nadie abarca*

Job responde a Baldad con ironía: ¡qué bien has ayudado al que no tiene fuerza! (vv. 2-4). Luego le gana en su propio terreno y canta él mismo el poder de Dios, de abajo arriba: el mundo de los muertos, desnudo ante sus ojos (vv. 5-6); el cielo del norte y la tierra colgada sobre la nada, las aguas guardadas en las nubes, el círculo trazado sobre el mar (vv. 7-10); las columnas del cielo, el mar vencido y la serpiente huidiza (vv. 11-13). Y concluye que todo esto es apenas «una pequeñísima muestra» (v. 14). Es un anticipo de lo que Dios mismo dirá desde el torbellino (38–41).

Job: «¿A quién quieres tú auxiliar?»

1 A esto replicó Job, diciendo: 2 ¿A quién quieres tú
auxiliar? [1] ¿Acaso a un débil? O ¿tal vez quieres sostener
el brazo de quien no tiene bastante fuerza? 3 ¿A quién das
consejo tú? ¿Acaso al que no tiene sabiduría? ¿Quieres tú
ostentar una grandísima prudencia? 4 ¿A quién has queri-
do tú enseñar? ¿No ha sido aquel que creó los espíritus [2] ?

Del abismo a las nubes: el poder de Dios

5 Mira cómo los gigantes gimen en los abismos debajo de
las aguas [3] , con los otros que están encerrados con ellos.
6 El infierno está patente a sus ojos, y está descubierto a su

vista [4] el abismo de la perdición. [7] Él es quien extendió sobre vacío el septentrión [5] y tiene suspendida la tierra en el aire [6]. [8] Él es quien contiene las aguas en las nubes [7], para que no se precipiten de golpe hacia abajo; [9] el que impide la vista de su trono y le cubre con las nieblas que forma; [10] el que puso términos o lindes a las aguas del mar [8] para mientras duren en el mundo la luz y las tinieblas.

[11] Las columnas del cielo se estremecen [9] y tiemblan a una mirada suya. [12] A la fuerza de su poder fueron reunidos en un instante los mares, y su sabiduría dominó al orgulloso mar [10]. [13] Su espíritu hermoseó los cielos; y con la virtud de su mano fue sacada a la luz la tortuosa culebra [11]. [14] Todo lo dicho hasta aquí es una pequeña parte de sus grandes obras; mas si esto que hemos oído es solamente una pequeñísima muestra [12] de las infinitas cosas que pueden decirse de él, ¿quién podrá sostenerse firme al trueno de su grandeza?

¿Sabías que?

La constelación del Dragón, en la que algunos intérpretes, según la nota de Torres Amat, veían la «tortuosa culebra» de 26,13, se enrosca de verdad en el cielo del norte, entre la Osa Mayor y la Osa Menor. Hace unos cinco mil años una de sus estrellas, Thuban, era la estrella polar, la que parecía inmóvil mientras todo el cielo giraba a su alrededor. El lento balanceo del eje de la Tierra, la precesión, la ha ido apartando, y hoy ese lugar lo ocupa la Estrella Polar de la Osa Menor. El cielo del norte del que habla Job (26,7) no ha sido siempre el mismo.

PAUSA

1. Job respondió a Baldad con ironía. ¿Cuándo has sentido que te daban lecciones sobre Dios sin ayudarte?
2. Todo lo que sabemos de Dios es «el borde de sus caminos». ¿Qué te enseña esto sobre tu manera de hablar de Dios a otros?
3. Ni el abismo está oculto a los ojos de Dios. ¿Hay algo en tu vida que todavía intentas esconderle?

Para orar. *Señor, ante quien nada está oculto, enséñame a hablar de ti con asombro y con humildad.*

27

«No desistiré de defender mi inocencia»

Job vuelve a tomar la palabra con una fórmula nueva, «prosiguió su parábola» (también en 29,1): los amigos ya no responden. El capítulo tiene dos partes. En la primera (vv. 2-6), Job jura por la vida de Dios que no dirá mentira y que no renunciará a su integridad: es su juramento más solemne hasta ahora, hecho por el Dios al que acusa. En la segunda (vv. 7-23) describe la suerte del impío con palabras que parecen de los amigos; por eso muchos estudiosos atribuyen 27,13-23 a Sofar (ver nota a 25,1). Otros piensan que Job no niega la regla general, sino que se le aplique a él.

Job: «Vive Dios... no desistiré de defender mi inocencia»

1 Prosiguió todavía Job su parábola [1], y dijo: 2 Vive Dios [2],
el cual parece que ha abandonado mi causa, y el Todopoderoso que ha sumergido mi alma en la aflicción, 3 que
mientras haya aliento en mí, y me conserve Dios la respiración, 4 no han de pronunciar mis labios cosa injusta, ni
saldrá de mi boca dolo ni mentira [3]. 5 Lejos de mí teneros por justos [4]; hasta que fallezca no desistiré de defender mi
inocencia. 6 No abandonaré la justificación que he comenzado a hacer de mi conducta; puesto que nada me remuerde de mi conciencia [5] en todo el discurso de mi vida.

La suerte del impío

7 Sea tenido por un impío mi enemigo [6], y por un injusto
mi adversario. 8 Porque, ¿qué esperanza queda al
hipócrita [7] después de sus avarientas rapiñas, si Dios no
salva su alma? 9 ¿Es acaso que Dios ha de escuchar sus cla-
mores, cuando le sobrevenga la tribulación? 10 ¿O podrá
hallar consuelo en el Todopoderoso, e invocar a Dios en
todo tiempo? No, por cierto. 11 Yo con el favor de Dios os
enseñaré las disposiciones del Omnipotente; no os ocul-
taré nada. 12 Bien veo que todos vosotros las sabéis; mas,
¿por qué gastáis el tiempo inútilmente en vanos
discursos [8]?

13 Oíd cuál será la suerte que Dios destina al impío [9], y la
herencia que los hombres violentos recibirán del Todopo-
deroso. 14 Si se multiplicaren los hijos, caerán al filo de la
espada [10], y sus nietos nunca se verán hartos de pan. 15 Los
que quedaren de su linaje serán sepultados luego de muer-
tos, y no harán duelo las viudas. 16 Aunque haya amonto-
nado plata como la tierra, y preparado vestidos tan fácil-
mente como se hace el barro, 17 él en efecto los tendrá de
prevención, mas el que se vestirá de ellos será el justo, y el
inocente disfrutará y distribuirá la plata [11]. 18 Edificó su
casa como hace la polilla, y como la cabaña que suele for-
mar el guarda [12]. 19 Muriendo el rico nada llevará

consigo [13]; abrirá los ojos de su alma, y se hallará sin nada.

[20] Le sorprenderá alguna avenida de miserias; quedará oprimido por la tempestad nocturna. [21] Un viento abrasador [14] lo arrebatará y arrancará de cuajo; y a manera de huracán lo llevará lejos de su sitio. [22] Y Dios descargará su ira sobre él, y no le perdonará; tentará mil remedios para escaparse de sus manos. [23] Quien se pusiera a mirar el sitio en que el impío estaba, dará palmadas sobre su suerte, y le silbará [15].

¿Sabías que?

La palabra «hipócrita» viene del griego *hypokrités*, «actor», el que habla bajo una máscara. En la Vulgata de Job aparece siete veces (8,13; 13,16; 15,34; 17,8; 20,5; 27,8; 34,30), y Torres Amat la conserva: traduce el hebreo *janef*, «impío», que la versión griega del libro tradujo también por «hipócrita» en 34,30 y 36,13. Jesús usará la palabra contra los que dan limosna, rezan y ayunan para ser vistos (Mt 6,2.5.16; 23,13-29). La Neovulgata, que traduce del hebreo, ya no la usa en Job.

PAUSA

1. Job juró no mentir ni siquiera para agradar a Dios. ¿Te cuesta decirle a Dios la verdad de lo que sientes?
2. «Hasta que fallezca no desistiré de defender mi inocencia». ¿Qué verdad sobre ti mismo sostendrías aunque nadie te diera la razón?
3. San Pablo dice que tener la conciencia tranquila no basta para estar justificado. ¿Qué te enseña esto sobre la manera de juzgarte a ti mismo?

Para orar. *Señor, que no haya en mi boca dolo ni mentira, y que mi conciencia descanse en tu juicio y no en el mío.*

28

¿Dónde se halla la sabiduría?

Un himno interrumpe los discursos: ya no hay queja ni polémica, sino una meditación serena con un estribillo, «¿en dónde se halla la sabiduría?» (vv. 12 y 20). El hombre abre la tierra y saca a la luz metales y piedras preciosas (vv. 1-11); pero la sabiduría no está en ninguna mina ni se compra con ningún tesoro (vv. 12-22). Solo Dios conoce su camino, porque la vio al crear el mundo (vv. 23-27), y al hombre le dice dónde encontrarla: en temer al Señor y apartarse del mal (v. 28). El texto lo pone en boca de Job; muchos ven en él un interludio del autor.

El hombre abre las entrañas de la tierra

1 La plata tiene sus veneros o vetas [1] en las minas, y el oro
tiene un lugar donde se forma. 2 El hierro se saca de la tierra, y la piedra mineral derretida con el fuego se convierte
en cobre. 3 Él llega a determinar lo que han de durar las tinieblas [2], e indaga el fin de todas las cosas, y también la
piedra metida en la oscuridad y sombras de su muerte.
4 Un torrente separa de los viajeros estas piedras [3], y no se
acerca a ellas el pie del pobre, estando como están en lugares inaccesibles.

5 Una tierra en cuyo suelo nacía el pan, está desolada por el
fuego [4]. 6 Hay un lugar en que casi todas las piedras son
zafiros [5], y sus terrones están llenos de oro. 7 Su senda no
la conoció ave ninguna, ni vista de buitre llegó a discernir-
la. 8 No la pisaron hijos de negociantes [6], ni pasó por ella
leona.

9 Él extendió su mano contra la peña viva [7], y trastornó de
raíz los montes. 10 Socavando peñascos ha sacado ríos, y
sus ojos descubrieron todo lo precioso que había [8]. 11 Hubo
también quien registró los fondos de los ríos y sacó a luz lo
precioso que estaba allí escondido.

«Mas ¿en dónde se halla la sabiduría?»

12 Mas ¿en dónde se halla la sabiduría? [9] ¿Y cuál es el lugar
en que reside la inteligencia? 13 El hombre no conoce su va-
lor, ni ella se halla en la tierra de los que viven en
delicias [10]. 14 El abismo de la tierra dice [11]: No está dentro
de mí; y el mar afirma: Ni conmigo.

15 No se compra con oro finísimo, ni se cambia a peso de
plata. 16 No pueden compararse con ella los coloridos más
ricos de la India [12], ni el ágata más preciosa, ni el zafiro.
17 No se le igualará ni el oro, ni el cristal de roca [13]; ni será
cambiada por vasos de oro puro. 18 Las cosas más excelsas
y apreciadas no son dignas de mentarse en su cotejo; pero
la sabiduría trae su origen de partes muy recónditas [14].

19 No tendrán comparación con ella el tan estimado topacio de Etiopía [15], ni los más brillantes coloridos.

20 ¿Pues de dónde viene la sabiduría?, y ¿cuál es la morada
de la inteligencia? 21 Escondida está a la vista de todos los
vivientes de la tierra, y también se oculta a las aves del cielo. 22 La perdición y la muerte dijeron [16]: A nuestros oídos
llegó la fama de ella.

Solo Dios conoce su camino

23 El camino para hallarla, Dios le sabe [17], y él es quien tiene conocida su morada. 24 Porque su vista alcanza a los extremos del mundo, y están patentes a sus ojos cuantas cosas hay debajo del cielo. 25 Él es quien arregló el peso o
fuerza de los vientos [18], y pesó las aguas distribuyéndolas
con medida. 26 Cuando prescribía leyes a las lluvias, y señalaba camino a las fulminantes tempestades, 27 entonces
la contempló Dios [19], y la manifestó, y la estableció, y descubrió sus arcanos.

28 Y dijo al hombre: Mira, la verdadera sabiduría consiste en temer al Señor y honrarle [20], y la inteligencia en apartarse de lo malo.

¿Sabías que?

Torres Amat anotó en 28,10 que «algunos opinan que se habla aquí de la América». No era una ocurrencia extraña para un lector español: desde el siglo XVI, la plata de América había llenado Europa. El Cerro Rico de Potosí, en la actual Bolivia, descubierto en 1545, fue durante mucho tiempo una de las mayores fuentes de plata del mundo, y en sus galerías trabajaron, y murieron, muchísimos indígenas obligados por el sistema de la mita. El poema de Job vale para todas las minas: el hombre puede arrancar a la tierra sus tesoros, y pagar por ellos un precio terrible, sin encontrar en ellos la sabiduría.

Metales y piedras preciosas en Job 28

Hebreo	Torres Amat	Qué es
כֶּסֶף **kesef**	plata (28,1.15)	Plata; también «dinero» (Gn 23,16)
זָהָב **zahav**	oro (28,1.17)	Oro, refinado en su «lugar» (28,1)
בַּרְזֶל · נְחוּשָׁה **barzel, nejushá**	hierro, cobre (28,2)	Hierro; cobre o bronce (Dt 8,9)
סַפִּיר **sappir**	zafiro (28,6.16)	Probablemente lapislázuli (Éx 24,10)
כֶּתֶם אוֹפִיר **ketem Ofir**	«los coloridos más ricos de la India» (28,16)	Oro de Ofir (1 Re 9,28)
שֹׁהַם **shoham**	el ágata; en 1824, «la piedra sardónica» (28,16)	Ónice o cornalina (Gn 2,12; Éx 28,9)
זְכוֹכִית **zekhokhit**	cristal de roca (28,17)	Vidrio, un lujo antiguo
רָאמוֹת · גָּבִישׁ **ramot, gavish**	«las cosas más excelsas y apreciadas» (28,18)	Corales y cristal de roca
פְּנִינִים **peninim**	(la Vulgata: «de lo oculto», 28,18)	Perlas, o quizá corales rojos
פִּטְדַת כּוּשׁ **pitdat Kush**	topacio de Etiopía (28,19)	Topacio o peridoto de Nubia (Éx 28,17)

La sabiduría vale más que todo lo que el hombre saca de la tierra (Prov 3,13-15; 8,10-11; Sab 7,8-9). Las identificaciones son probables, no seguras (compárese el cuadro de las piedras del pectoral, en Éx 28). El oro tiene en el poema varios nombres (*segor*, *paz*, *ketem*); la Vulgata entendió *ketem* como «tinte» o «color» y Ofir como la India, y Torres Amat la sigue: «los coloridos más ricos de la India» (28,16), «los más brillantes coloridos» (28,19).

PARA PROFUNDIZAR

¿Dónde se halla la sabiduría?

El capítulo 28 es una pausa. Después de veinticinco capítulos de debate, en los que Job y sus amigos han discutido sin acercarse, se oye una voz serena que no polemiza con nadie. Pregunta dos veces, como un estribillo: «¿en dónde se halla la sabiduría? ¿Y cuál es el lugar en que reside la inteligencia?» (28,12.20). ¿Quién habla? El texto lo pone en boca de Job, que sigue su «parábola» (27,1); pero el tono es tan distinto del de los capítulos que lo rodean que muchos estudiosos lo leen como un interludio del autor, un coro que comenta el drama, o como un poema añadido más tarde. En cualquier caso, su lugar es elocuente: llega cuando los amigos se han callado y dice en voz alta lo que el debate ha mostrado sin querer: ninguno de ellos ha encontrado la sabiduría.

El poema avanza en tres movimientos. El primero es un elogio del ingenio humano (28,1-11). El hombre sabe dónde está la plata y dónde se refina el oro; baja con su lámpara a las tinieblas, cuelga de cuerdas en pozos que ningún caminante pisa, abre galerías en el pedernal y trastorna de raíz los montes. El poeta admira sin ironía a ese hombre capaz de sacar a la luz «todo lo precioso». Pero el elogio prepara el contraste: la mina más honda no contiene lo que el hombre más necesita.

El segundo movimiento (28,12-22) responde con una cadena de negaciones. La sabiduría no está en la tierra de los vivientes, ni en el abismo ni en el mar; no se compra con oro de Ofir, ni con ónice, zafiro, cristal, corales, perlas o topacios. La lista de pie-

dras no es una lección de mineralogía: es una manera de decir que lo más valioso de la vida no se puede extraer, ni comprar, ni poseer. Los Proverbios lo repiten (Prov 3,13-15; 8,10-11), y el libro de la Sabiduría lo convierte en oración: «la preferí a cetros y tronos... no la comparé a la piedra más preciosa» (Sab 7,8-9).

El tercer movimiento (28,23-27) cambia de sujeto: «El camino para hallarla, Dios le sabe». Dios la conoce porque la «vio» cuando pesaba los vientos, medía las aguas y trazaba camino a las tormentas: la sabiduría es el orden secreto con que hizo el mundo. Es la intuición de Prov 8,22-31, donde la Sabiduría juega ante Dios mientras crea; de Baruc, que retoma la pregunta de Job, «¿Quién encontró su lugar?» (Bar 3,15), y responde que Dios se la dio a Israel en el libro de sus mandamientos (Bar 3,37–4,1); y del Eclesiástico, que la ve derramada sobre todas las obras de Dios (Sir 1,9-10; 24). La fe cristiana reconoce en ella al Verbo por quien todo fue hecho, a Cristo, «sabiduría de Dios» (1 Cor 1,24.30), «en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia» (Col 2,3).

Al final, una palabra para el hombre: «la verdadera sabiduría consiste en temer al Señor y honrarle, y la inteligencia en apartarse de lo malo» (28,28). El hombre no puede poseer la sabiduría con que Dios gobierna el mundo, pero puede vivir sabiamente, con reverencia ante Dios y rechazo del mal. Y es, casi palabra por palabra, el retrato de Job en la primera línea del libro (1,1): sin saberlo, Job ya vivía la sabiduría que buscaba. La Pontificia Comisión Bíblica remite a este capítulo al comentar los discursos de Dios, que hacen entender a Job sus límites de criatura frente a la sabiduría ilimitada de Dios (*Inspiración y verdad de la Sagrada Es-*

critura, 2014, n. 81). El temor del Señor, que la Iglesia cuenta entre los dones del Espíritu Santo (Catecismo, n. 1831), no es miedo servil: es saberse criatura delante del Creador y fiarse de él.

La Liturgia de las Horas lee este capítulo el domingo de la 9.ª semana del tiempo ordinario y lo acompaña con el comienzo de las *Confesiones* de san Agustín: el hombre, pequeña parte de la creación, quiere alabar a Dios, porque Dios lo hizo para sí y su corazón está inquieto hasta que descanse en él. El minero de Job 28 es el hombre de todos los tiempos, capaz de explorar la tierra y el espacio; y la pregunta del poema sigue en pie. La sabiduría no está al final de una galería, sino en un modo de estar ante Dios.

PAUSA

1. El minero de Job llega a lo más hondo de la tierra. ¿En qué «minas» has buscado tú sentido, lejos de Dios?
2. La sabiduría «no se compra con oro finísimo». ¿Qué cosa valiosa de tu vida no se puede comprar?
3. Para Job, ser sabio es temer a Dios y apartarse del mal. ¿De qué mal concreto te pide hoy Dios que te apartes?

Para orar. *Señor, tú que conoces el camino de la sabiduría, enséñame a temerte y a apartarme del mal.*

29

Los días de antaño

Comienza el último alegato de Job (29–31), que la Enciclopedia Católica de 1910 resumía así: qué feliz fui, qué desgraciado soy, y no tengo culpa de este cambio. En el capítulo 29 Job recuerda el tiempo en que la lámpara de Dios brillaba sobre su cabeza (vv. 2-6), el respeto con que lo recibían a la puerta de la ciudad (vv. 7-10), la justicia que hacía al pobre, al huérfano y a la viuda (vv. 11-17), la esperanza de una vejez larga y tranquila (vv. 18-20) y la autoridad de su consejo (vv. 21-25). Es el retrato del justo y del buen gobernante tal como lo soñaba el antiguo Oriente.

Job: «¡Quién me diera volver a ser como en los tiempos pasados!»

1 Añadió también Job, continuando su parábola, y dijo:
2 ¡Quién me diera volver a ser como en los tiempos pasados, como en aquellos días venturosos en que Dios me tenía bajo su custodia y amparo [1]!
3 Entonces su antorcha resplandecía sobre mi cabeza [2], y guiado por esta luz caminaba yo seguro entre las tinieblas;
4 como fui en los días de mi mocedad, cuando Dios moraba secretamente en mi casa [3];
5 cuando el Todopoderoso estaba conmigo, y alrededor de mí toda mi familia [4];
6 cuando lavaba, por decir-

lo así, mis pies con la nata de la leche [5], y hasta las peñas
me brotaban arroyos de aceite;

[7] cuando salía a las puertas de la ciudad [6], y allí en la plaza
me disponían un asiento distinguido. [8] Y viéndome los jó-
venes se retiraban, y los ancianos se levantaban y mante-
nían en pie. [9] Los magnates no hablaban más y cerraban
sus labios con el dedo [7]. [10] Quedaban sin hablar los capita-
nes, y con la lengua pegada al paladar.

[11] Bienaventurado me llamaba todo el que oía mis pala-
bras; y decía bien de mí cualquiera que me miraba; [12] pues
yo había librado al pobre que gritaba por socorro [8]; y al
huérfano que no tenía defensor. [13] Me llenaba de bendicio-
nes el que hubiera perecido sin mi auxilio; y yo confortaba
el corazón de la viuda desolada [9]. [14] Porque siempre me re-
vestí de justicia [10] y mi equidad me ha servido como de re-
gio manto y diadema. [15] Era yo ojos para el ciego y pies
para el cojo [11]. [16] Era el padre de los pobres [12]; y me infor-
maba con la mayor diligencia de los pleitos de los desvali-
dos, de que no estaba enterado. [17] Quebrantaba las quijadas
a los malvados [13], y les sacaba la presa de entre sus dien-
tes.

[18] Con este tenor de vida decía yo: Moriré en paz en mi
nido; y como la palma multiplicaré mis días [14]. [19] Está mi
raíz extendida junto a la corriente de las aguas [15], y el ro-
cío descansará sobre mis ramos. [20] Se irá siempre renovan-

do mi gloria, y mi arco, o el poder mío, será de cada día más fuerte en mis manos.

21 Los que me escuchaban estaban aguardando mi parecer,
y atendían silenciosos mi consejo. 22 Ni una palabra se
atrevían a añadir a las mías; y como rocío, así caían sobre
ellos mis discursos. 23 Me aguardaban como a la lluvia los
campos, y abrían su boca como hace la tierra seca a las
aguas tardías o del otoño [16]. 24 Si alguna vez me les mos-
traba risueño, de gozosos apenas lo creían; pero no queda-
ba sin fruto la alegría de mi semblante. 25 Si quería ir a sus
reuniones, me sentaba en el primer lugar; y estando senta-
do como un rey rodeado de sus guardias, no por eso dejaba
de ser el consolador de los afligidos [17].

¿Sabías que?

En Tel Dan, en el norte de Israel, los arqueólogos excavaron la puerta de una ciudad israelita de los siglos IX y VIII a. C. Junto a ella, en la plaza, se conserva un largo banco de piedra adosado al muro y una pequeña plataforma con cuatro basas de columna, que quizá sostenían un dosel sobre un asiento de honor, el del rey o el del juez. Es el escenario que Job recuerda: salir «a las puertas de la ciudad» y encontrar «en la plaza» un «asiento distinguido» (29,7).

Job antes y ahora

Antes (capítulo 29)	Ahora (capítulo 30)
«Su antorcha resplandecía sobre mi cabeza» (29,3)	«Aguardaba luz, y he quedado cubierto de tinieblas» (30,26)
«Cuando Dios moraba secretamente en mi casa» (29,4)	«Clamo a ti, oh Dios mío, y tú no me oyes» (30,20)
«Alrededor de mí toda mi familia» (29,5)	«Soy como hermano de los dragones, y compañero de los avestruces» (30,29)
«En la plaza me disponían un asiento distinguido» (29,7)	«Hacen burla de mí unos mozalbetes» (30,1)
«Los ancianos se levantaban y mantenían en pie» (29,8)	«No reparan en escupirme en la cara» (30,10)
«Bienaventurado me llamaba todo el que oía mis palabras» (29,11)	«He venido a ser ahora el asunto de sus cantares» (30,9)
«Me revestí de justicia... como de regio manto y diadema» (29,14)	«Van consumiendo hasta mi vestido» (30,18)
«Era yo ojos para el ciego y pies para el cojo» (29,15)	«Sin que haya habido quien me ayudase» (30,13)
«Moriré en paz en mi nido» (29,18)	«Me has de entregar en poder de la muerte» (30,23)
«Está mi raíz extendida junto a la corriente de las aguas» (29,19)	«Mis huesos se han secado» (30,30)
«Sentado como un rey... el consolador de los afligidos» (29,25)	«Mi cítara se ha convertido en llanto» (30,31)

Los dos capítulos forman un díptico: el mismo hombre, antes y después. La Enciclopedia Católica de 1910 resumía así los capítulos 29–31: qué feliz fui, qué desgraciado soy, y no tengo culpa de este cambio. El capítulo 31 da la prueba con un juramento. Compárense Lam 5,15-16 y las bienaventuranzas y los ayes de Lc 6,20-26.

PAUSA

1. Job echa de menos, sobre todo, la «intimidad» de Dios en su casa. ¿Cuándo has sentido más cerca esa amistad?
2. «Era yo ojos para el ciego y pies para el cojo». ¿Para quién podrías ser tú ojos o pies esta semana?
3. Job sabía consolar, y no encontró quien lo consolara. ¿Hay alguien que te consoló en otro tiempo y hoy necesita tu consuelo?

Para orar. *Espíritu Santo, padre de los pobres, haz de mí ojos para el ciego y pies para el cojo.*

30

«Mas ahora...»

Al recuerdo de la dicha sigue la descripción de la desgracia, marcada por un «ahora» que vuelve tres veces en el hebreo (vv. 1, 9 y 16). Job, a quien honraban los ancianos, es ahora la burla de los hijos de los marginados (vv. 1-8), que le cantan coplas y le escupen (vv. 9-15). Su cuerpo sufre de noche, y Dios calla: «Clamo a ti... y tú no me oyes... Te portas conmigo como si fueras cruel» (vv. 16-23). Esperaba bienes, y le vinieron males; su cítara se ha vuelto llanto (vv. 24-31). Es uno de los lamentos más desnudos de la Biblia.

Job: «Mas ahora hacen burla de mí»

1 Mas ahora hacen burla de mí unos mozalbetes [1],
a cuyos padres me hubiera desdeñado de ponerlos
con los mastines de mis rebaños;
2 cuya fuerza y trabajo de sus manos
estimaba yo en nada, y eran considerados por indignos
aun de la misma vida [2];
3 muertos de necesidad y de hambre,
que andaban buscando por el desierto
algo que poder roer;
traspillados de pura calamidad y miseria [3];
4 y comían hierbas y cortezas de árboles
y se sustentaban con raíces de enebro [4].
5 Semejantes cosas iban buscando por los valles,
y hallando alguna corrían a cogerla con algazara.
6 Habitaban en los barrancos de los torrentes,
y en las

cavernas de la tierra, y entre las breñas. 7 En tales cosas hallaban su alegría, y tenían por delicia el vivir al abrigo de las zarzas. 8 Hijos de gente insensata y grosera, y que no se atreven a aparecer en el mundo.

9 Pues yo he venido a ser ahora el asunto de sus cantares [5], y el objeto de sus escarnios. 10 Abominan de mí; al verme se apartan lejos, y no reparan en escupirme en la cara [6]. 11 Porque abrió Dios su aljaba [7], y me hirió, y puso el freno en mi boca.

12 En la flor de mi prosperidad se levantó luego contra mí un tropel de calamidades, que me derribaron por tierra, y echándoseme encima, como una inundación me han oprimido. 13 Me han cortado todos los caminos, y armándome asechanzas han prevalecido contra mí; sin que haya habido quien me ayudase. 14 Como sitiadores furiosos, roto el muro, y forzada la puerta; así se han arrojado sobre mí, y cebado en mis miserias. 15 He quedado reducido a la nada; tú, oh Dios mío, has arrebatado como viento o torbellino [8], todo lo que yo más amaba, y mi prosperidad ha pasado como una nube.

«Clamo a ti, oh Dios mío, y tú no me oyes»

16 Y ahora está mi alma derritiéndose de congoja dentro de sí misma, viendo que los desastres se han apoderado de mí. 17 Durante la noche taladran mis huesos los dolores, y

los gusanos que me roen [9], no duermen ni descansan. [18] Es
tanta la muchedumbre de éstos, que van consumiendo
hasta mi vestido; y me ciñen y rodean, como al cuello el
cabezón de la túnica. [19] Soy tratado como lodo, y asemeja-
do al polvo y a la ceniza [10].

[20] Clamo a ti, oh Dios mío, y tú no me oyes [11]; estoy en tu
presencia, y ni siquiera me miras. [21] Te portas conmigo
como si fueras cruel [12]; y me tratas con mano tan pesada
como si fueses mi enemigo. [22] Me ensalzaste, y como que
me pusiste sobre el aire para estrellarme más reciamente.
[23] Bien sé que me has de entregar en poder de la muerte, la
cual es el paradero de todos los vivientes [13].

[24] Verdad es que tú no extiendes tu mano para consumirlos
enteramente; pues cuando estuvieren derribados, tú mis-
mo los salvarás [14]. [25] Yo en otro tiempo lloraba con el que
se hallaba atribulado, y mi alma se compadecía del pobre.
[26] Esperaba por eso bienes, y me han sobrevenido males;
aguardaba luz, y he quedado cubierto de tinieblas.

[27] Se están abrasando mis entrañas sin dejarme reposo al-
guno; me han sorprendido los días de angustia. [28] Ando
melancólico, pero sin enfurecerme [15]; me levanto a veces,
y doy gritos en medio de la gente. [29] Soy como hermano de
los dragones, y compañero de los avestruces [16]. [30] Mi piel
se ha vuelto negra, y mis huesos se han secado, a causa del
ardor excesivo que padezco. [31] Mi cítara se ha convertido

en llanto [17], y en voces lúgubres mis instrumentos músicos.

¿Sabías que?

La Liturgia de las Horas lee estos capítulos el lunes y el martes de la 9.ª semana del tiempo ordinario (30,1.9-23 el lunes y el juramento del capítulo 31 el martes), y los acompaña con dos enseñanzas del abad san Doroteo de Gaza, del siglo VI. Su tema es casi el contrario del de Job: la causa de toda turbación, dice Doroteo, es que nadie se acusa a sí mismo, y quien se examina con cuidado y con temor de Dios nunca se encontrará del todo inocente. La Iglesia pone juntas las dos voces, la del inocente que defiende su verdad ante Dios y la del monje que aprende a no excusarse. Las dos son verdaderas, cada una en su lugar.

PAUSA

1. Job sufrió la burla de los que antes lo respetaban. ¿Cómo tratas tú a quien ha perdido su prestigio?
2. «Clamo a ti, y tú no me oyes». ¿Te atreves a decirle a Dios su silencio, como Job?
3. Job despreció a los marginados de su tiempo. ¿A quién miras tú desde arriba sin darte cuenta?

Para orar. *Señor, cuando no me respondas, dame la fe de seguir clamando a ti.*

31

El juramento de inocencia

Job termina su alegato con un juramento: recorre su vida y, para cada falta posible, dice «si yo hice tal cosa...» y se echa una maldición encima: la mirada (vv. 1-4), el fraude (vv. 5-8), el adulterio (vv. 9-12), la justicia con los siervos (vv. 13-15), los pobres y los desamparados (vv. 16-23), la confianza en el oro y el culto de los astros (vv. 24-28), el enemigo y el forastero (vv. 29-32), el pecado escondido (vv. 33-34), la tierra y sus labradores (vv. 38-40). En medio, firma su demanda y exige que Dios responda (vv. 35-37). Es el examen de conciencia más completo del Antiguo Testamento.

Job: «Desde joven hice pacto con mis ojos»

1 Desde joven hice pacto con mis ojos [1]
de no mirar, ni siquiera pensar con mal fin en una virgen.
2 Porque de otra suerte, ¿qué comunicación tendría conmigo desde arriba Dios,
ni qué parte me daría el Todopoderoso de su celestial herencia [2]?
3 Pues qué, ¿acaso no está establecida la perdición para los malvados,
y el desheredamiento para los que cometen el pecado?
4 ¿No es así que está el Señor observando mis caminos,
y contando todos mis pasos?

5 Si creéis que he seguido el camino de la vanidad [3],
y que han corrido mis pies a urdir fraudes contra el prójimo,

6 péseme Dios en su justa balanza [4]; y él dará a conocer mi
sencillez. 7 Si desvié mis pasos del camino recto, y si mi co-
razón se fue tras de mis ojos [5], y si se apegó alguna man-
cha a mis manos, 8 siembre yo, y cómase otro el fruto y sea
desarraigado mi linaje.

9 Si mi corazón se dejó seducir del amor de mujer, y si an-
duve acechando a la puerta de mi amigo, 10 sea mi mujer
manceba de otro [6], y sirva a otros de prostituta. 11 Porque
es el adulterio un crimen enorme, y una iniquidad e injus-
ticia horrenda. 12 Es un fuego que consume hasta el exter-
minio, y que desarraiga todos los retoños.

«¿No es el mismo Dios que le ha creado a él?»

13 Si me desdeñé de entrar en juicio con mi siervo y con mi
sierva [7], cuando tenían que pedirme alguna cosa en justi-
cia, 14 ¿qué será de mí cuando Dios haya de venir a juzgar?
¿Y qué podré responderle cuando me pregunte? 15 ¿Acaso
el que me creó a mí en las entrañas de mi madre, no es el
mismo Dios que le ha creado a él [8]? ¿No fue él el que nos
formó a ambos en el seno materno?

16 Si negué a los pobres lo que pedían [9]; si burlé jamás la
esperanza de la viuda; 17 si comí solo mi bocado [10], y no co-
mió también de él el huérfano 18 (pues desde la infancia
creció conmigo la misericordia, habiendo salido conmigo
del vientre de mi madre); 19 si no hice caso del que iba a pe-

recer de frío por no tener ropa, ni del pobre que estaba
desnudo; [20] si no me llenaron de bendiciones los miembros
de su cuerpo [11], al verse abrigados con la lana de mis ove-
jas; [21] si alcé mi mano contra el huérfano, aun viéndome
superior en el tribunal, [22] despréndase mi hombro de su
coyuntura, y quiébrese mi brazo con todos sus huesos.
[23] Porque yo siempre temí a Dios, considerando su enojo
como olas hinchadas contra mí, y nunca pude soportar el
peso de su majestad [12].

[24] Si yo creí que consistiese en el oro mi poder, y si dije al
oro más acendrado: En ti pongo mi confianza [13]; [25] si puse
mi consuelo en mis grandes riquezas, y en los muchos bie-
nes que adquirieron mis manos; [26] si mirando al sol cuan-
do brillante nacía, o la luna en su mayor claridad, [27] se re-
gocijó interiormente mi corazón, y apliqué mi mano a la
boca [14], [28] lo cual es un delito grandísimo, y un renegar del
altísimo Dios;

[29] si me holgué de la ruina del que me aborrecía [15], y cele-
bré con aplauso el mal que le vino, castígueme Dios. [30] Mas
no fue así; porque no permití que mi lengua pecase, de-
mandando con maldiciones su muerte. [31] ¿Y las gentes de
mi casa, no llegaron a prorrumpir: Quién nos diera que
pudiésemos saciarnos de sus carnes [16]? [32] Jamás el pere-
grino se quedó al descubierto [17]; siempre estuvo mi puerta
abierta al pasajero.

33 Si, como suelen hacer los hombres [18], encubrí mi pecado, y oculté en mi pecho mi maldad; 34 si me intimidó el
mucho gentío, o me atemorizó el desprecio de los parientes, y no más bien callé y sufrí, y me estuve quieto en mi
casa, sea yo castigado de Dios.

«¡Oh, quién me diera uno que me oyese!»

35 ¡Oh, quién me diera uno que desapasionadamente me
oyese y que el Todopoderoso otorgase mi petición, y escribiese el proceso el mismo que juzga [19], 36 para que yo pudiese llevarla sobre mis hombros, y ceñírmela como una
diadema [20]! 37 A cada paso mío le iría recitando y se le presentaría a Dios como a mi príncipe.

38 Finalmente, si la tierra que poseo clama contra mí [21], y
los surcos se lamentan con ella; 39 si he comido sus frutos sin pagar el precio, y he apremiado las personas de los cultivadores, 40 me nazcan abrojos en vez de trigo, y espinas
en lugar de cebada. Fin de las palabras de Job [22].

¿Sabías que?

El gesto de 31,27, llevarse la mano a la boca y besarla ante un astro o una imagen, era todavía corriente en el Imperio romano. En el *Octavio* de Minucio Félix, un diálogo cristiano de hacia el año 200, el pagano Cecilio pasa ante una estatua del dios Serapis, se lleva la mano a la boca y le envía un beso con los labios, «como suele hacer el pueblo supersticioso»; de ahí nace la conversación que lo llevará a la fe. Es el gesto que Job jura no haber hecho jamás.

El juramento de inocencia de Job

Lo que Job niega	Cita	Eco en la Biblia
Mirar con mal deseo	31,1.7	Mt 5,28; Nm 15,39
La mentira y el fraude	31,5-6	Lv 19,35-36; Dn 5,27
El adulterio	31,9-12	Éx 20,14; Prov 6,27-29
Negar justicia a siervos y siervas	31,13-15	Mal 2,10; Ef 6,9
Negar al pobre, defraudar a la viuda	31,16	Dt 24,17-22; Sant 1,27
Comer solo su pan	31,17-18	Is 58,7; Tob 4,16
Dejar sin ropa al que tiene frío	31,19-20	Mt 25,36; Sant 2,15-16
Alzar la mano contra el huérfano	31,21-23	Éx 22,21-23; Is 1,23
Confiar en el oro	31,24-25	Mt 6,24; 1 Tim 6,17
Adorar el sol y la luna	31,26-28	Dt 4,19; Ez 8,16
Alegrarse de la ruina del enemigo	31,29-30	Prov 24,17; Mt 5,44
Negar la hospitalidad	31,31-32	Gn 18,1-8; Heb 13,2
Ocultar el pecado «como Adán»	31,33-34	Gn 3,8-10; Prov 28,13
Explotar la tierra y a sus labradores	31,38-40	1 Re 21; Sant 5,4

Job no confiesa estas faltas: las niega bajo juramento, con una maldición sobre sí mismo si mintiera (31,8.10.22.40). Es el examen de conciencia más completo del Antiguo Testamento y anticipa el juicio de Mt 25,31-46. El Leccionario lee 31,16-20.24-25.31-32 en las misas por el progreso de los pueblos y en tiempo de hambre. Sobre la conciencia, «sagrario del hombre», ver el Catecismo, nn. 1776-1778.

PARA PROFUNDIZAR

El juramento de inocencia: la conciencia de un justo

Al final de su último discurso, Job hace algo inaudito: se pone bajo juramento ante Dios y recorre su vida entera, falta por falta. La forma es la de los juramentos del antiguo Oriente, que se hacían con una maldición condicional: «si yo hice tal cosa, que me suceda tal otra». Job la usa una y otra vez: «si desvié mis pasos..., siembre yo, y cómase otro el fruto» (31,7-8); «si mi corazón se dejó seducir..., sea mi mujer manceba de otro» (31,9-10); «si la tierra que poseo clama contra mí..., me nazcan abrojos» (31,38-40). A veces la maldición queda sin decir, como se hacía por temor, y Torres Amat la completa en cursiva: «castígueme Dios» (31,29). Se suele comparar este capítulo con la declaración de inocencia que el difunto egipcio recitaba ante sus jueces en el capítulo 125 del llamado *Libro de los muertos*; pero allí se trata de una fórmula para superar el juicio, y aquí, de un hombre vivo que pide ser juzgado.

Lo asombroso es el contenido (ver el cuadro). Job no se limita a los grandes crímenes. Empieza por la mirada, «hice pacto con mis ojos» (31,1), y anticipa así la palabra de Jesús sobre el adulterio del corazón (Mt 5,28). Sigue con la honradez, la fidelidad conyugal, el derecho de los esclavos, el pan compartido, la ropa para el que tiene frío, la justicia en el tribunal, el desapego del oro, el rechazo del culto a los astros, la hospitalidad y la sinceridad ante el propio pecado. Y llega a dos cumbres. La primera es la igualdad del amo y del esclavo: «¿Acaso el que me creó a mí en las entrañas de mi madre, no es el mismo Dios que le ha creado a

él?» (31,15), una intuición que el Catecismo desarrolla al enseñar que todos los hombres, creados a imagen del Dios único, «gozan... de una misma dignidad» (n. 1934). La segunda es el amor al enemigo: Job no se alegró de la ruina del que lo odiaba (31,29), y Torres Amat cuenta en su prólogo «el amor de los enemigos» entre las enseñanzas del libro.

Por eso los cristianos han visto en este capítulo una moral del corazón anterior al Evangelio. Torres Amat lo dice en su nota a 31,1: «aun en la ley natural, en que vivía el idumeo Job, guardaba la doctrina evangélica». La Iglesia propone 31,16-20.24-25.31-32 como lectura en las misas por el progreso de los pueblos y en tiempo de hambre, porque el examen de Job anticipa el de Mateo 25: «tuve hambre, y me disteis de comer». La conciencia que habla aquí es la que el Catecismo, con el Concilio Vaticano II, llama «el sagrario del hombre, en el que está solo con Dios» (n. 1776).

Hay, sin embargo, un riesgo que el mismo libro advierte: un historial intachable puede convertirse en una reclamación. Job termina firmando su alegato y exigiendo que Dios presente sus cargos: «aquí está mi firma; ¡que el Todopoderoso me responda!» (31,35, en el hebreo). La Pontificia Comisión Bíblica lo dice con delicadeza: Job quería discutir su causa directamente con Dios, y era una equivocación tratarlo «en un plano de igualdad» (*Inspiración y verdad de la Sagrada Escritura*, 2014, n. 81). Eliú se encenderá en cólera porque Job afirmaba «que él era justo aun a los ojos de Dios» (32,2), y el mismo Dios le preguntará: «¿Pretendes... condenarme a mí por justificarte a ti mismo?» (40,8).

Las dos cosas son verdad. La integridad de Job es real: Dios mismo lo llamó «sencillo y recto» (1,8), y al final dirá que Job habló con rectitud (42,7). Pero la inocencia no obliga a Dios a dar explicaciones. San Pablo lo dirá con una frase que parece escrita para Job: «aunque de nada me remuerde la conciencia, no por eso estoy justificado; el que me juzga es el Señor» (1 Cor 4,4). La Liturgia de las Horas, que lee este capítulo el martes de la 9.ª semana del tiempo ordinario, pone a su lado una enseñanza de san Doroteo sobre la acusación de sí mismo (ver el recuadro del capítulo 30): la conciencia que se defiende ante los hombres y la que se humilla ante Dios no se contradicen. Job 31 es un espejo exigente para cualquier examen de conciencia; el resto del libro enseña a dejarlo, al final, en las manos de Dios.

PAUSA

1. Job hizo «pacto con sus ojos». ¿Qué pacto necesitas hacer tú con tu mirada, con tu pantalla o con tu imaginación?
2. Repasa la lista de Job: los siervos, los pobres, el oro, el enemigo, el forastero. ¿En cuál podrías jurar tranquilo, y en cuál no?
3. Job quería que Dios le respondiera por escrito. ¿Qué le exiges tú a Dios antes de fiarte de él?

Para orar. *Señor, examíname y conoce mi corazón; y donde no encuentres justicia, pon tu misericordia.*

32

Entra Eliú

Job ha terminado de hablar (31,40) y los tres amigos ya no le responden. Entonces aparece un personaje que nadie esperaba: Eliú, un joven que ha escuchado todo el debate y está indignado con Job, que se declara justo, y con los amigos, que lo han condenado sin saber refutarlo. El capítulo tiene una introducción en prosa (vv. 1-5) y el comienzo de su primer discurso: por qué un joven se atreve a hablar ante los ancianos (vv. 6-14) y por qué ya no puede callar (vv. 15-22). Eliú hablará seis capítulos seguidos, y nadie le contestará.

Cuatro veces se enoja Eliú

1 En fin, aquellos tres hombres cesaron de responder a Job,
viéndolo tan resuelto a tenerse por justo [1].
2 Entonces Eliú, hijo de Baraquel, buzita, del linaje de Ram [2],
montó en cólera [3], y se llenó de indignación, se irritó contra Job,
porque afirmaba que él era justo aun a los ojos de Dios.
3 Se indignó también contra sus tres amigos, porque no habían
discurrido refutación razonable, contentándose solamente de haber condenado a Job [4].

4 Eliú, pues, estuvo aguardando a que Job acabase de hablar, atento que eran de más edad [5] los que habían habla-

do antes. [5] Pero viendo que los tres no podían replicar a Job, se indignó sobremanera.

Eliú: «No es lo mismo ser viejo que sabio»

[6] Y así, tomando la palabra Eliú, hijo de Baraquel, buzita, dijo: Yo soy el más mozo [6]; todos vosotros sois de mayor edad que yo; por este motivo he bajado mi cabeza, sin atreverme a proponer mi dictamen. [7] Porque yo esperaba que la edad más madura hubiera hablado sólidamente, y que los muchos años enseñarían sabiduría. [8] Mas según veo, hay en todos los hombres un alma, y la inspiración del Todopoderoso es la que da la inteligencia [7]. [9] No es lo mismo ser viejo que sabio [8], ni el tener mucha edad hace tener buen juicio. [10] Por tanto yo voy a hablar; escuchadme, que también os mostraré lo que yo alcanzo.

[11] Puesto que he dado lugar a vuestros discursos y he escuchado atento vuestras razones, mientras ha durado la disputa; [12] y en tanto que creí que podríais decir algo, estaba atento. Mas a lo que veo, no hay entre vosotros quien pueda convencer a Job, ni responder a sus razones. [13] Y no tenéis que replicarme, diciendo: Nosotros hemos hallado la razón de sabiduría para convencerle; y es que Dios es quien lo ha desechado, no algún hombre [9]. [14] Ninguna palabra me ha dicho él a mí; pero yo no pienso responderle al tenor de vuestros discursos.

«Estoy lleno de palabras»

15 He aquí tres hombres que se han acobardado, y no saben
ya qué replicar, y han quedado como mudos [10].
16 Supuesto, pues, que yo he estado esperando a que hablasen, y no lo han hecho, y que se han parado y no añaden
nada más, 17 entraré yo también a hablar por mi parte y
mostraré mi saber;

18 pues estoy lleno de palabras [11], y no caben ya en mi pecho; 19 al modo que el vino, cuando no tiene por dónde respirar, rompe aún las vasijas nuevas [12], así sucede en mi
seno. 20 Hablaré, pues, a fin de respirar algún tanto; abriré
mis labios, y responderé.

21 No haré excepción de persona [13], ni igualaré un hombre
a Dios: 22 porque no sé yo cuánto tiempo existiré aún, ni si
dentro de poco me llevará mi Creador [14].

¿Sabías que?

La tradición judía conserva una lista de «correcciones de los escribas» (*tiqqune soferim*), unos dieciocho pasajes en los que, según se decía, los copistas cambiaron una expresión que sonaba irrespetuosa con Dios. Job 32,3 es uno de ellos. Rashi, el gran comentarista judío del siglo XI, explica que el texto quería decir que los amigos «condenaron» a Dios con su silencio, pero que «la Escritura usó un eufemismo», como en Nm 11,15 y Sal 106,20. Los estudiosos discuten si fueron cambios reales del texto o una manera antigua de comentar los pasajes atrevidos.

PAUSA

1. Eliú esperó a que hablaran los mayores, pero llevaba dentro una presión que lo hacía estallar. ¿Sabes distinguir cuándo te empuja a hablar el Espíritu y cuándo tu impaciencia?
2. Los amigos «condenaron» a Job porque no sabían qué responderle. ¿Has juzgado alguna vez a alguien solo porque su dolor te dejaba sin palabras?

Para orar. *Señor, que hable cuando tu Espíritu me lo pida, y calle cuando solo me empuja mi orgullo.*

33

Dios habla al hombre

Eliú se dirige a Job llamándolo por su nombre, algo que los amigos nunca hicieron. Primero se presenta como un igual, hecho del mismo barro (vv. 1-7); luego cita las quejas de Job y responde con un principio: Dios es mayor que el hombre (vv. 8-13). El centro del capítulo es su respuesta a la acusación de que Dios calla: Dios habla de muchas maneras, en los sueños de la noche (vv. 14-18), en el dolor que pone al hombre a las puertas de la muerte (vv. 19-22) y por medio de un ángel que intercede por él y halla un rescate (vv. 23-30).

Eliú a Job: «Oye mis palabras»

1 Oye, pues, oh Job, mis palabras [1], y está atento a todas
mis palabras. 2 He aquí que abro mi boca; formará la lengua palabras en mi garganta. 3 Mis discursos saldrán de un
corazón sencillo, y mis labios proferirán sentimientos de
verdad. 4 El espíritu de Dios me creó, y el soplo del Omnipotente me dio la vida. 5 Respóndeme, pues, si puedes; y
opón tus razones a las mías. 6 Bien sabes que Dios me creó
a mí así como a ti, y que fui yo formado del mismo barro
que tú [2]; 7 y así que no verás en mí cosa maravillosa que te
espante; ni te será molesta mi elocuencia [3].

8 Ahora bien, tú has dicho oyéndolo yo, y yo mismo percibí estas palabras tuyas: 9 Yo soy limpio, y sin culpa [4]; inocente, y no hay en mí iniquidad. 10 Pero porque ha hallado pretexto contra mí, por eso me ha mirado como a enemigo suyo. 11 Ha puesto mis pies en un cepo [5], y estuvo observando todos mis pasos.

12 En esto, oh Job, no te has mostrado justo; yo te responderé que Dios es mayor que el hombre [6]. 13 ¿Y quieres tú entrar en contienda con él, porque no ha respondido a todas tus palabras?

Dios habla en los sueños y en el dolor

14 Dios habla una vez, y no vuelve a repetir una misma cosa [7]. 15 Entre sueños, con visiones nocturnas [8], cuando los hombres rendidos del sueño están descansando en sus camas, 16 entonces les abre Dios los oídos, y los instruye y corrige, 17 para retraer a cada uno del mal que hace, y librarle de la soberbia [9], 18 salvando su alma de la corrupción [10] y su vida del filo de la espada.

19 Asimismo le corrige con dolores en el lecho [11], y hace que se le sequen todos sus huesos. 20 En tal estado le causa horror el mismo pan o alimento, y el manjar antes sabroso a su apetito. 21 Se va consumiendo su carne; y los huesos, antes bien cubiertos, aparecen desnudos [12]. 22 Está él para expirar, y desahuciada su vida.

El ángel intercesor y el rescate

23 Si entonces algún ángel escogido entre millares [13] instruye a este hombre, y le hace conocer sus obligaciones [14],
24 Dios se apiadará de él y dirá: Líbralo, para que no descienda a la corrupción del sepulcro; he hallado motivo para perdonarle [15]. 25 Su carne ha sido consumida con las penas; que vuelva como estaba en los días de su mocedad [16].

26 Implorará el hombre la misericordia de Dios [17]; el cual se aplacará, y le mirará con su rostro alegre, y le restituirá su justicia. 27 Él, vuelto a los demás hombres, dirá: Pequé, y verdaderamente fui prevaricador [18], y no fui castigado según merecía. 28 Con eso salvó su alma de caer en la muerte, y vivirá, y gozará de la luz. 29 Así es que Dios obra todas estas cosas tres y más veces con cada uno, 30 para retirar sus almas de la corrupción del pecado, y alumbrarlas con la luz de los vivientes [19].

«Calla, y te enseñaré»

31 Atiende, oh Job, y escúchame, y calla mientras yo hablo;
32 que si tienes algo que replicar, propónmelo, dilo libremente; pues yo deseo que aparezcas justo. 33 Mas si nada tienes que responder, escúchame, guarda silencio, y aprenderás de mí la sabiduría.

¿Sabías que?

El Talmud de Babilonia (tratado *Shabbat* 32a) usa Job 33,23-24 para hablar del juicio de Dios. Cuando un hombre cae enfermo, dice, es como si lo llevaran a juicio, y solo lo salvan sus defensores, que son la conversión y las buenas obras; la palabra que emplea, *peraklitín*, viene del griego *paráklētos*. «Aunque haya novecientos noventa y nueve que lo acusen y uno solo que lo defienda, se salva», porque está escrito: «un ángel intercesor, uno entre mil». Es la palabra griega con que Juan llama a Cristo nuestro «abogado» ante el Padre y al Espíritu Santo, «Paráclito» (1 Jn 2,1; Jn 14,16).

Los ángeles en el libro de Job

Texto	Cómo se los llama	Qué hacen
1,6; 2,1	«Los hijos de Dios, esto es, los ángeles» (1,6; glosa de Torres Amat)	Se presentan ante el Señor; entre ellos, el satán
4,18; 15,15	«Sus ángeles», «sus mismos santos»	Ni ellos son puros ante Dios (Elifaz)
5,1	«Alguno de los santos»	Elifaz: nadie responderá por Job
9,13	«Los ángeles que mueven los cielos» (Torres Amat; Vulgata: «los que sostienen el orbe»)	Se postran ante Dios; el hebreo: «los aliados de Rahab»
25,3	«Su celestial milicia»	Son innumerables
33,22	Hebreo: «los que dan muerte»	Esperan al que agoniza
33,23	«Algún ángel escogido entre millares»; מַלְאָךְ מֵלִיץ, «ángel intérprete»	Intercede y halla un rescate (Catecismo, n. 336)
33,23; 36,14 (griego)	«Ángeles portadores de muerte»; «ángeles»	Ninguno herirá al que se convierte (33,23); hieren al impío (36,14)
38,7	«Los ángeles o hijos de Dios» (glosa de Torres Amat)	Aclaman la creación (Catecismo, n. 332)
41,25	«Los ángeles mismos» (Vulgata; hebreo: «los poderosos»)	Tiemblan ante Leviatán

El Catecismo resume la fe de la Iglesia sobre los ángeles en los nn. 328-336: la vida humana está «rodeada de su custodia y de su intercesión» (n. 336, que cita Job 33,23-24). Sobre Rafael, ver el ensayo y el cuadro de Tob 5; sobre el satán, los de 1 Cr 21.

Cómo habla Dios al hombre, según Eliú

Camino	Cita	Para qué
Los sueños y las visiones de la noche	33,14-16	Para apartarlo del mal y librarlo de la soberbia (33,17)
El dolor en el lecho	33,19-22	Para que no baje a la fosa, la «corrupción» (33,18.22)
El ángel intérprete, «uno entre mil»	33,23-24	Para mostrarle lo recto e interceder: «he hallado un rescate»
La oración y la confesión	33,26-28	«Pequé... y no fui castigado según merecía»
«Tres y más veces»	33,29-30	Para alumbrarlo con la luz de los vivientes
Los cánticos en la noche	35,10	El Creador que da alegría en la tribulación
Las cadenas de los poderosos	36,8-12	Para que se conviertan de su iniquidad
La tribulación del pobre	36,15	«En la tribulación le hablará al oído»
La lluvia, el rayo y la nieve	36,27 – 37,13	Para castigo o para misericordia (37,13)

Para Eliú, el sufrimiento no es solo castigo: es un lenguaje con el que Dios «abre el oído» del hombre (33,16; 36,10.15), lo que Juan Pablo II llama «el valor educativo de la pena» (*Salvifici doloris*, n. 12). Lo que Eliú no ve es lo que el lector sabe desde el prólogo: Job sufría «sin merecerlo» (2,3), y Dios dirá que habló rectamente (42,7).

PARA PROFUNDIZAR

Eliú: el dolor que corrige y el ángel intercesor

Cuando todo parece dicho, aparece un personaje nuevo. Job ha terminado de hablar (31,40), los amigos callan, y un joven que ha escuchado el debate entero, Eliú, toma la palabra durante seis capítulos. Nadie lo había nombrado: el prólogo habla de tres amigos (2,11), y en el epílogo Dios reprende a Elifaz, Baldad y Sofar, pero no a Eliú (42,7-9). Su lenguaje es distinto, cita a Job como quien tiene delante sus discursos, y el Señor, cuando habla, parece responder directamente a Job, que había terminado pidiendo que el Todopoderoso le contestara (31,35). Por eso muchos estudiosos piensan que estos capítulos se añadieron más tarde. La Enciclopedia Católica de 1910, con «la gran mayoría de los investigadores católicos» de entonces, los defendía como parte original, preparada con cuidado por el poeta. La cuestión sigue abierta y no afecta a la fe: el concilio de Trento recibió los libros sagrados «íntegros, con todas sus partes», y el libro de Job que la Iglesia lee incluye a Eliú.

Los lectores lo han juzgado de modos opuestos. San Gregorio Magno lo tiene por figura del arrogante, que dice cosas rectas, pero no rectamente, y representa a quienes enseñan la verdad buscando su propia gloria (*Morales sobre Job* XXIII). Torres Amat no fue más benévolo: los sumarios de su edición hablan de «las calumnias de Eliú contra Job» y de «consejos fuera de propósito». En cambio, el autor del artículo de la Enciclopedia Católica veía en él a un joven lleno del espíritu de profecía, que resuelve el problema del sufrimiento. Las dos lecturas tienen algo de razón.

Lo que Eliú añade es una idea: Dios no calla; habla «de una manera, y de dos», aunque el hombre no lo advierta (33,14). Habla en los sueños de la noche, para apartarlo del mal y de la soberbia (33,15-18); en el dolor de la enfermedad, que lo pone a las puertas de la fosa (33,19-22); y puede enviar un ángel intercesor, «uno entre mil», que obtenga su perdón: «rescátalo, he hallado un rescate» (33,23-24). El sufrimiento no es solo castigo, sino un lenguaje con el que Dios «abre el oído» del hombre (33,16; 36,10.15): «en la tribulación le hablará al oído» (36,15). Elifaz lo había insinuado (5,17), y la Biblia lo enseña (Prov 3,11-12; 2 Mac 6,12; Heb 12,5-11). Juan Pablo II reconoce aquí «el valor educativo de la pena», que puede servir para la conversión, «para la reconstrucción del bien» en el que sufre (*Salvifici doloris*, n. 12).

El ángel de 33,23 merece atención propia. Frente al satán del prólogo, el acusador de la corte celestial, Eliú imagina un abogado del hombre ante Dios, lo que Job reclamaba en su angustia: un árbitro (9,33) y un testigo en el cielo (16,19). El Catecismo cita este pasaje para enseñar que la vida humana está rodeada de la custodia y de la intercesión de los ángeles (n. 336). San Gregorio vio en él a Cristo, hombre como nosotros y justo, que intercede ante el Padre y halla el rescate (*Morales* XXIV): el que vino «a dar su vida como rescate por muchos» (Mc 10,45).

Pero Eliú se equivoca donde se equivocaron los amigos: aplica una doctrina general a un caso que no conoce. Da por supuesto que Job es culpable porque habla con audacia, le atribuye palabras que no dijo («No dijo eso Job», anota Torres Amat a 35,2), lo cuenta entre los impíos (34,7-8) y llega a pedir que sea «atribulado hasta el fin» (34,36). El lector sabe lo que Eliú ignora: Dios

mismo dijo que Job era íntegro y que lo afligía «sin merecerlo» (1,8; 2,3). Juan Pablo II pide juzgar «con gran cautela» el sufrimiento del hombre como consecuencia de pecados concretos, y añade: «esto indica precisamente el ejemplo del justo Job» (*Salvifici doloris*, n. 15).

Y, sin embargo, Eliú prepara lo que viene. Su último discurso es un himno a la grandeza de Dios, que «sobrepuja a nuestra ciencia» (36,26), en la lluvia, el rayo, la nieve y el viento; sus preguntas a Job («¿Sabes tú...?», 37,15-18) anuncian las del Señor, y su tormenta termina en el resplandor que viene del norte (37,22). De esa tormenta hablará Dios (38,1). Eliú es un puente: acierta en lo que dice de Dios y yerra en lo que dice de Job. Su figura advierte a todo el que quiere consolar: se puede hablar bien de Dios y hacer daño al que sufre.

PAUSA

1. Eliú dice que Dios habla «de una manera, y de dos», y no se le presta atención. ¿Por qué caminos te ha hablado Dios que en su momento no reconociste?
2. El ángel de Eliú habla a favor del hombre, no contra él. ¿Por quién podrías interceder hoy, en lugar de acusarlo?
3. El dolor puede ser una palabra de Dios, pero el libro advierte que no siempre es castigo. ¿Cómo acompañas a un enfermo sin pretender explicarle su dolor?

Para orar. *Señor Jesús, abogado nuestro ante el Padre, rescátame de la fosa y hazme caminar a la luz de los vivientes.*

34

En defensa de la justicia de Dios

Segundo discurso de Eliú. Ya no se dirige solo a Job, sino a «los sabios» que escuchan, como en un tribunal. Cita las palabras de Job (vv. 5-9) y defiende una tesis: Dios no puede obrar el mal (vv. 10-15). Lo muestra en su gobierno del mundo: el Creador, que podría retirar su aliento y dejar morir a toda carne, juzga sin acepción de personas a reyes y poderosos, y escucha el grito del pobre (vv. 16-30). Termina con la parte más dura de sus discursos: pide que Job sea probado «hasta el fin» (vv. 31-37).

Eliú a los sabios: «Lejos de Dios toda impiedad»

1 Continuando Eliú su discurso, añadió lo siguiente: 2 Oíd,
oh sabios, mis palabras; y vosotros, prudentes, prestadme
atención; 3 puesto que el oído atento juzga de los
razonamientos [1], como el paladar discierne por el gusto
los manjares. 4 Examinemos bien entre nosotros el punto,
y veamos de común acuerdo lo que sea más verdadero y
acertado.

5 Es así que Job ha dicho: Yo soy justo, y Dios ha abandona-
do mi causa [2], 6 pues hay error en el juicio que de mí se ha
hecho; violenta es la saeta que tengo atravesada, sin que
haya en mí pecado alguno. Así ha hablado. 7 ¿Qué hombre

hay, pues, semejante a Job que insulta, como quien bebe
un vaso de agua [3]; [8] que se asocia con los que obran la
iniquidad, y sigue las sendas de los impíos? [9] Pues ha di-
cho: No será el hombre grato a Dios, por más que corra por
los caminos del Señor [4].

[10] Por tanto vosotros que sois varones cuerdos estadme
atentos: Lejos de Dios toda impiedad [5], y del Todopodero-
so toda injusticia. [11] Porque él ha de dar a las obras del
hombre su pago merecido [6]; y los ha de remunerar según
la conducta de cada uno; [12] siendo como es verdad que Dios
no condena sin razón, ni el Omnipotente trastorna jamás
la justicia.

[13] ¿Ha cedido él a algún otro sus veces sobre la tierra? ¿O a
quién ha encargado gobernar el mundo que fabricó? [14] Si
con su corazón airado se pusiese él a mirarle, se atraería
otra vez a sí el espíritu y el aliento que le dio [7]. [15] Toda car-
ne perecería de un golpe, y el hombre se tornaría en polvo.

El Dios que juzga a los reyes

[16] Ahora bien, si tú tienes entendimiento, atiende a lo que
se dice, y escucha mis palabras. [17] ¿Por ventura puede ser
capaz de curación el que no ama la justicia? [8] ¿Pues cómo
tú condenas tanto a aquel Señor que es el justo por esen-
cia? [18] A aquel que condena y castiga como prevaricadores
a los mismos reyes, y como impíos a los grandes; [19] que no

repara en que sean príncipes ni hace caso de que sean tiranos o poderosos, cuando pleitean contra el pobre; porque todos igualmente son hechura de sus manos [9]. 20 Morirán de repente, y los pueblos a medianoche [10] se alborotarán y andarán de una parte a otra, y acabarán sin el menor esfuerzo con los tiranos.

21 Porque los ojos de Dios observan los caminos de los hombres, y tiene él contados todos sus pasos. 22 No hay tinieblas, no hay sombras de muerte [11], que basten para ocultar a los que obran la iniquidad. 23 Pues no está en poder del hombre dejar de comparecer a juicio ante Dios. 24 El cual quitará de en medio a una multitud innumerable, y sustituirá otros en su lugar; 25 porque conoce bien sus fechorías; y por tanto prepara la noche en que serán aniquilados.

26 Los castigó como a impíos, a la vista de todo el mundo. 27 Porque, como de propósito, se alejaron de él; y no quisieron saber nada de todas sus disposiciones; 28 de suerte que hicieron subir hasta él los clamores de los miserables y el grito de los pobres [12]. 29 Porque al que él concede la paz, o le perdona, ¿quién lo condenará? Y ¿quién amparará al que él abandona, ya sea nación, o bien un particular? 30 Él es el que permite que entre a reinar un hipócrita o tirano [13], por causa de los pecados del pueblo.

«Sea Job atribulado hasta el fin»

31 Ahora, pues, ya que he hablado de Dios y en su defensa,
no estorbaré que hables tú también lo que quieras. 32 Si he
errado, enséñame el error; si me pruebas que he hablado
la iniquidad, no diré nada más. 33 ¿Acaso te ha de pedir
Dios a ti cuenta de mi discurso, que tanto te desagrada e
inquieta? El hecho es que tú comenzaste a discurrir, y no
yo; mas si sabes tú alguna cosa mejor, habla.

34 Pero yo quisiera escuchar a hombres de entendimiento,
y hablar con gente sabia. 35 Porque Job ha hablado neciamente, y sus palabras no suenan buena doctrina. 36 Por lo
mismo, oh Padre mío, sea Job atribulado hasta el fin [14]; no
dejes en paz a ese mal hombre. 37 Porque él añade a sus demás pecados la blasfemia [15]; nosotros entretanto le estrecharemos, y entonces apele en sus discursos al juicio de
Dios.

¿Sabías que?

La palabra «teodicea», «justificación de Dios» (del griego *theós*, «Dios», y *díkē*, «justicia»), la acuñó el filósofo alemán Leibniz, que la puso en el título de sus *Ensayos de teodicea* (1710), donde sostenía que Dios creó el mejor de los mundos posibles. Eliú, que se propone hablar «en defensa de Dios» (36,2), hace en estos capítulos una teodicea antes de que existiera la palabra. En 1791, Kant escribió sobre el fracaso de las teodiceas filosóficas y tomó partido por Job: vio en el veredicto final del libro (42,7) el triunfo de la sinceridad del que sufre sobre la defensa aduladora de sus amigos.

PAUSA

1. Eliú tiene razón al decir que Dios no obra el mal, pero se equivoca al juzgar a Job. ¿Usas a veces verdades de fe como piedras contra otros?
2. Dios escucha «el grito de los pobres». ¿Qué grito cerca de ti está esperando ser escuchado?

Para orar. *Señor justo y fiel, líbrame de defenderte con dureza, y enséñame a escuchar el grito de los pobres como tú lo escuchas.*

35

¿Qué *gana* Dios con tu justicia?

El tercer discurso de Eliú es el más breve. Responde a dos frases que atribuye a Job: «soy más justo que Dios» y «¿de qué me sirve no pecar?». Primero invita a mirar el cielo: Dios está tan alto que el pecado y la justicia del hombre no lo dañan ni lo enriquecen; afectan a los demás hombres (vv. 1-8). Después explica por qué Dios parece no escuchar: muchos gritan bajo la opresión, pero nadie busca al Creador que da cantos en la noche (vv. 9-16). Su conclusión es severa: Job amontona «palabras propias de un ignorante».

Eliú: «¿Qué le das a Dios?»

1 Prosiguiendo Eliú su razonamiento, dijo: 2 ¿Te parece a ti
puesto en razón el pensamiento aquel que proferiste, di-
ciendo: Más justo soy yo que Dios [1]? 3 Porque tú dijiste a
Dios: No te agrada aquello que es recto o bueno [2]; ¿o qué
se te da de que yo peque? 4 Por tanto voy a responder a tus
razones, y a tus amigos contigo.

5 Levanta esos ojos al cielo [3], y mira y contempla la región
etérea, cuánto más elevada está que tú. 6 Si pecares, ¿qué
daño le harás? Y si multiplicares tus delitos, ¿qué habrás
hecho contra él? 7 Si obrares bien, ¿qué es lo que le das [4], o

qué recibe él de tu mano? [8] A un hombre semejante a ti es a
quien dañará tu impiedad, y al hijo del hombre le será
provechosa tu justicia [5].

El grito que no busca a Dios

[9] Clamaron los oprimidos [6] por causa de la muchedumbre
de los calumniadores, y se lamentaron por la violenta do-
minación de los tiranos. [10] Mas ninguno de ellos dijo:
¿Dónde está el Dios que me creó, el cual inspira cánticos
de alegría en medio de la noche de la tribulación [7]; [11] que
nos ilustra más que a los animales de la tierra [8], y nos da
mayor inteligencia que a las aves del cielo?

[12] Allí será el gritar por causa de la soberbia o prepotencia
de los malos; mas él no los escuchará. [13] Con todo, no en
vano lo oirá Dios [9], y el Omnipotente considerará las cau-
sas de cada uno. [14] Aun cuando hayas dicho: No atiende
Dios, examínate a ti mismo en presencia suya, y espera en
su misericordia [10]. [15] Porque no es ahora en esta vida
cuando descarga su furor [11], ni castiga con rigor los deli-
tos. [16] Luego en vano ha abierto Job su boca, y ha amonto-
nado palabras propias de un ignorante [12].

¿Sabías que?

La Regla de san Benito (siglo VI) ordena la oración de los monjes con dos versos del Sal 119: «siete veces al día te alabo» (v. 164), para las horas del día, y «a medianoche me levantaba a darte gracias» (v. 62), para el oficio nocturno de las vigilias (*Regla*, cap. 16). Así se conservó en la Iglesia la costumbre de cantar a Dios de noche, la que Eliú atribuye al Creador (35,10). Hoy, en la Liturgia de las Horas, el Oficio de lectura, heredero de aquellas vigilias, puede rezarse a cualquier hora, también de noche.

PAUSA

1. Eliú dice que nadie busca al Dios «que inspira cánticos en la noche». ¿Has podido alabar a Dios en una noche de tribulación?
2. Tu pecado y tu justicia no cambian a Dios, pero sí a los que te rodean. ¿A quién afectan hoy tus decisiones?

Para orar. *Dios mío, que me creaste, dame un canto en medio de la noche y enséñame a esperar en tu misericordia.*

36

El Dios *que enseña por el dolor*

El último discurso de Eliú, que sigue hasta el final del capítulo 37, pretende hablar «en defensa de Dios». Contiene su enseñanza más original: Dios «abre el oído» del hombre por medio de la aflicción, para apartarlo del mal; si escucha, vive; si no, perece (vv. 1-15). Aplicada a Job, esa doctrina se vuelve advertencia y reproche (vv. 16-21). Luego Eliú cambia de tono y canta la grandeza de Dios, maestro sin igual (vv. 22-26), en la lluvia, las nubes y el rayo (vv. 27-33). El himno prepara la voz que hablará desde la tormenta.

Eliú: «En defensa de Dios»

1 Continuó Eliú hablando, y dijo: 2 Aguántame todavía un
poco, y me explicaré contigo; porque tengo aún que hablar
en defensa de Dios [1]. 3 Sacaré mi conclusión de sus princi-
pios, probando que mi Creador es justo, 4 supuesto que
mis palabras son ajenas de toda falsedad, y que te haré ver
que mi doctrina es sólida [2].

5 Dios no desecha a los poderosos, siendo también él mis-
mo, como es, poderoso; 6 mas no salva a los impíos, y hace
siempre justicia a los pobres. 7 No apartará nunca su vista
del justo; él es quien coloca sobre firme trono a los reyes, y

por él son ensalzados. 8 Que si se vieren encadenados y
aprisionados con cordeles de pobreza [3], 9 les reconvendrá
con sus obras y maldades, pues ejecutaron violencias.
10 Así mismo les abrirá los oídos, para corregirlos con
fruto [4], y los amonestará para que se arrepientan de su
iniquidad.

11 Si obedecieren y fueren dóciles [5], acabarán sus días felizmente, y sus años con gloria; 12 mas si no escuchasen, serán pasados a cuchillo, y perecerán en su necedad.

13 Los hipócritas y de corazón doble provocan la ira de
Dios, y no reclamarán a él sinceramente cuando se vean
aprisionados. 14 Morirán de muerte violenta, y acabarán
su vida entre hombres afeminados y sodomíticos [6]. 15 Al
contrario al pobre le libertará Dios de su angustia, y en la
tribulación le hablará al oído [7].

Advertencia a Job

16 Así que, oh Job, te salvará del abismo estrecho e insondable de miserias; y volverás a sentarte en tu opípara
mesa [8]. 17 Tu causa está juzgada ya como causa de un impío; has de recibir la ejecución de la sentencia. 18 No te dejes vencer más de la cólera, para oprimir a nadie, ni en
adelante te doblen los muchos dones [9]. 19 Depón tu orgullo
sin que sea necesaria la tribulación, y reprime a todos los
que se hacen fuertes por la prepotencia. 20 No alargues la

noche; a fin de que los pueblos puedan acudir a ti para sus
negocios. 21 Guárdate de declinar hacia la iniquidad; pues
has comenzado a seguir esa mala vida después de la mise-
ria en que te ves [10].

Dios, maestro sin igual

22 Mira que Dios es soberano en su fortaleza, y ninguno de
los legisladores es semejante a él [11]. 23 ¿Quién podrá ras-
trear sus caminos? O ¿quién puede decirle: Has hecho una
injusticia? 24 Reflexiona que tú no llegas a comprender la
obra suya que fue celebrada en sus cánticos por los varo-
nes más insignes. 25 Todos los hombres lo ven en sus
criaturas [12], cada cual le contempla como desde lejos.
26 ¡Oh, y cuán grande es Dios, y cuánto sobrepuja a nuestra
ciencia! [13] Incontable es el número de sus años.

La lluvia y el rayo

27 Él atrae las gotitas de agua [14], derramando después las
lluvias, a manera de torrentes, 28 que se desgajan de las nu-
bes, de que está cubierta toda la región de arriba.

29 Cuando él quiere extiende las nubes a manera de pabe-
llón, 30 y relampaguea con sus rayos desde lo alto, oscure-
ciendo todo de mar a mar. 31 Como que por estos medios
castiga y ejerce sus juicios sobre los pueblos, y provee de
alimento [15] al gran número de los mortales. 32 Él esconde
la luz como en sus manos, y después manda que salga de

nuevo. [33] A quien él ama, le declara cómo esta luz es posesión suya [16], y que puede subir a ella y poseerla.

¿Sabías que?

Cuando el Catecismo cita Job 36,26 («Dios es tan grande que supera nuestra ciencia»), añade enseguida una frase de santa Juana de Arco: Dios debe ser «el primer servido» (n. 223). Procede de las actas del proceso que la condenó a la hoguera en Ruan, en 1431; la Iglesia anuló aquella sentencia en 1456 y la canonizó en 1920. Para el Catecismo, reconocer la grandeza de Dios no es solo una idea: pide poner a Dios en el primer lugar de la vida.

PAUSA

1. Eliú dice que Dios «abre el oído» en la aflicción. ¿Qué has aprendido de Dios en un tiempo de dolor que no habrías aprendido de otro modo?
2. Eliú defendió a Dios acusando a Job. ¿Cómo hablar de Dios a quien sufre sin convertirte en su fiscal?

Para orar. *Dios grande, que superas nuestra ciencia, ábreme el oído en la tribulación y enséñame tú, que eres el único Maestro.*

37

La voz de Dios en la tormenta

Eliú termina su discurso con un himno a Dios en la naturaleza. Primero, el trueno y el relámpago, la «voz» de Dios que hace temblar el corazón (vv. 1-5); después, el invierno: la nieve, el aguacero, el hielo y las nubes, que van adonde Dios las manda, para castigo o para misericordia (vv. 6-13). Al final se vuelve a Job con preguntas que anuncian las del Señor, «¿Sabes tú...?» (vv. 14-20), y contempla el resplandor que viene del norte (vv. 21-24). Cuando Eliú calla, el Señor habla «desde un torbellino» (38,1).

La voz del trueno

1 Por esto se estremeció mi corazón, y como que saltó de su
lugar [1]. 2 Escuchad atentamente su voz terrible cuando
truena [2], y el sonido espantoso que sale de su boca. 3 Él
está observando todo cuanto hay debajo del cielo, y su luz
penetra y resplandece por todos los términos de la tierra.
4 Detrás del relámpago seguirá un estruendo como de un
rugido espantoso, y tronará con la voz de su majestad, y
oída que sea no podrá comprenderse lo que es.
5 Retumbará maravillosamente el sonido de la voz de Dios;
de Dios que hace cosas grandes e inescrutables [3].

La nieve, el hielo y las nubes

6 Él manda a la nieve que descienda sobre la tierra [4], y
hace caer las lluvias abundantes del invierno, y los aguace-
ros del verano; 7 él pone como un sello en las manos de to-
dos los hombres [5], a fin de que reconozcan todos que sus
obras penden de lo alto. 8 La fiera se mete en su cueva, y es-
tará queda en su guarida.

9 Levántase la tempestad de los recónditos lugares [6], y el
frío viene del septentrión. 10 Al soplo de Dios se forma el
hielo, y se derraman nuevamente las aguas por todas par-
tes. 11 Apetecen los trigos el agua de las nubes [7]; y las nubes
al darla esparcen sus brillos o relámpagos.

12 Van las nubes girando por todas partes, doquiera que las
guía la voluntad del que las gobierna, prontas a ejecutar
sus órdenes en toda la redondez de la tierra; 13 ya en una
tribu extranjera, ya en tierra suya [8], ya sea en cualquier
lugar que su misericordia disponga que se hallen.

«Escucha, oh Job»

14 Escucha, oh Job, estas cosas; párate a reflexionar las ma-
ravillas de Dios [9]. 15 ¿Sabes tú por ventura cuándo ha
mandado Dios a las lluvias que hiciesen aparecer la luz en
sus nubes [10]? 16 ¿Has tú averiguado los varios caminos de
esas nubes, y aquella grande y perfecta ciencia del que las
gobierna [11]? 17 ¿No es así que se ponen calientes tus vesti-

dos cuando sopla el mediodía [12] sobre la tierra? [18] ¿Acaso tú fabricaste junto con él los cielos, que son tan sólidos y estables como si fueran vaciados de bronce [13]?

[19] Si es así, enséñanos qué es lo que le hemos de responder a quien nos pregunte, ya que nosotros estamos envueltos en tinieblas. [20] ¿Quién podrá darle razón de lo que yo digo? Por más que el hombre razone, quedará como abismado.

[21] Ahora no ven los hombres la luz porque el aire se condensa repentinamente en nubes; mas un viento que atraviese, las ahuyentará y disipará. [22] Del septentrión viene el oro [14]. Démosle, pues, a Dios respetuosa alabanza. [23] Nosotros no somos dignos de alcanzarle [15]. Él es grande en su poder y en sus juicios, y en su justicia, y verdaderamente inefable. [24] Por tanto los hombres le temerán y respetarán, y ninguno de los que se precian de sabios se atreverá a contemplarle con curiosidad [16].

¿Sabías que?

En 1611, el astrónomo Johannes Kepler regaló a su amigo y protector, por Año Nuevo, un breve tratado latino titulado *El copo de nieve de seis ángulos*. Se preguntaba por qué los copos de nieve tienen siempre seis puntas, y no logró responder del todo. La respuesta llegó en el siglo XX, cuando los rayos X permitieron ver por dentro los cristales: las moléculas del hielo se ordenan en una red hexagonal. «¿Por ventura has entrado en los depósitos de la nieve?», preguntará Dios a Job (38,22).

La tormenta: Dios en la lluvia, el rayo y la nieve

Imagen	Job	Salmos y otros
Las gotas y la lluvia	36,27-28	Sal 147,8; Am 9,6
Las nubes como pabellón	36,29	Sal 18,12; 104,2-3
El relámpago	36,30.32; 37,3	Sal 97,4; Ez 1,13
El trueno, voz de Dios	37,2-5	Sal 29,3-9; Jn 12,28-29
La nieve y el aguacero	37,6	Sal 147,16; Is 55,10
La mano sellada; las fieras en su cueva	37,7-8	El trabajo se detiene en invierno (nota de Torres Amat)
El frío del norte y el hielo	37,9-10	Sal 147,17-18; Sir 43,20
Las nubes que obedecen	37,11-13	Castigo o misericordia: Am 4,7; Mt 5,45
La luz en la nube	37,15	El arco iris, según Torres Amat: Gn 9,13-16; Sir 43,11-12
El viento del sur	37,17	Lc 12,55
El cielo «vaciado de bronce»	37,18	Gn 1,6-8; Dt 28,23
El resplandor dorado del norte	37,22	Ez 1,4

Eliú describe una tormenta que parece acercarse mientras habla (37,1-5). El Eclesiástico canta a Dios con imágenes semejantes (Sir 43,13-22), y el Sal 29 hace del trueno «la voz del Señor». Cuando Eliú calla, el Señor habla a Job «desde un torbellino» (38,1): la tormenta descrita se convierte en el lugar de la palabra de Dios.

PAUSA

1. Eliú pide a Job: «párate a reflexionar las maravillas de Dios». ¿Cuándo te detuviste por última vez a contemplar la creación?
2. La misma lluvia puede ser castigo o misericordia. ¿Qué acontecimiento de tu vida, que al principio te pareció un castigo, resultó ser una gracia?

Para orar. *Señor del trueno y de la nieve, que tu grandeza no me aleje de ti, sino que me prepare para escuchar tu voz.*

38

El Señor responde desde el torbellino

Después de treinta y cinco capítulos de palabras humanas, habla Dios. No responde a los amigos ni a Eliú, sino a Job; no le explica la escena del cielo ni lo acusa de los pecados que le atribuían: le hace preguntas. El primer discurso recorre la creación: los cimientos de la tierra, el mar envuelto en pañales, la aurora, el abismo, la luz, la nieve, la lluvia, las estrellas y el rayo (38,4-38); después vienen los animales salvajes, empezando por la leona y el cuervo (38,39 – 39,30). Cada pregunta dice lo mismo: el mundo es más grande que Job, y no está abandonado.

El Señor responde a Job desde el torbellino

1 Entonces el Señor desde un torbellino [1] habló a Job, diciendo: 2 ¿Quién es ése que envuelve u oscurece preciosas
sentencias [2] con palabras de ignorante? 3 Ciñe, pues, ahora tus lomos [3], prepárate como varón que entra a pelear;
yo te interrogaré, y tú respóndeme.

Los cimientos de la tierra, el mar y la aurora

4 Dime, ¿dónde estabas cuando yo echaba los cimientos de
la tierra? [4] Dímelo, ya que tanto sabes. 5 ¿Sabes tú quién
tiró sus medidas? ¿O quién extendió sobre ella la primera
cuerda? 6 ¿Qué apoyo, di, tienen sus basas? ¿O quién asen-

tó su piedra angular [5] 7 cuando me alababan los nacientes
astros, y prorrumpían en voces de júbilo todos los ángeles
o hijos de Dios [6]?

8 ¿Quién puso diques al mar, cuando se derramaba por
fuera como quien sale del seno de su madre [7]; 9 cuando lo
cubría yo de nubes como de un vestido y le envolvía entre
tinieblas como a un niño entre los pañales [8]? 10 Lo encerré
dentro de los límites fijados por mí, y le puse cerrojos y
compuertas, 11 y dije: Hasta aquí llegarás, y no pasarás más
adelante [9]; y aquí quebrantarás tus hinchadas olas.

12 ¿Acaso después que estás en el mundo diste leyes a la luz
de la mañana, y señalaste a la aurora el punto por donde
debe salir [10]? 13 ¿Has cogido con tus manos toda la tierra,
y sacudídola, a fin de limpiar y expeler de ella a los
impíos [11]? 14 Volverá a ser lodo o polvo el sello [12], y durará
como un vestido que está consumiéndose. 15 Se le quitará a
los impíos su esplendor, y será aniquilado su poder excel-
so.

El abismo, la luz y los depósitos del cielo

16 ¿Has entrado tú en las honduras del mar, y te has pasea-
do por lo más profundo del abismo? 17 ¿Se te han abierto
acaso las puertas de la muerte [13], y has visto aquellas en-
tradas tenebrosas? 18 ¿Has averiguado la anchura de la tie-
rra? Dime, si todo lo sabes, 19 ¿en qué parte reside la luz; y

cuál es el lugar o depósito de las tinieblas, 20 a fin de que
puedas tú conducir a ambas cosas a sus propios lugares,
como quien está enterado del camino que lleva a sus habi-
taciones? 21 ¿Sabías tú entonces que hubieses de nacer [14], y
estabas instruido del número de tus días?

22 ¿Por ventura has entrado en los depósitos de la nieve [15],
y has visto los otros donde está amontonado el granizo,
23 los cuales tengo yo prevenidos para usar de ellos contra
el enemigo en el día del combate y del conflicto?
24 Explícame: ¿Por qué camino se propaga la luz, y cómo se
reparte el calor sobre la tierra?

25 ¿Quién señaló la carrera a un aguacero impetuosísimo, y
el camino al sonoro trueno, 26 para llover sobre una tierra
desierta, donde no hay hombre ninguno, donde no habita
ningún mortal [16], 27 fecundándola, aunque inhabitable y
desolada, para que produzca la verde hierba?

28 ¿Quién es el padre de la lluvia? [17] ¿O quién engendró las
gotas del rocío? 29 ¿De qué seno salió el hielo? ¿Y quién
produce la helada o escarcha que cae del aire? 30 Las aguas
se endurecen como piedras, y la superficie del mar se con-
gela.

31 ¿Podrás tú por ventura atar o detener las brillantes es-
trellas de las Pléyades [18]? ¿O desconcertar el giro del
Orión? 32 ¿Eres tú acaso el que hace aparecer a su tiempo el

lucero de la mañana [19], o resplandecer el de la tarde sobre
los habitantes de la tierra? [33] ¿Entiendes tú el orden o mo-
vimientos de los cielos, y podrás dar la razón de su influjo
sobre la tierra?

[34] ¿Alzarás por ventura tu voz a las nubes, para mandarles
que se deshagan en lluvias abundantes? [35] ¿Despacharás
rayos, y éstos marcharán, y te dirán a la vuelta: Aquí esta-
mos a tu mandar [20]? [36] ¿Quién puso en el corazón del
hombre la sabiduría? ¿O quién dio al gallo el instinto? [21]
[37] ¿Quién podrá explicar la disposición de los cielos, o ha-
cer cesar sus armoniosos movimientos? [38] ¿Dónde estabas
cuando se formó en masa el polvo de la tierra, y se endure-
cieron sus terrones?

La leona y el cuervo

[39] ¿Andarás tú por ventura a coger caza para la leona [22], y
saciarás el hambre de sus cachorros, [40] cuando están echa-
dos en sus cuevas, y acechando desde sus cavernas?
[41] ¿Quién prepara al cuervo su alimento [23], cuando sus po-
llitos levantan sus graznidos hacia Dios, yendo de un lado
a otro del nido, por no tener nada que comer?

¿Sabías que?

El poeta y grabador inglés William Blake dedicó al libro de Job veintiún grabados y una portada, fechados en 1825 y publicados en 1826. El decimocuarto lleva por título este capítulo: «When the morning stars sang together, and all the sons of God shouted for joy», «cuando cantaban a coro las estrellas de la mañana y gritaban de júbilo todos los hijos de Dios» (38,7). En lo alto, una fila de ángeles levanta los brazos; en el centro, Dios extiende las manos sobre la creación; abajo, Job, su mujer y sus amigos miran hacia arriba. Otro grabado de la serie muestra a Behemoth y Leviatán.

Las preguntas de Dios

Ámbito	Pregunta	Cita
La tierra	«¿Dónde estabas cuando yo echaba los cimientos de la tierra?»	38,4-7
El mar	«¿Quién puso diques al mar…?» «Hasta aquí llegarás»	38,8-11
La aurora	«¿…diste leyes a la luz de la mañana?»	38,12-15
La muerte	«¿Se te han abierto acaso las puertas de la muerte?»	38,16-18
La luz	«¿En qué parte reside la luz?»	38,19-21
La nieve	«¿…has entrado en los depósitos de la nieve?»	38,22-24
La lluvia	Llover «donde no habita ningún mortal»; «¿Quién es el padre de la lluvia?»	38,25-30
Las estrellas	«¿Podrás tú… atar… las Pléyades?»	38,31-33
El rayo	«¿Despacharás rayos…?» «Aquí estamos a tu mandar»	38,34-38
Las fieras	La leona, el cuervo, las cabras, el asno montés, el uro, el avestruz, el caballo, el águila	38,39 – 39,30
El hombre	«Si tienes, pues, un brazo fuerte como el de Dios…»	40,9-14
Las bestias	Behemoth y Leviatán: «¿Podrás tú… pescar… a leviatán?»	40,15 – 41,34

Unas sesenta preguntas, y ninguna contesta a las de Job: «Dios no responde a ninguna de las preguntas de Job», sino que lo orienta hacia el misterio de su persona (Comisión Bíblica, 2014, n. 81). Jesús también enseñará a confiar mirando las aves y los lirios (Mt 6,26-29).

PARA PROFUNDIZAR

La voz desde el torbellino: la respuesta de Dios

Durante treinta y cinco capítulos han hablado los hombres. Job ha pedido una y otra vez que Dios compareciera y le contestara (13,22; 23,3-7; 31,35); los amigos y Eliú han hablado en nombre de Dios. Por fin el Señor habla «desde un torbellino» (38,1). Responde a Job, no a los amigos ni a Eliú, a los que ni siquiera nombra. Viene en persona: el narrador lo llama con su nombre propio, YHWH, y lo hace aparecer en la tormenta, como en el Sinaí. No explica a Job la escena del cielo: Job nunca sabrá que su prueba respondía a la pregunta «¿teme Job a Dios de balde?» (1,9). No lo acusa de los pecados que le atribuían los amigos, ni defiende su doctrina. Hace otra cosa: pregunta. En esta traducción hay unas sesenta preguntas en los dos discursos, y ninguna contesta a las de Job (ver el cuadro «Las preguntas de Dios»).

Las preguntas forman un recorrido por la creación. Primero la tierra, construida como un templo, con sus cimientos y su piedra angular, mientras cantaban las estrellas y gritaban de júbilo los hijos de Dios, los ángeles (38,4-7; Catecismo, n. 332). Después el mar, que brota como un recién nacido y al que Dios envuelve en pañales y pone un límite: «Hasta aquí llegarás» (38,8-11). La Iglesia lee este pasaje el 12.º domingo del tiempo ordinario, ciclo B, junto a la tempestad calmada, cuando los discípulos se preguntan: «¿Quién es éste, que hasta el viento y el mar le obedecen?» (Mc 4,41). Siguen la aurora, la muerte, la luz, la nieve, la lluvia, las estrellas y el rayo, y una frase decisiva: Dios hace llover «donde no habita ningún mortal» (38,26). Por último, los ani-

males: la leona y el cuervo, a los que Dios alimenta; las cabras monteses, el asno salvaje, el uro, el avestruz, el caballo y el águila, a los que hace libres (38,39 – 39,30). Ninguno sirve a Job.

¿Qué quiere decir todo esto? Primero, que el mundo tiene un orden: el mar tiene límites y el cielo tiene leyes (38,33). El caos no tiene la última palabra. Pero es un orden que no está domesticado ni gira en torno al hombre: hay desiertos regados para nadie, fieras que cazan, un ave que parece absurda. La providencia de Dios es mucho más ancha que la contabilidad de premios y castigos de los amigos. La Pontificia Comisión Bíblica lo resume así: en todas las preguntas del Señor subyace una afirmación, que «Dios está presente en su creación, que en su variedad infinita sigue siendo un misterio para el hombre» (*Inspiración y verdad*, 2014, n. 81). El Catecismo, citando la respuesta de Job (42,3), enseña que podemos entender lo que Dios nos dice por su creación, «no sin gran esfuerzo y en un espíritu de humildad y de respeto ante el Creador» (n. 299), y que los caminos de la providencia solo nos serán plenamente conocidos al final (n. 314).

Los Padres leyeron también estos capítulos en sentido espiritual: san Clemente de Roma recordó el límite del mar al hablar del orden pacífico del cosmos (1 Clem 20), y san Gregorio Magno vio en la aurora a la Iglesia, que camina hacia la plena luz (ver nota a 38,12).

Hay dos maneras de leer mal estos discursos. La primera es imaginar a un Dios prepotente que hace callar a un hombre herido exhibiendo su poder. No es eso: Dios acepta el pleito que Job le había planteado, le habla cara a cara, le pregunta como un maes-

tro que quiere que su discípulo vea, y al final declarará que Job habló de él con rectitud (42,7). La segunda es tomarlos por un tratado de ciencias naturales. Son poesía: hablan del avestruz con la zoología de su época (39,14-17) y del cielo con la imagen antigua del mundo. No enseñan cómo funciona el universo, sino quién lo sostiene (ver el ensayo «La creación y la ciencia», en el Génesis).

La respuesta de Dios no es, al final, una explicación, sino una presencia. Job no sabrá nunca por qué sufrió, pero podrá decir: «ahora parece que te veo con mis propios ojos» (42,5). Para el cristiano, esa presencia tiene un rostro: el que habló desde la tormenta es el mismo que dormía en la barca y la calmó con una palabra, y el que, sin explicar el sufrimiento, lo cargó sobre sí en la cruz.

PAUSA

1. Dios respondió a Job con preguntas, no con explicaciones. ¿Qué preguntas te está haciendo Dios a ti en este tiempo de tu vida?
2. Dios hace llover «donde no habita ningún mortal». ¿Qué parte de la creación te recuerda que el mundo no gira en torno a ti?
3. ¿Cuándo fue la última vez que te detuviste a mirar el cielo, el mar o un animal con asombro y gratitud?

Para orar. *Señor de la tormenta y de la aurora, enséñame a callar y a escucharte cuando no entiendo.*

39

Los animales salvajes

El recorrido por la creación sigue con los animales que el hombre no domina: las cabras monteses y las ciervas, que paren sin testigos (39,1-4); el asno salvaje, libre de amos (39,5-8); el uro o toro salvaje, que la Vulgata llama rinoceronte y que nadie puede uncir al arado (39,9-12); el avestruz, ave aparentemente absurda y velocísima (39,13-18); el caballo de guerra, que huele la batalla desde lejos (39,19-25), y el gavilán y el águila (39,26-30). Ninguno sirve a Job, y todos dependen de Dios. Es la fauna de un mundo libre, ordenado y desconcertante a la vez.

Los animales que nadie domestica

[1] ¿Por ventura, oh Job, tienes noticias del tiempo en que
las cabras monteses dan a luz entre las breñas [1], o has ob-
servado las ciervas al tiempo de su parto? [2] ¿Tienes conta-
dos los meses de su preñez, y sabes el tiempo de su parto?
[3] Se encorvan para dar a luz su cría, y paren dando grandes
bramidos [2]. [4] Se separan muy pronto de ellas sus hijos, y
van a pacer; salen, y no vuelven a verlas más.

[5] ¿Quién dejó en libertad al asno montés [3], y quién soltó
sus ataduras? [6] Yo le di casa en el desierto y albergue en
una tierra estéril. [7] Él desprecia el gentío de las ciudades;

no oye los gritos de un amo duro [4]. 8 Tiende su vista
alrededor [5] por los montes, donde pace, y anda buscando
todo lo verde.

9 Dime: ¿querrá servirte a ti el rinoceronte [6], o permane-
cerá en tu pesebre? 10 ¿Podrás tú uncirlo con la coyunda
para que are? ¿O romperá en pos de ti los terrones de tus
campos? 11 ¿Te fiarás por ventura de su gran fuerza, para
dejar a su cuidado la labranza de tus tierras [7]? 12 ¿Crees tú
que él te ha de volver lo que has sembrado, y que te llenará
de trigo la era?

El avestruz y el caballo

13 La pluma del avestruz [8] es semejante a la pluma de la ci-
güeña y del gavilán. 14 Cuando, pues, esta ave abandona
sus huevos en tierra [9], ¿por ventura serás tú quien los ca-
lentará o empollará debajo del polvo? 15 No precave ella
que ningún pie los pise, ni que los huellen las bestias del
campo. 16 Es insensible y dura para con sus hijos como si
fuesen ajenos, inutiliza su trabajo, sin verse forzada a ello
por temor alguno; 17 sino porque le negó el Señor para eso
el instinto [10], y no le dio el discernimiento. 18 Sin embar-
go, cuando llega la ocasión de verse perseguida, ayuda con
las alas sus pies, y deja burlados al caballo y al caballero [11].

19 Dime: ¿Sabrías tú dar al caballo la valentía que tiene, o
llenar de relinchos su erguido cuello [12]? 20 ¿Lo harás tú

brincar y volar como langosta? Causa terror el fogoso bufido de sus narices. 21 Escarba la tierra con su pezuña; se encabrita con brío; corre con ardor al encuentro de los enemigos armados; 22 no conoce el miedo, ni se rinde a la espada; 23 oye sobre sí el ruido de la aljaba, el vibrar de la lanza, y el manejo del escudo, 24 y lejos de asustarse, espumando y tascando el freno, parece que quiere sorberse la tierra [13], ni aguarda el sonido de la trompeta. 25 Oyendo el clarín, como que dice con sus relinchos: Ea, vamos allá [14]. Huele de lejos la batalla, y percibe la exhortación de los capitanes, y la gritería del ejército.

El gavilán y el águila

26 ¿Es acaso efecto de tu sabiduría el modo con que renueva cada año sus plumas el gavilán, extendiendo sus alas hacia el mediodía [15]? 27 ¿Es por tu orden que se remonta el águila y coloca su nido en lugares elevados? 28 Ella mora entre breñas, y tiene su habitación en peñascos escarpados y riscos inaccesibles. 29 Desde allí está acechando la presa, pues sus ojos atisban desde muy lejos. 30 Sus aguiluchos chupan la sangre, y doquiera que hay carne muerta, al punto está encima [16].

¿Sabías que?

El uro, el reem de la Biblia, era el antepasado salvaje de nuestras vacas. Julio César, al hablar de los bosques de Germania, lo describe como un animal «poco menor que el elefante», de fuerza y velocidad enormes, que no se deja amansar ni siquiera cuando se le captura de cría (*La guerra de las Galias* VI,28): justo lo que Dios pregunta a Job (39,9-12). Los germanos guardaban sus cuernos, guarnecidos de plata, como copas para los banquetes. El último uro conocido murió en 1627 en un bosque de Polonia.

Los animales del libro de Job: hebreo, Vulgata y Torres Amat

Hebreo	Vulgata	Torres Amat (animal probable)
layish (4,11)	tigris	«el tigre» (un león)
tannín (7,12)	cetus	«ballena o monstruo» (el dragón del mar)
sekhví (38,36)	gallus	el gallo (¿o «la mente»?)
orev (38,41)	corvus	el cuervo
yaalé sela (39,1)	ibices	las cabras monteses (la cabra de Nubia)
pere, arod (39,5)	onager	el asno montés (el onagro)
רֵים **reem (39,9)**	rhinoceros	el rinoceronte (el uro); griego, «unicornio»
renaním (39,13)	struthio	el avestruz
sus (39,19)	equus	el caballo de guerra
nets (39,26)	accipiter	el gavilán, rapaz que emigra al sur
nesher (39,27)	aquila	el águila (o el buitre leonado)
בְּהֵמוֹת **behemot (40,15)**	behemoth	«Behemoth, o el elefante» (el hipopótamo)
לִוְיָתָן **liwyatán (41,1)**	leviathan	«leviatán o cocodrilo»; en 1824, «o la ballena»

Identificaciones probables, no seguras: varios nombres hebreos aparecen muy pocas veces. San Jerónimo tradujo con la zoología de su tiempo, y Torres Amat añadió glosas con «o». Aquí 41,1 es 40,25 en el hebreo.

PAUSA

1. Dios cuida de animales que nadie ve ni aprovecha. ¿Te cuesta creer que también cuida de ti cuando nadie te ve?
2. El asno salvaje y el uro no sirven al hombre. ¿Qué cosas quieres controlar que no te corresponde controlar?
3. ¿Qué criatura te ha hecho sonreír alguna vez por lo inesperada que es? ¿Has dado gracias a Dios por ella?

Para orar. *Creador de todo lo que vive, enséñame a mirar tus criaturas con tus ojos y a confiar en tu cuidado.*

40

Job calla; el segundo discurso; Behemoth

El primer discurso termina con un desafío: quien acusa a Dios, que responda (40,2). Job se tapa la boca con la mano y promete no hablar más (40,3-5). Pero el silencio no basta, y el Señor vuelve a hablar desde el torbellino. Este segundo discurso va al centro del pleito: ¿quiere Job condenar a Dios para justificarse a sí mismo? Si tiene un brazo como el de Dios, que se vista de majestad y abata a los soberbios (40,6-14). Después le presenta a Behemoth, la bestia enorme de los ríos, criatura de Dios como él (40,15-24). Desde aquí la Vulgata numera de otro modo: ver la nota a 40,1.

El desafío y el silencio de Job

1 Añadió después el Señor, y dijo a Job [1]: 2 ¿Cómo el que se
pone a altercar con Dios tan fácilmente lo deja, y enmudece? A la verdad que quien arguye a Dios debe hallarse en
estado de responderle [2].

3 Job entonces respondiendo al Señor, dijo: 4 Yo que he hablado tan inconsideradamente, ¿qué es lo que puedo ahora responder? Nada. Cerraré mi boca con mi mano [3].
5 Una cosa he dicho, que ojalá nunca la hubiese dicho [4]; y
aun otra todavía, a las cuales no añadiré más palabra.

El segundo discurso: «¿Tienes un brazo como el de Dios?»

6 Y habló el Señor desde el torbellino a Job, diciendo:
7 Ciñe otra vez tus vestidos en tus lomos como hombre
valiente [5]; yo voy a preguntarte; tú, respóndeme.
8 ¿Pretendes tú acaso invalidar mi juicio; y condenarme a
mí por justificarte a ti mismo [6]?

9 Si tienes, pues, un brazo fuerte como el de Dios [7], y si el
tono de tu voz es semejante a su trueno, 10 revístete de
resplandor [8], y súbete a lo alto, y haz alarde de tu gloria, y
adórnate de magníficos vestidos. 11 Disipa con tu furor [9] a
los soberbios, y con una sola mirada abate a todos los alta-
neros. 12 Clava tus ojos en todos los soberbios u orgullosos,
y confúndelos; y aniquila a los impíos doquiera que estén.
13 Sepúltalos a todos juntos debajo del polvo, y abisma sus
cabezas en la fosa. 14 Entonces confesaré que tu diestra po-
drá salvarte.

Behemoth

15 Mira a Behemoth, o al elefante [10], a quien creé junto a ti;
él se alimenta de heno como el buey. 16 Su fortaleza está en
sus lomos, y su vigor en el ombligo de su vientre,
17 endurece y levanta su cola como cedro [11]; los nervios de
sus muslos están interiormente entrelazados uno con
otro. 18 Son sus huesos como pilares de bronce; como plan-
chas o barras de hierro sus ternillas. 19 Él es el principal de

los animales entre las obras de Dios [12]; aquel que le creó hará uso de la espada de él.

[20] Los montes producen hierba para su pasto; y allí junto a él retozarán todas las bestias del campo [13]. [21] Él duerme a la sombra en la espesura de los cañaverales [14] y en lugares húmedos. [22] Los árboles sombríos cubren su morada, rodeándole los sauces de los arroyos. [23] Mira cómo él se sorbe un río, sin que le parezca haber bebido mucho; aun presume poder agotar el Jordán entero [15]; [24] parece que se lo quiere tragar con los ojos [16], y lo absorbe con sus narices.

¿Sabías que?

La tradición judía imaginó un destino curioso para las dos bestias. Según el Talmud, Dios creó a Leviatán macho y hembra, pero no les permitió reproducirse, porque habrían destruido el mundo: mató a la hembra y la conservó en sal para los justos. En el mundo futuro, Dios dará a los justos un banquete con la carne de Leviatán, leyendo así «le partirán en trozos en un convite tus amigos» (41,6), y hará con su piel tiendas para ellos; el resto lo extenderá sobre las murallas de Jerusalén, y su brillo iluminará el mundo de un extremo a otro (*Baba Batra* 74b-75a).

La numeración de Job: esta edición, la Vulgata y las Biblias modernas

Esta edición	Vulgata, 1824	Hebreo, Biblias modernas	Contenido
1,1 – 16,3	igual	igual	del prólogo a 16,3
16,4	16,4-5	16,4	«Bien pudiera yo hablar como vosotros…»
16,5-22	16,6-23	16,5-22	el testigo en el cielo
17,1 – 39,30	igual	igual	hasta el primer discurso de Dios
40,1-5	39,31-35	40,1-5	el desafío; Job se tapa la boca
40,6-24	40,1-19	40,6-24	segundo discurso; Behemoth
41,1-8	40,20-27	40,25-32	¿pescarás a Leviatán?
41,9	40,28	41,1	«Quien espera prenderle…»
41,10-34	41,1-25	41,2-26	retrato de Leviatán
42,1-15	igual	igual	respuesta y restauración
42,16-17	42,16	42,16-17	la muerte de Job

Las Biblias católicas modernas, el Leccionario y la Liturgia de las Horas siguen el hebreo, que coincide con esta edición salvo en el capítulo 41: ahí el texto digital numera como Reina-Valera y las Biblias inglesas. La Neovulgata y el griego numeran como el hebreo, pero la Neovulgata cuenta 42,16-17 como un solo versículo. No falta ningún versículo. Ver las notas a 16,4, 40,1, 41,1 y 42,16.

PAUSA

1. Job pasó de hablar mucho a taparse la boca. ¿En qué situación te convendría callar ante Dios en lugar de discutirle?
2. Dios preguntó a Job si quería condenarlo para justificarse. ¿Te ha pasado defender tu inocencia culpando a otros, o a Dios?
3. Behemoth fue creado «junto a ti». ¿Qué te dice saber que compartes con todas las criaturas un mismo Creador?

Para orar. *Dios fuerte y justo, quita de mí el orgullo de quien quiere tener siempre la razón.*

41

Leviatán

El segundo discurso culmina con Leviatán, el monstruo de las aguas, al que la Biblia ya conocía como serpiente del caos (3,8; Sal 74,14; Is 27,1) y que aquí tiene rasgos del cocodrilo del Nilo. Primero, unas preguntas irónicas: ¿lo pescará Job con anzuelo, hará pacto con él, lo tendrá de mascota? (41,1-9). Después Dios recuerda que nadie le ha dado nada primero (41,10-11) y pinta a la bestia: escamas, fuego, fuerza, el mar que hierve a su paso (41,12-34). Nada en la tierra se le compara, salvo su Creador. En las Biblias modernas este capítulo empieza en 40,25: ver la nota a 41,1.

¿Pescarás a Leviatán con anzuelo?

[1] ¿Podrás tú tampoco pescar y sacar fuera con anzuelo a leviatán o cocodrilo [1], y atar con una cuerda su lengua?
[2] ¿Podrás acaso echar una argolla en sus narices [2], o taladrar con un garfio sus quijadas? [3] ¿Acaso te hará muchas súplicas, o te dirá palabras tiernas? [4] ¿O hará quizá pacto contigo [3], y le recibirás por tu perpetuo esclavo?

[5] ¿Por ventura juguetearás con él como un pajarillo [4], o le atarás con un hilo para diversión de tus siervas? [6] ¿Le partirán en trozos en un convite tus amigos, o se le repartirán entre sí los negociantes [5]? [7] ¿Harás caber acaso su cuerpo

en las redes de los pescadores, o meterás su cabeza en el garlito o nasa de los peces? 8 Pon tu mano sobre él, tócalo solamente, y te quedará memoria eterna de tal pelea, y no volverás a hablar más de ella. 9 Quien espera prenderle se hallará burlado, y a la vista de todos será por él precipitado al mar.

10 No lo despertaré como cruel [6]; pues, ¿quién puede resistir a mi semblante? 11 ¿Quién me ha dado algo primero, para que yo deba restituírselo? [7] Mío es todo cuanto hay debajo del cielo.

Retrato de Leviatán

12 No tendré miramiento con él, ni a la eficacia de sus palabras dispuestas a propósito para mover a compasión. 13 ¿Quién de los mortales le quitará a leviatán la piel que lo cubre? ¿O quién entrará en medio de su espantosa boca? 14 ¿Quién abrirá las puertas de esta boca o sus agallas? Espanta ver solamente el cerco de sus dientes [8]. 15 Su cuerpo es impenetrable como los escudos fundidos de bronce, y está apiñado de escamas entre sí apretadas [9]; 16 la una está trabada con la otra, sin que quede ningún resquicio por donde pueda penetrar ni el aire. 17 Está la una tan pegada a la otra, y tan asidas entre sí, que de ningún modo se separarán.

18 Cuando estornuda, parece que arroja chispas de fuego, y
sus ojos centellean como los arreboles de la aurora [10].
19 De
su boca salen llamas como de tizones encendidos [11].
20 Sus
narices arrojan humo como la olla hirviente entre llamas.
21 Su aliento enciende los carbones, y su boca despide lla-
maradas.

22 En su cerviz reside la fortaleza; y va delante de él la
miseria [12].
23 Los miembros de su cuerpo están perfecta-
mente unidos entre sí; caerán rayos sobre él, mas no por
eso se moverá de su sitio.
24 Tiene el corazón duro, como
piedra [13], y apretado como yunque de herrero golpeado de
martillo.

El rey de los soberbios

25 Cuando él se levanta sobre las olas tienen miedo los án-
geles mismos [14], y amedrentados procuran purificarse y
aplacar al cielo.
26 Si alguno quiere embestirlo, no sirven
contra él ni espada, ni lanza, ni coraza;
27 pues el hierro es
para él como paja, y el bronce como leño podrido.
28 No lo
hará huir el más diestro arquero; para él las piedras de la
honda son hojarasca.
29 Mirará el martillo como una aris-
ta; y se reirá de la lanza enristrada.

30 Debajo de él quedarán ofuscados los rayos del sol, y an-
dará por encima del oro, como sobre lodo [15].
31 Con sus bu-
fidos hará hervir el mar profundo como una olla, y hará

que se parezca al caldero de ungüentos, cuando hierven a borbollones. 32 Deja en pos de sí un sendero reluciente, y hace que el mar se agite, y tome el color canoso de la vejez [16]. 33 En fin, no hay poder sobre la tierra que pueda comparársele, pues fue creado para no tener temor de nadie. 34 Mira debajo de sí cuánto hay de grande, como quien es el rey de todos los más soberbios animales [17].

¿Sabías que?

En 1824 Torres Amat pensaba que Leviatán era la ballena, como muchos lectores de su tiempo. En 1851 el novelista norteamericano Herman Melville abrió *Moby Dick*, la novela de la caza de la gran ballena blanca, con una larga serie de citas sobre el «Leviatán». Las primeras son bíblicas: «Y creó Dios las grandes ballenas» (Gn 1,21) y, en seguida, este capítulo de Job: «Deja en pos de sí un sendero reluciente…» (41,32); después vienen Jonás, el salmo 104 e Isaías 27,1. En la novela, el capitán Ahab se obstina en cazar a la ballena que ningún hombre puede vencer.

Leviatán en la Biblia

Texto	Qué dice	Sentido
Ugarit	Siglos XIV–XIII a. C.: Baal vence a Lotán, «la serpiente huidiza… tortuosa», de siete cabezas	Un dios vence al caos
Job 3,8	«Prontos a provocar a Leviatán»	Despertar el caos
Job 7,12	«¿Soy acaso un mar… o monstruo?»	El mar vigilado
Job 26,12-13	Rahab y «la tortuosa culebra»	Vencidos en la creación
Job 41	Nadie lo pesca ni lo doma (hebreo 40,25 – 41,26)	Solo Dios es su Señor
Sal 74,14	«Aplastaste las cabezas de Leviatán»	Creación y éxodo
Sal 104,26	«Leviatán, que formaste para jugar con él»	Una criatura más
Is 27,1	El Señor castigará a Leviatán, «la serpiente huidiza… tortuosa»	El juicio final
Ap 12 – 13	El dragón de siete cabezas; la bestia que sube del mar	Satanás vencido
San Gregorio	*Morales* XXXIII–XXXIV: el rey de los soberbios, cogido con el anzuelo de la Encarnación	Figura del diablo
Hobbes	*Leviatán* (1651), tomado de Job 41,33-34	El Estado

Del monstruo del caos a una criatura en la mano de Dios. Is 27,1 repite los títulos que el poema de Ugarit da a Lotán (según la traducción habitual). Torres Amat glosaba en 1824 «Leviathan o la ballena»; la edición revisada pone «o cocodrilo».

PARA PROFUNDIZAR

Behemoth y Leviatán

El segundo discurso del Señor termina con dos retratos, los más largos del libro: Behemoth, la bestia de los ríos (40,15-24), y Leviatán, el monstruo de las aguas (41,1-34). ¿Qué son? Desde antiguo hay dos respuestas, y las dos se apoyan en el texto.

La primera ve en ellos dos animales reales, los más temibles que conocía el antiguo Oriente: el hipopótamo y el cocodrilo del Nilo. Así lo proponía ya una nota de Torres Amat, que los llama «los dos animales más monstruosos y feroces del Nilo», y así la Enciclopedia Católica de 1910 y la mayoría de los comentaristas modernos. Behemoth come hierba como el buey, duerme entre cañas y lotos y no se inquieta aunque el río se desborde; Leviatán tiene escamas como escudos, dientes terribles y ojos que asoman sobre el agua como la aurora. Ezequiel había descrito al faraón como «el gran dragón» del Nilo, al que Dios saca con garfios (Ez 29,3-4). Las glosas de Torres Amat muestran que los traductores buscaban un animal conocido: «Behemoth, o el elefante», y «Leviathan, o la ballena», que la edición revisada cambió por «o cocodrilo».

La segunda lectura advierte que estas bestias tienen rasgos que ningún animal tiene. Leviatán echa fuego por la boca y humo por la nariz (41,19-21), los poderosos (o los ángeles, según la Vulgata) tiemblan ante él (41,25), y es «rey» de todos los soberbios (41,34). Su nombre es antiguo: en los poemas de Ugarit, en la costa de Siria (siglos XIV-XIII a. C.), el dios Baal vence a Lotán (así se suele leer el nombre), la «serpiente huidiza» y «tortuosa» de siete

cabezas, y la Biblia da a Leviatán los mismos títulos (Is 27,1). Leviatán, Rahab y el dragón son en la Escritura imágenes del caos que Dios venció al crear (9,13; 26,12-13; Sal 74,13-14) y que vencerá al final (Is 27,1; Ap 12 – 13). Behemoth, «la Bestia» por excelencia, tiene menos historia, pero la tradición judía la emparejó con Leviatán (ver el recuadro del capítulo 40).

En el poema las dos lecturas no se excluyen: el poeta pinta al hipopótamo y al cocodrilo con los colores del monstruo primordial. Y dice tres cosas de ellos. Que Dios los hizo: Behemoth fue creado «junto a ti», como Job (40,15), y es «la primicia de los caminos de Dios», con el título que los Proverbios dan a la Sabiduría (40,19; Prov 8,22). Que Dios juega con ellos: el hombre no puede tener a Leviatán de mascota (41,5), pero Dios lo formó «para jugar con él» (Sal 104,26). Y que solo Dios los domina: nadie se atreve a despertar a Leviatán; ¿quién podrá, entonces, resistir a su Creador, si «mío es todo cuanto hay debajo del cielo»? (41,10-11). Lo que Job aprende es que en el mundo hay fuerzas que el hombre no puede domar, y que ninguna está fuera de la mano de Dios. Dios no destruye aquí a Leviatán: lo tiene sujeto.

Los Padres leyeron en estas bestias una figura del diablo. San Gregorio Magno, en los *Morales*, ve en Behemoth al ángel creado el primero, que cayó por soberbia (XXXII), y en Leviatán al rey de los soberbios, frente a Cristo, que reina en los humildes (XXXIV). Su imagen más célebre es la del anzuelo: el diablo mordió el cebo de la carne de Cristo y quedó atravesado por la punta escondida de su divinidad (XXXIII). Rufino de Aquilea usa la misma imagen y cita la pregunta de Job: «¿Podrás sacar al dragón con el anzuelo?» (*Comentario al Símbolo de los Apóstoles*, 16), y san Gregorio de

Nisa habla del engaño con que la divinidad se ocultó bajo la naturaleza humana (*Gran catequesis*, 24-26). Es una lectura espiritual, no el sentido literal del poema; la Iglesia conserva esos sentidos, siempre fundados en el literal (Catecismo, nn. 115-117).

Leviatán ha tenido una larga vida fuera de la Biblia. Thomas Hobbes llamó *Leviatán* (1651) al Estado, tomando la imagen, como él mismo explica, de los dos últimos versículos de este capítulo; William Blake le dedicó una de sus láminas sobre Job, y Herman Melville abrió con él *Moby Dick* (ver el recuadro). Pero la enseñanza del poema es sencilla: ni el monstruo más terrible del mundo de Job es un dios rival. Es una criatura, y está en las manos que sostienen también a Job.

PAUSA

1. ¿Qué «Leviatán» hay en tu vida: una fuerza, un miedo o una situación que no puedes dominar? ¿Puedes ponerlo en las manos de Dios?
2. Dios dice: «¿Quién me ha dado algo primero?». ¿Vives tu relación con Dios como un intercambio o como un don?
3. San Gregorio decía que la humildad es la señal de los que pertenecen a Cristo. ¿Dónde necesitas hoy esa humildad?

Para orar. *Señor, que todo lo tienes en tu mano: líbrame del miedo y de la soberbia.*

42

«Ahora te ven mis ojos»: el final de Job

El libro tiene dos finales. En el primero, todavía en verso, Job responde al Señor: reconoce que Dios lo puede todo, repite las preguntas que se le hicieron y confiesa que antes lo conocía de oídas y ahora lo ha visto (42,1-6). En el segundo, en prosa, el Señor da su veredicto: los amigos no han hablado con rectitud, «como mi siervo Job» (42,7-9). Job reza por ellos, y Dios le devuelve el doble de lo que tenía: rebaños, familia, hijos e hijas (42,10-15). Job muere anciano y «lleno de días» (42,16-17). Su último gesto en el libro es una oración por los que lo hirieron.

Job responde: «Ahora te ven mis ojos»

1 Entonces Job, respondiendo al Señor, dijo:
2 Yo sé que todo lo puedes [1],
y que no se te oculta ningún pensamiento.
3 ¿Quién es aquél, has dicho tú [2],
que envuelve sentencias juiciosas con palabras de ignorante?
Por tanto confieso, Señor, que he hablado indiscretamente,
y de cosas que sobrepujan infinitamente mi saber.
4 Mas dígnate escuchar, y yo hablaré con más juicio;
te preguntaré, y tú tendrás la bondad de responderme [3].

5 Ya, Señor, te conocía de oídas [4]; pero ahora parece que te
veo con mis propios ojos. 6 Por eso yo me acuso a mí mis-
mo, y hago penitencia envuelto en polvo y ceniza [5].

El veredicto de Dios y la intercesión de Job

7 Después que el Señor hubo acabado de hablar de aquel
modo a Job, dijo a Elifaz temanita [6]: Estoy altamente in-
dignado contra ti y contra tus dos amigos, porque no ha-
béis hablado con rectitud y justicia en mi presencia, como
mi siervo Job [7]. 8 Tomad, pues, siete toros y siete
carneros [8], id a mi siervo Job, y ofrecedlos en holocausto
por vosotros. Y Job, siervo mío, hará oración por
vosotros [9], y yo aceptaré su intercesión, para que no se os
impute vuestra culpa; ya que no habéis hablado de mí rec-
tamente, como mi siervo Job. 9 En consecuencia se fueron
Elifaz temanita, y Baldad suhita, y Sofar naamatita, y eje-
cutaron cuanto les había mandado el Señor, y el Señor se
aplacó en gracia de Job [10]. 10 Asimismo se movió el Señor a
compasión de Job [11] mientras hacía oración por sus
amigos [12], y le volvió el Señor doblados bienes de los que
antes poseía.

La restauración y la muerte de Job

11 Vinieron luego a verlo todos sus hermanos y todas sus
hermanas [13], y cuantos antes lo habían conocido y trata-
do; y comieron con él en su casa, y le dieron muestras de

su tierna compasión, consolándolo de todas las tribulaciones que el Señor le había enviado; y le dio cada uno de ellos, a modo de presente, una oveja y un zarcillo de oro [14]. [12] Y el Señor echó su bendición sobre Job en su último estado, mucho más aún que en el primero [15]. Y llegó a tener catorce mil ovejas, y seis mil camellos, y mil yuntas de bueyes, y mil asnas.

[13] Tuvo también siete hijos y tres hijas [16]. [14] De las cuales a la primera puso por nombre Día [17], a la segunda Casia, y a la tercera Cornustibia. [15] No hubo en toda la tierra mujeres tan hermosas como las hijas de Job; y las hizo su padre entrar a la parte de la herencia como a sus hermanos [18].

[16] Después de estas cosas vivió Job ciento cuarenta años [19], en que vio a sus hijos y nietos hasta la cuarta generación; [17] y murió ya muy viejo y lleno de días [20].

¿Sabías que?

La versión griega de los Setenta no termina con la muerte de Job. Añade unas líneas: «Está escrito que resucitará de nuevo con aquellos a quienes el Señor resucita». Y luego, citando «el libro siríaco», cuenta que Job vivía en la Ausítide, en los confines de Idumea y Arabia; que antes se llamaba Jobab; que, casado con una mujer árabe, tuvo un hijo llamado Ennón; que era hijo de Zare, de los hijos de Esaú, «quinto desde Abrahán», y rey de Edom; y que sus amigos eran Elifaz, rey de los temanitas, Baldad, soberano de los suhitas, y Sofar, rey de los mineos (42,17a-e). De ahí viene la identificación de Job con Jobab que seguía Torres Amat (ver Gn 36,33).

PARA PROFUNDIZAR

«Ahora te ven mis ojos»: el final de Job, su lectura cristiana y el misterio del sufrimiento

El libro de Job tiene dos finales. El primero, todavía en verso, es la respuesta de Job (42,1-6). Job confiesa que Dios lo puede todo y reconoce que habló «de cosas que sobrepujan infinitamente mi saber» (42,3). Y dice la frase que resume el libro: «te conocía de oídas; pero ahora parece que te veo con mis propios ojos» (42,5). No ha recibido ninguna explicación; ha tenido un encuentro. Por eso se retracta y se reconoce polvo y ceniza (ver nota a 42,6). La Comisión Bíblica lo dice con exactitud: Job «sigue siendo un hombre que sufre, pero sin pretensiones», y al encontrarse «como polvo» se vuelve «más verdadero y más humano» (*Inspira-*

ción y verdad, 2014, n. 81). El sufrimiento no ha desaparecido; Job ha cambiado.

El segundo final, en prosa, trae una sorpresa. Dios dice a los amigos que no han hablado de él con rectitud, «como mi siervo Job» (ver nota a 42,7). Los que defendieron a Dios con una doctrina en apariencia piadosa quedan desautorizados; el que protestó, gritó y preguntó es llamado «mi siervo». Job ya se lo había advertido: «¿Acaso tiene Dios necesidad de vuestras mentiras?» (13,7). La Biblia guarda la queja sincera del que sufre como más verdadera que las respuestas fáciles. Y los amigos solo se salvan por la oración de Job, que intercede por quienes lo habían herido (42,8-10).

Llega entonces la restauración: el doble de rebaños, la familia, nuevos hijos, una vida larga. Muchos lectores lo sienten como un regreso ingenuo a la doctrina que el poema había desmontado, pero conviene mirarlo bien. La restauración no es el sueldo de la virtud: llega después de que Dios ha dado la razón a Job y mientras Job intercede, y es pura gracia, porque nadie ha dado a Dios algo primero (41,11). Y los hijos no se duplican. Tertuliano pensó que Job prefirió recuperar a los primeros «en aquel día» de la resurrección, y san Gregorio Magno, que Dios le dio el doble también de hijos, diez en la tierra y diez guardados junto a él (ver nota a 42,13). La versión griega añadió al final la misma esperanza: Job «resucitará» con los que el Señor resucita (42,17a).

¿Qué enseña, entonces, el libro sobre el sufrimiento? Que no todo sufrimiento es castigo: «no es verdad», escribe Juan Pablo II, «que todo sufrimiento sea consecuencia de la culpa»; el de Job

es una prueba, y su libro «en cierto modo es un anuncio de la pasión de Cristo» (*Salvifici doloris*, n. 11). Que la fe puede ser puesta a prueba por el mal (Catecismo, nn. 164 y 272), y que a la pregunta por el mal «no se puede dar una respuesta simple»: la respuesta es el conjunto de la fe cristiana (n. 309). Dios no causa el mal moral; lo permite y sabe sacar de él el bien (nn. 311-312), y sus caminos solo se conocerán del todo al final (n. 314). El libro de Job plantea el «por qué» del sufrimiento, «pero no da todavía la solución» (*Salvifici doloris*, n. 12). Cristo, que no es solo un hombre como Job, sino el Hijo de Dios, asume la misma pregunta y da con su propio sufrimiento, con la cruz, «el máximo de la posible respuesta» (n. 18).

Por eso los cristianos han leído a Job como figura de Cristo. Santiago recuerda «la paciencia de Job» y «el fin del Señor» (Sant 5,11). San Zenón de Verona, en un sermón que lee el Oficio de lectura, compara a los dos: las tentaciones, los insultos de los amigos y de los sacerdotes, la restauración como imagen de la resurrección. San Gregorio Magno hizo de Job una figura de Cristo y de su cuerpo, la Iglesia; sus *Morales sobre Job* fueron uno de los libros más leídos de la Edad Media. Torres Amat, en su prólogo, decía que a veces se duda «si es la pintura de Job, o más bien la de Jesús la que se hace en este libro» (ver el cuadro «Job en la Biblia y en la tradición», en el capítulo 1).

La última palabra de Job no es una queja ni una confesión, sino una oración por los que le hicieron daño. Es el camino del Evangelio: «rogad por los que os persiguen» (Mt 5,44); «Padre, perdónalos» (Lc 23,34). El Oficio de lectura cierra el libro con un texto

de santo Tomás de Aquino: Cristo es el camino, y quien va con él no se extravía, aunque no lo entienda todo.

PAUSA

1. Job conoció a Dios «de oídas» antes de conocerlo de verdad. ¿Tu fe es todavía de oídas, o has tenido un encuentro personal con él?
2. Job oró por los amigos que lo habían herido. ¿Por quién te pide Dios que reces hoy?
3. Al terminar el libro de Job, ¿qué ha cambiado en tu manera de mirar el sufrimiento, el tuyo y el de los demás?

Para orar. *Señor, que te vea con mis propios ojos, y que mi última palabra sea siempre una oración por los demás.*

Repaso

Preguntas para comprobar lo aprendido. Responde primero de memoria y luego toca el número para ver la respuesta.

Capítulos 1 a 2

1. ¿Con qué cuatro rasgos presenta el libro a Job? 1
2. ¿Qué pregunta hace Satanás al Señor sobre Job? 2
3. ¿Qué dijo Job al saber que lo había perdido todo? 3
4. ¿Qué permitió el Señor a Satanás en la segunda prueba, y con qué límite? 4
5. ¿Qué respondió Job a su mujer? 5
6. ¿Quiénes eran los tres amigos de Job, y qué hicieron al llegar? 6

Capítulos 3 a 5

1. ¿Qué maldijo Job al abrir su boca después de siete días de silencio? 1
2. ¿A quiénes envidia Job, y por qué? 2
3. ¿Qué tesis defiende Elifaz ante Job? 3

4. ¿Qué versículo del discurso de Elifaz cita san Pablo? 4
5. ¿Qué promete Elifaz a Job si acepta la corrección de Dios? 5

Capítulos 6 a 7

1. ¿A qué compara Job a los amigos que lo han defraudado? 1
2. ¿Qué dice Job que están llenas de dolor? 2
3. ¿A qué compara Job la vida del hombre sobre la tierra? 3
4. ¿Qué salmo vuelve Job del revés al preguntar «¿Qué es el hombre...?»? 4

Capítulos 8 a 10

1. ¿En qué apoya Baldad su doctrina? 1
2. ¿Qué dice Baldad de los hijos de Job? 2
3. ¿Qué echa de menos Job entre él y Dios? 3
4. ¿Qué estrellas nombra Job como obra de Dios? 4
5. ¿Con qué imágenes describe Job su formación en el seno materno? 5

6. ¿Cómo describe Job la tierra de los muertos? 6

Capítulos 11 a 14

1. ¿Qué le dice Sofar a Job sobre el castigo que está sufriendo? 1
2. ¿Con qué cuatro medidas describe Sofar la grandeza de Dios? 2
3. ¿Qué saben, según Job, las bestias, las aves y los peces? 3
4. ¿Cómo llama Job a sus amigos al empezar el capítulo 13? 4
5. ¿Qué dice Job que hará aunque el Señor le quite la vida? 5
6. ¿Con qué dos imágenes describe Job la brevedad del hombre en 14,2? 6
7. ¿Qué esperanza tiene el árbol que no tiene el hombre, según Job? 7
8. ¿Qué responde la traducción de Torres Amat a la pregunta de 14,14? 8

Capítulos 15 a 17

1. ¿Qué le pregunta Elifaz a Job con ironía en 15,7-8? [1]
2. ¿Cómo llama Job a sus amigos en 16,2? [2]
3. ¿Qué pide Job a la tierra, y dónde dice que está su testigo? [3]
4. ¿Qué pide Job a Dios en 17,3, según la Vulgata y según el hebreo? [4]
5. ¿A quién llama Job «padre», y a quiénes «madre» y «hermana»? [5]

Capítulos 18 a 19

1. ¿Con qué imagen describe Baldad el final de la dicha del impío? [1]
2. ¿Qué pide Job a sus amigos en medio de su abandono? [2]
3. ¿Dónde quería Job que quedaran escritas sus palabras? [3]
4. ¿Qué sabe Job, según 19,25-26? [4]

Capítulos 20 a 24

1. Según Sofar, ¿cuánto duran la gloria y el gozo de los impíos? 1
2. ¿Qué dicen los impíos a Dios, según Job? 2
3. ¿A quién manda Job preguntar para comprobar lo que dice? 3
4. ¿De qué pecados acusa Elifaz a Job? 4
5. ¿Qué consejo da Elifaz a Job al final de su discurso? 5
6. ¿Con qué compara Job la prueba que Dios le hace pasar? 6
7. ¿Qué hacen los opresores con el buey de la viuda, según Job? 7

Capítulos 25 a 28

1. ¿Cómo llama Baldad al hombre en su último discurso? 1
2. ¿Qué está «descubierto» a los ojos de Dios, según Job? 2
3. ¿Por quién jura Job que no desistirá de defender su inocencia? 3

4. ¿Qué dicen el abismo y el mar acerca de la sabiduría? 4
5. ¿En qué consiste la verdadera sabiduría, según el final del capítulo 28? 5

Capítulos 29 a 31

1. ¿Qué era Job para el ciego y para el cojo? 1
2. ¿Qué hacen con Job los que antes no se habrían atrevido a mirarlo? 2
3. ¿Qué dice Job a Dios en medio de su lamento? 3
4. ¿Con qué hizo pacto Job desde joven? 4
5. ¿Por qué no despreció Job el derecho de sus siervos? 5
6. ¿Con qué palabras termina el capítulo 31? 6

Capítulos 32 a 34

1. ¿Contra quiénes se enojó Eliú, y por qué? 1
2. ¿Por qué había callado Eliú hasta entonces? 2
3. ¿De qué maneras habla Dios al hombre, según Eliú? 3
4. ¿Qué dirá ante los demás el hombre perdonado? 4

5. ¿Con qué palabras afirma Eliú que Dios no puede obrar injustamente? 5

6. ¿Qué pidió Eliú para Job al final de su segundo discurso? 6

Capítulos 35 a 37

1. ¿Qué reprocha Eliú a los oprimidos que claman? 1

2. ¿Qué hace Dios con el pobre, según Eliú? 2

3. ¿Con qué exclamación empieza Eliú su himno a la lluvia y a la tormenta? 3

4. ¿Qué pide Eliú a Job al final de su último discurso? 4

Capítulos 38 a 39

1. ¿Desde dónde habló el Señor a Job? 1

2. ¿Qué preguntó primero el Señor a Job? 2

3. ¿Qué dijo Dios al mar cuando le puso límites? 3

4. ¿Qué animal dice la Vulgata que no querrá servir a Job ni quedarse en su pesebre? 4

5. ¿Qué dice el caballo de guerra cuando oye el clarín? 5

Capítulos 40 a 42

1. ¿Qué gesto hizo Job después del primer discurso del Señor? [1]
2. ¿Qué glosa añade Torres Amat al nombre de Behemoth? [2]
3. ¿Con qué animal identifica la edición revisada de Torres Amat a Leviatán, y con cuál lo identificaba la de 1824? [3]
4. ¿Qué pregunta de Dios a Job recoge san Pablo en la Carta a los Romanos? [4]
5. ¿Cómo describe Job su conocimiento de Dios antes y después de escucharlo? [5]
6. ¿Qué dijo el Señor a Elifaz y a sus dos amigos? [6]
7. ¿Cuándo le devolvió el Señor a Job doblados bienes? [7]

Notas personales

Sobre esta edición

Si las notas no se abren

Las notas son comentarios estándar de PDF, las mismas «notas adhesivas» que crean Adobe Acrobat y otros programas. La mayoría de los lectores las abren al tocar el número. Si el tuyo pasa de página en lugar de abrirlas, toca justo sobre el recuadro gris o prueba una pulsación larga, y busca el panel de anotaciones del lector, donde suelen aparecer en lista. Xodo y Adobe Acrobat Reader para Android las abren con un toque.

Texto y notas

Texto bíblico: Sagrada Biblia, traducción de Félix Torres Amat (1823-1825), de dominio público, según la transcripción digital difundida en línea. Se corrigieron erratas evidentes de esa transcripción (puntuación, acentos (sobre todo el pronombre «Él»), algunas mayúsculas («Salvador», 13,16; «Redentor», 19,25), letras trocadas, palabras cortadas o unidas y algunas palabras cambiadas o perdidas, cotejadas con la edición de 1824 y la de 1884: Job dice que son sus palabras, no sus pecados, las que «están llenas de dolor» (6,3), y que «no» se opondría a los decretos del Santo (6,10); el impío no se contentará ya con «su estolidez o impiedad» (8,14); Job pide que el terror de Dios «no» lo asombre (9,34) y se pregunta por qué Dios lo cita a juicio «contigo» (14,3); confiesa que él sí «se estremece» en su presencia (23,15); el abismo de la perdición está «descubierto», no «encubierto», a los ojos de Dios (26,6); Job no negó nada «a los pobres» (31,16); el asno montés tiende su «vista», no su «vida», por los montes (39,8); y Dios habla a Job de «tu pesebre», «tus tierras» y «tu furor» (39,9.11; 40,11); con esas ediciones se han

restituido también el hombre «parangonado con Dios», y no «creado por Dios» (4,17), el cuerpo «reducido a podre», no «a pobre» (13,28), las raíces que «se secarán» (18,16), las «casas» que usurpó el impío (20,19), el «dolo ni mentira» de 27,4, la línea «Fin de las palabras de Job» (31,40), la «redondez» de la tierra (37,12) y otras palabras breves perdidas, sobrantes o cambiadas (1,3; 3,14; 5,19; 6,3; 8,13; 13,14; 18,3; 22,2; 28,1; 31,7.13.23; 37,9; 40,17; 41,14; 42,6)). Los títulos de las secciones no forman parte del texto bíblico.

Los versículos siguen la numeración de la transcripción digital, que en los capítulos 1 a 40 y 42 es la del texto hebreo y la de las Biblias modernas, el Leccionario y la Liturgia de las Horas. En el capítulo 41 sigue la numeración de muchas Biblias españolas e inglesas: 41,1-8 es 40,25-32 en el hebreo y en las Biblias católicas modernas, y 41,9-34 es su 41,1-26. La Vulgata y la edición de 1824 numeran de otro modo cuatro pasajes: en el capítulo 16 dividen en dos versículos (16,4-5) lo que aquí es 16,4, y desde 16,5 van un número por delante (aquí 16,22 es su 16,23); terminan el capítulo 39 con lo que aquí es 40,1-5 (su 39,31-35); su capítulo 40 empieza en lo que aquí es 40,6 y llega hasta 41,9 (su 40,1-28), y su capítulo 41 es aquí 41,10-34 (su 41,1-25); y cuentan como un solo versículo (42,16) lo que aquí es 42,16-17. El cuadro del capítulo 40 da las correspondencias. No falta ningún versículo, pero la transcripción había cambiado o perdido algunas palabras, que se han restituido con las ediciones de 1824 y 1884, como se indica arriba. Las referencias a otros libros siguen la numeración moderna: en los Salmos, Torres Amat suele ir un número por detrás.

Notas, introducciones, cuadros y preguntas: preparados para esta edición. Las citas del Catecismo de la Iglesia Católica remiten a sus números.

Tipografía: Literata y Noto Serif Hebrew (licencia OFL). Página de 114 × 152 mm, proporción 3:4, para lectores Boox.